

El ojo de jade
DIANE WEI LIANG

Siruela/ Policiaca

DIANE WEI LIANG

El ojo de jade



Ediciones Siruela

Índice

Cubierta
Portadilla
El ojo de jade
Post scriptum
Agradecimientos
Notas
Créditos

Diane Wei Liang

El ojo de jade

Traducción del inglés de
Lola Díez

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

El ojo de jade

A Andreas, Alexander, Elisabeth y a mi madre, con amor

1

En el rincón de un despacho, en un anticuado edificio del distrito Chongyang de Pekín, el ventilador runruneaba ruidosamente, como un anciano enfadado con su propia impotencia. Mei y el señor Shao estaban sentados con un escritorio de por medio. Los dos transpiraban copiosamente. Fuera, el sol apretaba, cociendo el aire hasta hacer de él un bloque de calor sólido.

El señor Shao se enjugó la frente con un pañuelo. No había querido quitarse la chaqueta.

—El dinero no es problema —se aclaró la garganta—. Pero tiene usted que ponerse a ello inmediatamente.

—Estoy trabajando en otros asuntos en este momento.

—Quiere que le pague algo más, ¿no es eso? ¿Quiere un anticipo? Puedo darle mil yuanes ahora mismo —el señor Shao se buscó la cartera—. Lanzas las imitaciones más rápido de lo que puedo sacar el producto auténtico, y venden a menos de la mitad que yo. Me he pasado diez años haciéndome un nombre, diez años de sudor y sangre. Pero no quiero que hable con sus viejos amigos del ministerio, ¿me comprende? No quiero a la policía en esto.

—No estará usted haciendo nada ilegal, ¿verdad? —Mei se preguntaba por qué estaba tan deseoso de pagarle un anticipo. Era algo muy poco habitual, especialmente en un hombre de negocios tan astuto como el señor Shao.

—Por favor, señorita Wang, ¿qué es legal y qué no en estos tiempos? Ya sabe lo que dice la gente: «El Partido tiene estrategias y la gente tiene *contraestrategias*» —el señor Shao observaba a Mei con sus finos ojos—. La medicina china parece cosa de magia. El reglamento es para productos que no funcionan. Los míos curan: por eso los compra la gente.

Soltó una risita. Eso no alivió la tensión. Mei no lograba decidir si era un inteligente hombre de negocios o un bandido.

—No me gusta la policía... sin ánimo de ofenderla, señorita Wang: ya sé que usted era una de ellos. Cuando yo empecé, vendía hierbas medicinales en la calle. La policía siempre andaba detrás de mí, confiscándome la mercancía y llevándome a la comisaría como si fuera un delincuente. El camarada Deng Xiaoping dijo *ge ti hu*: que los comerciantes autónomos estaban contribuyendo a la construcción del socialismo. ¿Pero le importó a la policía lo que dijo? Son unos memos. Ahora las cosas van mejor; yo he

prosperado, y la gente me respeta. Pero, si quiere que le diga mi opinión, la policía no ha cambiado. Cuando uno necesita protección, no pueden ayudarle. Les pedí que investigaran las falsificaciones, y ¿sabe lo que me respondieron? Que no hacen esa clase de trabajos. Pero cada vez que haya un cambio en las normas, o una inspección, o un despliegue de medidas especiales, puede apostar a que se me echarán encima como perros hambrientos.

—Le guste o no la policía, tenemos que atenernos a la partitura —dijo Mei, aunque su voz era menos convincente que sus palabras.

Los detectives privados estaban proscritos en China. Mei, como otros en aquel negocio, había recurrido a la *contraestrategia* de inscribir su agencia como consultoría de información.

—Por supuesto —asintió el señor Shao. Una sonrisa ancha como el océano le llenaba la cara.

Cuando el señor Shao se hubo marchado, Mei se levantó para ponerse junto al ventilador. Poco a poco empezó a refrescarse con la débil brisa que fluía a través de su camisa de seda.

La puerta se abrió. El ayudante de Mei, Gupin, con aspecto de langosta cocida, entró dando tumbos. Sin decir palabra, se arrojó sobre su mesa, en el vestíbulo, y se apuró una jarra de té frío que llevaba allí desde por la mañana. Se descolgó la bolsa militar del hombro y la dejó caer al suelo.

—¿Era el señor Shao, el Rey del Crecepelo, el que he visto salir? —alzó la vista, conteniendo el resuello. Hablaba con un tenue pero perceptible acento que delataba su origen rural.

Mei asintió.

—¿Vas a aceptar el caso?

—Le he dicho que sí, pero ahora no estoy segura. Hay algo raro en ese hombre.

—Lleva tupé.

Gupin sacó un pequeño envoltorio de papel de periódico.

—He recaudado cinco mil yuanes en metálico del señor Su —sonrió. Su cara, todavía roja del esfuerzo, se iluminó de orgullo.

Mei cogió el envoltorio y lo estrujó suavemente. Parecía sólido. Le hizo sitio a Gupin frente al ventilador.

—¿Se ha puesto difícil? —le preguntó. Gupin estaba ahora de pie a su lado, con su brazo desnudo casi tocando el de ella. Podía oler su sudor.

—Al principio, sí. Pero a mí no puede asustarme, ni distraerme con sus tretas. He visto comadreas como él antes, y he rodado por muchos caminos. La gente se inquieta al ver a un trabajador provinciano como yo en un sitio como ése.

La palabra «comadreja» sonaba especialmente desagradable con el acento de Gupin.

Mei sonrió. En momentos así, no podía dejar de pensar lo bien que había hecho en

contratarlo. Y, curiosamente, tenía que agradecerse a su hermana.

Cuando Mei abrió su agencia, Lu, su hermana menor, no aprobaba la idea.

—¿Qué sabes tú de negocios? Mírate, no haces vida social, no te mueves bien en política, no tienes nada de *guanxi*: no cuentas con la red de contactos que necesitas. ¿Qué posibilidades tienes de prosperar? En contra de lo que puedas pensar, querida hermana, llevar un negocio es duro. Yo lo sé: estoy casada con un próspero hombre de negocios.

Mei volvió los ojos. Estaba demasiado cansada para seguir discutiendo. Desde que pidió la baja en el Ministerio de Seguridad Pública, parecía que todo el mundo quería darle lecciones.

—Bueno, supongo que son tus últimos cartuchos —suspiró Lu al fin—. Si no eres capaz de mantener tu empleo en el ministerio, qué otra cosa vas a hacer. Igual puedes trabajar para ti misma. Pero no quiero verte saltar a un río revuelto sin saber nadar. Déjame que encuentre a alguien que te pueda enseñar lo esencial de los negocios.

Al día siguiente, el señor Hua llamó para invitar a Mei a su despacho.

Allí, Mei se sentó en un sofá de cuero oscuro y la guapa secretaria le sirvió café mientras el señor Hua hablaba de *guanxi* (red de contactos), de los procedimientos que se pueden evitar y de unos pocos que no, de organización y contabilidad creativas y, sobre todo, de la importancia de aguzar la vista y el oído.

—Necesitas estar atenta a los cambios de aire y de política. Asegúrate de vigilar siempre a la gente que puede apuñalarte por la espalda. Sólo un consejo —decía. Mei se dio cuenta enseguida de que «sólo un consejo» era una de las expresiones preferidas del señor Hua—: no te fíes de nadie que no sea amigo tuyo. Y si quieres triunfar, entonces asegúrate de tener un buen entramado de *guanxi*, especialmente en las alturas.

El señor Hua se rellenó la taza por quinta vez.

—¿Y qué pasa con la secretaria? —preguntó a Mei.

—¿Qué le pasa?

—¿Has pensado en qué tipo de secretaria necesitas?

Mei le dijo que no tenía planes de contratar a una secretaria, al menos mientras no tuviera algún cliente.

El señor Hua meneó la cabeza.

—Puedes contratar a alguien por muy poco dinero. Hay muchas trabajadoras de provincias dispuestas a trabajar por casi nada. El coste de tener a alguien que te conteste el teléfono o te haga los recados es pequeño, pero el beneficio es considerable. Tu negocio no dará buena impresión sin una secretaria. Y si no das buena impresión, nadie acudirá a ti. Mira a tu alrededor y dime lo que ves.

Mei miró a su alrededor. El despacho era grande y estaba lleno de muebles que parecían caros.

—Tiene usted un sitio estupendo —dijo.

—Exacto. Esto que yo tengo aquí es lo que llaman una «empresa de cartera». Lo que hago es invitar a inversores extranjeros a participar en un proyecto común. Todas las empresas extranjeras están obligadas a tener un socio chino, como sabes. Vienen aquí a conocerme, ven un montaje a lo grande, en la mejor zona. Pero no se dan cuenta de que yo mismo no tengo ni fábrica ni obreros. Piensan que soy importante, auténtico. Sólo me pongo a buscar las fábricas cuando he recibido el dinero de la firma extranjera. Si puedo hacer un trato al año, estoy servido. Con dos, puedo tomarme el resto del año libre.

«Como ves, ganar dinero es fácil. La parte difícil es conseguir que la gente cumpla con su parte. Por eso a mí me gusta hacer negocios con extranjeros. Con los chinos es mucho más difícil. Sólo un consejo: cuando contrates a alguien, piensa en los cobros y asegúrate de que tu chica tiene carácter suficiente para hacerse con el dinero.

Viéndole el sentido a lo que él decía, Mei puso un anuncio para encontrarle a su nuevo negocio una secretaria.

De entre todas las solicitudes que recibió, Gupin era el único hombre. Mei no había pensado en contratar a un hombre como secretario, pero decidió entrevistarle.

Gupin había venido de un pueblo de granjeros de la provincia de Henan y en Pekín trabajaba en la construcción para ir pasando.

—Terminé el primero de la clase en el instituto de nuestra comarca —le contó a Mei con su acento de Henan—, pero tuve que volver a mi pueblo porque allí era donde estaba mi expediente. Quería trabajar en la capital del concejo, pero mi jefe de aldea no estaba de acuerdo. Dijo que nuestro pueblo necesitaba «un hombre de los que leen libros».

A Mei le llevó algún tiempo acostumbrarse a su acento y entender lo que decía.

—Mamá quería que me casara. Pero yo no quería. No quiero terminar como mi hermano. Todos los días se levanta al amanecer y trabaja en el campo el día entero. Al final del año, sigue sin poder dar de comer a su mujer y a su hijo. Papá también era así. Murió de tuberculosis hace mucho. Todo el mundo dice que hay oro en las grandes ciudades, así que pensé en venir a Pekín. Quién sabe lo que soy capaz de hacer yo aquí.

Mei le observó. Era joven, acababa de cumplir los veintiuno, de anchos hombros. Se le veían los músculos embutidos debajo de la camisa. Cuando sonreía, parecía apocado pero honrado.

Lamentándolo, le dijo que él no podía hacer el trabajo que ella necesitaba. No conocía Pekín y su acento de Henan ahuyentaría a la gente.

—En cuanto la gente oiga tu acento, dará por sentadas muchas cosas sobre ti y probablemente también sobre este negocio. Algunos hasta pueden pensar que me dedico a algún tipo de estafa. Es una estupidez, ya lo sé, pero así es la gente. Lo mismo me ocurriría a mí si voy a Shanghai: probablemente me timarían los taxistas y me darían mal todas las indicaciones.

Pero Gupin era tenaz.

—Dame una oportunidad —le rogó—. Aprendo rápido y trabajo duro. Puedo aprender

sobre Pekín. Dame tres meses y te prometo que me sabré todas las calles. También me quitaré este acento. Soy capaz, créeme.

Al final, Mei decidió darle una oportunidad. Recordó lo que el señor Hua había dicho y pensó que Gupin sería, si no un brillante secretario, al menos sí el cobrador de deudas más temible de cuantos había entrevistado. También era con diferencia el más barato.

—Te daré un año —le dijo—. No tienes ni idea de lo grande que es Pekín.

Había pasado más de un año y Gupin había demostrado que era todo lo que dijo ser: trabajador, despierto y leal. Había invertido gran parte de su tiempo libre en cabalgar su bicicleta por los *hutong* y las calles de Pekín, y ya conocía algunos barrios mejor que Mei. Había llegado a ser otro par de ojos y oídos para ella.

—Bien hecho —dijo Mei a Gupin—. El señor Su no es de los que se separan fácilmente del dinero. Vamos a recoger.

Recogieron sus cosas y aseguraron todos los cerrojos de la puerta. Hacía más fresco en el pasillo en penumbra.

—Espero que el fin de semana no sea tan caluroso —dijo Gupin mientras salían del edificio. Llevaba su bolsa militar rebotándole en el hombro—. ¿Tienes algún plan especial?

—Un picnic en el Antiguo Palacio de Verano.

—¿Tan lejos te vas para un picnic?

—Es la reunión de mi clase de la universidad.

Fuera, el sol se desdibujaba en la calima y el aire estaba espeso como el almíbar. Se dijeron adiós y se separaron, Gupin en dirección a un joven álamo al que había encadenado su bicicleta Paloma Voladora y Mei a su Mitsubishi de dos puertas, aparcado bajo un vetusto roble.

2

Esa noche, una violenta tormenta eléctrica despertó a Mei. Las delgadas ventanas de su apartamento rechinaban. Los truenos restallaban y rugían, los rayos centelleaban. El sonido de la lluvia inundaba el espacio alrededor de ella, trayéndole a la mente pensamientos y recuerdos perdidos.

Pensó en sus antiguos compañeros de clase, y a cuáles de ellos vería al día siguiente. Recordó a Li el Gorrión, el chico menudo y melancólico que tocaba la guitarra. Pensó en Guang, el gigante bocazas de un metro noventa. La cara redonda de Hermana Mayor¹ Hui le vino también a la mente. Recordó el apretado dormitorio con sus cuatro literas. Recordó el castaño junto a su ventana y el altavoz que en una de sus ramas se arrancaba a soltar música a las seis y media, todas las mañanas. Recordó lo jóvenes que eran.

Poco a poco, la tormenta empezó a sosegar. La lluvia caía todavía, ahora monótona. Mei daba vueltas en la cama. En su mente vio el atrio de un templo. Estaba oscureciendo y Guang encendía un hornillo de gasolina. Era cuando su clase fue de excursión de fin de semana a los montes de Poniente. Aún no había amanecido y pisaban con cuidado, ayudándose con linternas, por un camino suspendido sobre lo que más tarde, a la luz del día, vieron que era un precipicio de cientos de metros. Iban cogidos de la mano y cada uno andaba sobre los pasos del otro.

Ella iba de la mano con Yaping. Podía sentir el calor de su contacto. Sus pensamientos derivaron; en su sueño, empezó a flotar. Alcanzaron la cima y hacía sol. Mirando alrededor, no se veía más que interminables montañas cubiertas de azaleas rojas. Sólo que ahora ya no iba de la mano con Yaping.

Tenía seis años. Iba de la mano de su padre.

Bajaban andando un largo sendero de montaña, precedidos por el vigilante del campo de trabajo. Tras ellos, agitándose como hoja seca al viento, trastabillaba una anciana que había venido a visitar a su hijo y que ahora se volvía a casa. Ella era la encargada de llevar a Mei hasta la lejana Kunming, la capital del Yunnan. Allí la recogería un conocido de su madre que iba a ir a Pekín en tren.

El padre de Mei llevaba al hombro un bulto gris que contenía las pertenencias de Mei: su ropa, dos toallas de manos de las que daban en los campos de trabajo, un cepillo de dientes, una taza de aluminio y pequeños juguetes hechos de alambre, cartón y caperuzas de dentífrico. Llevaba también una libreta que su padre hizo juntando papeles amarillentos que fue encontrando y en la que él mismo había escrito de memoria poemas

de la época de los Tang. Mei había prensado con cuidado entre aquellas páginas los pétalos que fue recogiendo.

Conversaron, como hacen padres e hijas, sobre el tiempo que habían pasado juntos y el tiempo que volverían a compartir. Mei iba recorriendo con los dedos las azaleas a su paso, haciendo que las flores rojas bailaran alegres como mariposas.

A mediodía llegaron al camino de tierra que había al pie de la montaña. Desde la ladera de un monte, una fría cascada se lanzaba a un pilón y de ahí, por un tubo de cemento semienterrado, caía al río que había debajo. Esperaron junto a la cascada. Los pájaros cantaban desde más allá de los árboles. A lo largo de los montes, radiantes de los vivos colores del sur, el camino se extendía ante ellos.

«¿Hasta dónde llega el camino?», se preguntó Mei. «¿Hasta dónde llegan los árboles, las montañas gigantescas y el río?»

El tiempo se iba en un tictac sin prisa. Un viejo autobús apareció a lo lejos. Lo miraron acercarse cada vez más, hasta que por fin se detuvo con estrépito ante ellos.

El padre de Mei le alcanzó el bulto al conductor del autobús, que lo puso encima del vehículo con otros equipajes.

La anciana, a quien le habían dicho que debía llamar Abuela, la cogió de la mano.

–No te preocupes, camarada Wang. La pequeña Mei estará bien conmigo –la Abuela empezó a subir al autobús.

Pero el padre de Mei no la dejaba marchar:

–Diles a tu madre y a tu hermana que las echo de menos. Diles que estaré de vuelta pronto.

–¡Se va el autobús! –gritó el conductor, trepando hasta el interior de su cabina.

La Abuela hizo subir a Mei apresuradamente.

–Sé buena, Mei –gritó su padre–, hazle caso a la Abuela. ¡Te veré en Pekín!, ¡te lo prometo!

El autobús arrancó a toser y sacudirse. Mei corrió a la enfangada ventana trasera y se arrodilló en el asiento de madera. Agitó febrilmente los bracitos.

–Adiós –gritó, sonriendo tan ampliamente como si el sol estuviera dentro de ella y fuera a lucir siempre–. ¡Te veré en Pekín, papá!

El camino empezó a tirar hacia atrás de su padre y del vigilante, mientras ella se despedía con la mano, primero despacio, y luego más rápido. Finalmente se redujeron a dos figuras perdidas, con los verdes montes colgando sobre ellos como a punto de aplastarlos. Entonces el autobús dobló la curva. Ya no estaban.

Mei se despertó. La luz cegadora del sol había asaltado su pequeño apartamento de alquiler junto a la transitada carretera de circunvalación. Jamás volvió a ver a su padre después de su despedida en aquel camino polvoriento veintitrés años atrás.

Mei giró la cabeza para mirar el despertador negro que hacía tictac en su mesilla. Era tarde, pero no conseguía levantarse. Sentía que se había desecado su voluntad. Junto al despertador había un pequeño retrato en blanco y negro de su padre. La foto se había

desvaído con los años. Tras la muerte de Papá, Mamá tiró todas sus cosas: sus manuscritos, sus fotos y sus libros. Ese retrato fue lo único que Mei logró salvar. Lo había llevado consigo, escondido en un ejemplar de *Jane Eyre*, al internado y a la universidad. No le enseñó la foto a nadie, ni tampoco habló de su padre. Era su secreto, su dolor y su amor.

Mei vio a su padre sonriéndole desde dentro del marco. Oyó su propio corazón latiendo latidos sin eco. Pensó en la felicidad que podía haber sido.

La tormenta había traído aire fresco y una cómoda temperatura a los tenderos que atestaban la acera a lo largo de la calle de los Centros Universitarios. Tiendas de ropa, peluquerías y supermercados tentaban a los viandantes con nuevos estilos y descuentos. Vendedores de frutas y verduras, con la mercancía en altas pilas sobre carretas, voceaban sus precios. Una campesina con pantalones anchos agitaba un abanico de paja sobre un montón de sandías. Las moscas también habían vuelto.

Detenida en el semáforo del Cruce de Tres Aldeas, Mei tamborileó con los dedos en el volante. No podía permitirse parar, llegaba horriblemente tarde. Había pasado demasiado tiempo lavándose, secándose y arreglándose el largo pelo liso. Se había puesto maquillaje y luego se lo había vuelto a quitar.

¿Por qué le importaba siquiera? Sacudió la cabeza. Nunca le importó mientras estaba en la universidad. Entonces era una marginal que nunca quiso integrarse. ¿Qué había cambiado?

Al final de la calle de los Centros Universitarios, Mei giró hacia el norte, siguiendo los altos muros de la Universidad de Qinghua. El tráfico había disminuido. Los ciclistas circulaban sin prisa por la sombra de los álamos. Mei adelantó a un grupo de estudiantes en sus bicicletas. Parecía que iban a pasar el fin de semana a los montes de Poniente.

Recordó haber transitado por esa calle en concreto cuando ella misma era estudiante. La suya y la de Qinghua eran universidades hermanas, así que por tradición la clase de Mei tenía conexión amistosa con una clase compuesta por cuarenta y cinco ingenieros electricistas de la Universidad de Qinghua. Los ingenieros, hombres casi todos, eran entusiastas organizadores de guateques amistosos; había muchas chicas en la clase de Mei. El aire de aquellas noches era caliente, y las estrellas titilaban como ojos. Las farolas de la calle brillaban suavemente por entre la brisa perfumada de jazmín. Se recordó sentada en la parte de atrás de la bicicleta de Yaping, con la larga melena volando al viento. La noche era pura y los grillos cantaban al pie de la pagoda que hay junto al lago Weiming.

Durante aquellos años, Hermana Mayor Hui le fue dando noticias de Yaping: se había casado, había terminado los estudios de Administración de Empresas, había empezado a trabajar, se había comprado una casa.

De vez en cuando aún pensaba en él, tratando de imaginárselo vestido de hombre de negocios, pasajero en el ferrocarril elevado. Se preguntó si llevaría todavía aquellas gafas

de montura negra. Algunas veces recordaba sus ojos inteligentes y su tímida sonrisa. Cuando le odiaba se lo imaginaba viejo, ya no delgado ni apuesto. Pero la mayor parte del tiempo no era capaz de imaginárselo en absoluto. Los nombres no significaban nada para ella: Chicago, Evanston, North Shore. No tenía una imagen de ellos, ni podía hacerse una idea de cómo era la mujer de Yaping o la vida que llevaban juntos. Giró por la carretera occidental de Qinghua y apareció ante su vista el Antiguo Palacio de Verano.

Desde que se licenciaron, Hermana Mayor Hui había organizado reuniones anuales. Hermana Mayor Hui se había quedado en su departamento de la universidad, primero como alumna de doctorado y luego como profesora. Mei no fue a las primeras reuniones porque no quería hablar de Yaping ni de cómo habían roto. Después, estaba demasiado ocupada. Cuando ascendieron a su jefe, Mei, como ayudante personal suya, entró en el círculo de los favorecidos. Se le asignó un apartamento de un dormitorio y atribuciones de nivel elevado. Se volvió deseable a los ojos de los casamenteros. Le presentaron a hijos de funcionarios de alto rango y a ascendentes astros de la diplomacia. Fue con ellos a restaurantes, conciertos, estrenos de películas y banquetes ceremoniosos. Se sentó con sus familias en luminosos apartamentos que daban al paseo del Renacimiento. Dedicó su tiempo libre a tratar de conocerlos para que ellos pudieran llegar a conocerla a ella.

Pero todo cambió cuando pidió la baja en el ministerio. Las personas con quienes había trabajado durante años y a las que creía amigas le volvieron la espalda.

Quizá por eso le preocupaba tanto lo de hoy, pensó Mei, su propio aspecto y lo que pudieran pensar de ella sus antiguos compañeros de clase. Aquella gente eran sus viejos amigos. Aunque parecía que nunca antes los había necesitado, ahora los necesitaba.

3

Hermana Mayor Hui la estaba esperando en la entrada principal del Antiguo Palacio de Verano.

—¡No me lo puedo creer! ¡Tú, la persona que tiene el lujo de un coche, llegando tarde! Llevamos cuarenta minutos esperándote. Ding se ha tenido que llevar a la pequeña Po adentro para que pudiera darse unas carreras. Un niño de cuatro años es como un perro: si no se desfoga en el parque, está que muerde.

Hermana Mayor Hui había adelgazado, mostrando curvas que Mei ignoraba que tuviese. Claramente le complacía su nueva forma y la había envuelto en un ajustado vestido de colores irisados.

—Lo siento —dijo Mei—. Me quedé dormida.

—Es la vida indisciplinada de los solterones. Tienes que casarte. Te hará bien.

Hermana Mayor Hui le cogió el brazo y anduvieron hasta el parque como viejas amigas, de la mano. Una brisa ligera retozaba entre la larga hierba del lago seco. En algún lugar de los bosques se alzaban columnas rotas, medio escondidas. Más allá había montones de piedras caídas desperdigados por los sinuosos senderos. Antes de que lo incendiaran las tropas británicas y francesas durante la Segunda Guerra del Opio, doscientos años atrás, los estudiosos comparaban el Antiguo Palacio de Verano con Versalles. Mei había visto estampas de Versalles en los libros, pero, aun hallándose entre las ruinas, nunca podría imaginarse el antiguo esplendor del Palacio.

—¿Y cómo va esa vida, princesa? —Hermana Mayor Hui estaba tan jovial como de costumbre.

—¿Por qué me llamas siempre «princesa»?

—Bueno, si te hubieras casado con alguno de tus príncipes de la revolución cuando estabas en el ministerio...

—No empieces con eso otra vez.

—Vale, vale —Hermana Mayor Hui levantó las manos en gesto de rendición—. Cuéntame de tu trabajo.

—El trabajo va bien. Viene mucha gente a verme por esto o por lo otro. Me parece que hay dos cosas que a la gente le sobran últimamente: dinero y líos.

—No me sorprende. Hay ricos por todas partes. Basta con mirar el tráfico. Cuando nosotras estábamos en la universidad, las motocicletas eran lo máximo. ¿Te acuerdas de Lan? Se echó un novio que tenía moto y todos pensábamos que era un delincuente.

Ambas se rieron.

–Estoy contenta de que las cosas por fin te vayan bien –dijo Hermana Mayor Hui –. Qué terrible prueba tuviste que pasar en el ministerio. Tú no te merecías eso.

Mei asintió y trató de sonreír.

El camino se bifurcaba. Dejaron la senda y subieron una pequeña colina. Pronto la escalada las hizo acalorarse.

–¡Qué sofoco! Si sólo es primavera. Desde luego, el viejo cielo está revuelto este año –Hermana Mayor Hui jadeaba. Mei sentía la hierba seca quebrarse bajo sus pies. Cuando llegaron a lo alto de la pendiente miraron hacia abajo, a un prado del valle. Había un grupo de gente allí reunida, sentada sobre plásticos.

–Fue aquí adonde vinimos a celebrar el fin de carrera –dijo Hermana Mayor Hui, tostándose al sol–. ¿Te acuerdas?

Una gran piedra blanca en forma de concha que una vez perteneció a una antigua y ornada fuente se alzaba en mitad del prado. Su mármol blanco destellaba.

–Por supuesto –dijo Mei suavemente.

De pronto le volvió el recuerdo de aquel día. Estaban sentados alrededor de los restos de un picnic, fumando y cantando. Los chicos bebían cerveza Qingtao. Las chicas soñaban con romances. Li el Gorrión tocaba la guitarra. Yaping leía uno de sus poemas...

–¡Eh! –gritó alguien desde la fiesta, arrastrando su pensamiento de vuelta al presente.

–Es el Gordo –Hermana Mayor Hui le devolvió con la mano el saludo y empezaron a bajar la cuesta.

Li el Gorrión estaba sentado sobre el mantel de plástico fumando, bebiendo cerveza de una lata y tocando la guitarra. Se le veía aún más pequeño y flaco de lo que Mei recordaba. Su rostro, que nunca pareció joven, ahora claramente revelaba edad.

–Llegas tarde.

–No es por mi culpa. Es aquí la princesa –Hermana Mayor Hui dejó caer su cuerpo redondo sobre el mantel y señaló con un dedo a Mei.

–¡Hermana Mayor Hui! –protestó Mei.

El Gordo dijo hola a las recién llegadas y les ofreció las bebidas. Mei cogió una botella de agua.

–¿Cómo estás, Li? –se sentó junto a Li el Gorrión, haciendo que se ruborizara.

Todos sabían que Li el Gorrión siempre había estado enamorado de Mei.

–Me voy a Shenzhen. Ya he tenido bastante de Pekín y de la Agencia de Prensa Xinhua –declaró Li el Gorrión.

–¿Qué? –gritó el Gordo–. ¡No me lo habías dicho! ¿Vas a renunciar al «cuenco de acero» por un periódico local privado? ¿Es que te has vuelto loco?

–¿Qué tiene de estupendo la Agencia de Prensa Xinhua? No tenemos alojamiento, y el sueldo es miserable. Cuando terminamos la carrera, la cuestión era conseguir un trabajo en los departamentos importantes del gobierno. Ahora la cuestión es el dinero: si eres rico, eres alguien. Yo voy a ser jefe de redacción y a ganar un montón de pasta.

—No seas ingenuo —Hermana Mayor Hui abrió con un chasquido una lata de cerveza Qingtao—; ¿qué es el dinero comparado con el poder? Mei tenía un bonito apartamento individual cuando trabajaba para el Ministerio de Seguridad Pública. Viajaba en coche oficial y comía en los mejores restaurantes. No era rica, pero ¿a que vivía bien? Mira a tu jefe: no tiene necesidad de ser rico. Saca todo lo que necesita, y más, de su trabajo.

—Bueno, pero yo no voy a ser nunca el jefe de la Agencia de Prensa Xinhua. Hay que ser de una pasta especial para trepar por el poste del poder. Yo no soy así. Yo voy a ser rico. Tendré mi propio coche y mi propio apartamento.

—Yo no necesito un coche, pero me gustaría tener un techo sobre mi cabeza —suspiró el Gordo—. El *Diario de Pekín* es mucho peor que la Agencia de Prensa Xinhua. Ni siquiera me dan cama en un dormitorio comunitario. Tengo treinta años y todavía vivo con mis padres. Así que les he dicho a los casamenteros que sólo me interesan las chicas cuyos puestos de trabajo incluyan el alojamiento.

—En las Zonas de Economía Especial como Shenzhen, la gente como nosotros podrá pagarse su propio apartamento —Li el Gorrión aspiró su pitillo.

—¿Y qué pasa con tu empadronamiento en Pekín? —le preguntó Mei—. Lo perderás si te vas. ¿Es que no vas a querer volver nunca?

Mei se entristeció. Li el Gorrión siempre había sido un sufriente y desesperado romántico. Hacía las cosas por pasión, a veces sin considerarlas debidamente. Por eso nunca encajó en el pragmático modo de vida chino. En ciertos aspectos, Mei sentía una fuerte conexión con él. Ambos eran marginales, aunque de distinto tipo. Li el Gorrión aspiraba a la aprobación y la aceptación de otros. Mei, en cambio, pensaba que nadie la entendía, y por eso no le importaba lo que pensasen de ella.

—¿Quién no va a querer volver? —rugió una gruesa voz detrás de ellos. Todos se volvieron y vieron la silueta de un metro noventa de Guang y su cara tiznada alzándose por encima de ellos. Había estado trabajándose la pequeña cocina de gasolina que había del otro lado de la concha de piedra.

—Li el Gorrión. Se va a Shenzhen —dijo el Gordo, sacudiendo la cabeza.

—Mejor para él —dijo Guang, sentándose. Abanicó el humo del pitillo de Li el Gorrión para mandarlo de vuelta a su cara—. Por fin estarás con gente de tu talla —y se rió de su propio chiste.

Li el Gorrión, aunque procedía de la tierra de los gigantes (la septentrional provincia de Dongbei), era el más bajo de la clase.

Hermana Mayor Hui le dio a Guang un manotazo en la espalda:

—No seas burro.

El aviso no tuvo efecto. Guang volvió a reírse.

—Pero no pienses en pasarte a Hong Kong. Hong Kong va a regresar a la madre patria en unos pocos meses, así que te atraparíamos.

La mujer de Guang sacó una lata de cerveza. Él la abrió, bebió un sorbo y escupió.

—¡No la has enfriado como te dije!

—Estaba helada cuando la compré —respondió su pequeña esposa. Le hablaba con voz tenue, evitando su mirada.

—¡Tráeme una botella de agua! —le gritó él.

Al final llegó el marido de Hermana Mayor Hui, Ding, con la pequeña Po y las bolsas de comida. Habían tenido que conducir despacio por la colina la bicicleta cargada. La mujer de Guang se animó y fue a descargar la comida para prepararla. Ding charlaba con ella junto al hornillo. La pequeña Po quería jugar con su madre, así que Hermana Mayor Hui se la llevó a buscar flores por la hierba.

Los demás distribuyeron fuentes, cuencos, palillos, embutidos, empanadillas al vapor y arroz hervido. Cuando Guang fue a buscar su tabaco, Mei le siguió.

Ocho años antes, cuando terminaron la carrera, el Proyecto de Construcción de Hainan estaba a punto de despegar. El plan del gobierno era construir la mayor zona de libre economía del país en la isla de Hainan, con hoteles de cinco estrellas, centros turísticos internacionales e industrias modernas. Guang, que era miembro entusiasta del Partido, respondió a la primera llamada y se fue a Hainan en cuanto acabó la carrera. La experiencia le había vuelto más amargo.

—Guang, ¿por qué tratas así a tu mujer?

Guang encendió un cigarrillo y le dio varias caladas.

—Uf, no tendría que haberme casado con ella —se apoyó en un joven álamo—. Estaba desperdiciando mi vida en Hainan. Nos conocimos y pensé que al menos si nos casábamos habría logrado algo. Entiendo lo que está haciendo Li el Gorrión. Yo lo he hecho, yo he perseguido el dinero. Por todos los santos, me he pasado seis años en Hainan. ¿Me he hecho rico? ¡Chorradas! No se hace rico nadie más que los malditos jefes. Había tanta corrupción que millones de yuanes desaparecieron sin más. Si eres poca cosa como yo, ¿qué consigues? Seis años de tu vida perdidos y una mujer que no soportas.

—No es culpa tuya. El proyecto entero de Hainan era pura corrupción.

—Eso no es un consuelo para mí, ¿no crees?

Mei negó con la cabeza.

—No. Pero ¿es un consuelo machacar a tu mujer?

—Qué chorrada —Guang tiró el pitillo al suelo—. ¿Por qué no puedes ser amable alguna vez? Tenme un poquito de compasión —trituró el pitillo con el pie y se alejó a paso largo.

Cuando la comida y la cerveza estuvieron listas sobre el mantel de picnic, todos ellos se juntaron alrededor y comieron a placer.

El sol estaba ya alto en el cielo. El día se estaba poniendo más caluroso.

Los antiguos compañeros de clase intercambiaban noticias de la vida y el trabajo. Bajo la mirada vigilante de Hermana Mayor Hui, todos evitaron el asunto de la marcha de Mei del Ministerio de Seguridad Pública. Mei sonrió a su amiga y le dio las gracias con los ojos.

—Lan va a venir más tarde —les informó Hermana Mayor Hui.

–¿No es ella la querida rica? –preguntó la pequeña esposa de Guang.

Guang la ignoró.

–Una vez me la encontré en el Centro Lufthansa. Tenía un montón de bolsas de compras y su chófer cargaba con ellas.

–Yo conozco a su hombre –Hermana Mayor Hui movió la cabeza–. Es especial, alguien que algún día llegará muy lejos; quizá como el cuñado de Mei. Compró un apartamento para Lan y otro para los padres de ella, que ahora se han mudado a Pekín.

–¿Veis? Eso es lo que yo digo –exclamó Li el Gorrión–. No necesitas un trabajo con residencia en Pekín si tienes dinero. Te puedes comprar tu propio apartamento y pagarte tú mismo la asistencia médica.

–¿Pero se va a casar con ella?

–Vaya, Mei –se rió Hermana Mayor Hui –. Ya tiene una mujer, y una hija.

–¿Y ella es guapa? Quiero decir Lan. Tiene que serlo –dijo la menuda esposa de Guang.

–No tan guapa como Mei –dijo el Gordo.

–Entonces ¿cómo ha tenido tanta suerte? –chirrió la mujercita.

–Buena pregunta –murmuraron todos.

–Por Dios, dejad de envidiarla. ¿No hay nadie aquí que piense que eso no está bien? –clamó Mei.

–No veo por qué no va a estar bien –Guang se incorporó–. Ella tiene una buena formación, es inteligente y útil para los negocios de él, que obviamente la aprecia. La esposa también se beneficia: cuanto mejor le va a su marido, mejor posición tiene ella. Si la cosa no resulta, Lan se queda con los apartamentos y el dinero. Es un buen arreglo, si quieres saber mi opinión.

De más allá de los bosques, la brisa había recogido un dulce aroma de resina de pino y hojas de primavera. El Gordo estaba tumbado sobre su espalda y seguía con la vista el rastro de las nubes viajeras. Li el Gorrión tocaba canciones españolas de amor con su guitarra.

Mei volvió a pensar en los tiempos del fin de carrera, cuando estuvieron en ese prado. Eran jóvenes y puros, con el corazón lleno de ideales. Tenían sueños y estaban preparados para el mundo. Cantaban el primer éxito del rock chino, el *No tengo nada*, de Cui Jian.

Ella no tenía realmente nada en aquel entonces, ni coche, ni negocio, ni un apartamento para ella sola. Pero era feliz. Estaba enamorada.

Mientras conducía de vuelta de la reunión a su casa, Mei no se podía quitar a Yaping del pensamiento. Al parecer, haber visto a los viejos amigos de ambos después de tanto tiempo hizo que su ausencia, que ella creía bien sepultada, se agudizara otra vez.

Mei se había fijado en Yaping el primer día en la universidad. Era un chico del sur sorprendentemente alto, de ojos sensibles, sonrisa tímida y pelo suave que le caía por la frente. No tardaron mucho en ver todos que Yaping era el más inteligente de la clase.

Mei y Yaping empezaron a salir en tercero. Hablaban de literatura junto al lago Weiming. Fueron de viaje a los montes de Poniente para visitar templos y santuarios. Fueron de compras a Wangfujing y a Xidan, a rebuscar entre los libros y comer especialidades pekinesas tradicionales. Iban al cine en el salón de actos de la universidad, el mejor sitio en Pekín para ver películas tanto extranjeras como chinas de vanguardia. Juntos vieron *Love Story* y *Vacaciones en Roma*, las dos únicas películas de países no comunistas. Cuando *Sorgo rojo* ganó el Oso de Oro en Berlín, su director, Zhang Yimou, llevó la película a la Universidad de Pekín. Tras la proyección, el director y su actriz principal salieron a escena. Mei todavía recordaba lo bella que estaba Gong Li y cómo aplaudía todo el mundo.

Pero la madre de Mei, Ling Bai, no era partidaria de Yaping. Lo encontraba guapo («dentro de su estilo de chico de aldea fluvial del sur») y muy brillante, pero había venido del campo, lo cual significaba que muy probablemente tendría que volverse allí a terminar la carrera. Ling Bai nunca habría permitido que Mei se marchara a vivir fuera de Pekín.

Ling Bai era pintora y trabajaba en la sección artística de una revista de propaganda llamada *Vida de mujer*. Era una empleada corriente que en su madurez había ganado veteranía, ya que no autoridad. Aunque Ling Bai tenía pocas ambiciones para sí misma, de sus hijas esperaba que triunfaran. Quizá habría llegado a pasar por alto los problemas de residencia de Yaping, porque, con inteligencia y suerte, podría ser que le dieran un empleo en Pekín. Pero no podía cambiar la forma en que había sido educado. Sus padres eran simples maestros de escuela. Yaping no era alguien que pudiera ofrecer a Mei protección y expectativas.

—No se puede vivir sólo de poesía —le decía Mamá a Mei.

Pero Mei siguió viendo a Yaping de todas formas. Estaban enamorados.

En su último año en la facultad, Yaping obtuvo una beca de la Universidad de

Chicago. Cuando se licenciaron, se fue a Estados Unidos. Al principio, sus cartas eran largas y sentidas. Luego se hicieron más cortas, menos frecuentes. Al cabo de un año, después de no haber escrito en mucho tiempo, Yaping escribió para contarle a Mei que se había enamorado de otra persona.

—Te lo había dicho —dijo Mamá. Estaba sentada en una silla plegable en el balcón de su apartamento con una taza de té verde—. Ahora ves que yo tenía razón al oponerme, ¿no? Sólo me gustaría que me hubieras hecho caso. Eres como tu padre, demasiado romántica.

Era típico de Mamá, pensó Mei, empeñarse en no soltar el timón. Mamá sabía cómo hacerle sentir que no era capaz de hacer nada bien.

Antes de que terminara la Revolución Cultural y a Mamá le dieran el empleo en la revista, cambiaron mucho de lugar, siguiendo sus trabajos y alojamientos temporales. Mamá se volvía más susceptible cada vez que se mudaban. Mei y su hermana aprendieron a no hacer cosas que le molestaran. Eso podía incluir ruido, silencio, cosas fuera de su sitio, suciedad y malas noticias. Pero, por mucho cuidado que pusieran, Mamá todavía gritaba.

A Mei le parecía que sólo su hermana podía hacer sonreír a su madre. Lu era tres años menor y extremadamente guapa desde edad temprana. Era dulce, encantadora y llena de talento. Los profesores de Lu sólo tenían las mejores cosas que decir de ella. La alababan por especial, inteligente y amable. Mamá la quería tanto que Mei pensaba que ya no le quedaba más amor para su hija mayor.

Así que fue un alivio para todos que Mei se fuera al internado, aunque incluso allí destacó como inadaptada. Eso le quedó claro a Mei cuando llamaron a Ling Bai para hablar con su tutora. Mei se sentó fuera del despacho de la señora Tang, aburrida porque Mamá llevaba mucho tiempo dentro. ¿De qué podrían estar hablando?

Se acercó de puntillas a la puerta y puso la oreja en el ojo de la cerradura. Oyó la voz de la señora Tang:

—Mei es buena estudiante. Pero no es sano para una niña de su edad estar todo el tiempo sola.

—Me temo que tiene el carácter de su padre —dijo Mamá—. Él era una persona solitaria, de las que viven la vida a través de la literatura, los ideales y los principios morales. Era un magnífico escritor, pero no entendía cómo funcionaba el mundo. Al final, su personalidad acabó con él. Cada vez que veo a Mei, estoy viendo a su padre. Tienen los mismos ojos. Incluso hace sus mismos gestos. Me asusta. Intento ayudarla, pero ella no quiere cambiar. Mi otra hija, Lu, no es así. Se lleva bien con la gente y lo entiende todo a la primera. No sé por qué Mei es tan diferente. No será por nada que yo haya hecho, espero. Yo las quiero a las dos y las trato igual. Aun así, Mei ha salido a su padre: siempre menospreciando a los demás, siempre juzgando. Es como si nadie fuera lo bastante bueno. Nadie está a su altura.

—Quizá podría llevarla a un experto en hierbas —sugirió la señora Tang—. Ellos saben cómo suavizar el carácter.

—Ojalá sea así —dijo Mamá.

Cuando Mei oyó que su madre se acercaba a la puerta, corrió otra vez a su asiento.

Las hierbas y la lectura de *qi* no la hicieron mejorar. Mei seguía viviendo en un mundo propio, rodeada de sus libros y sus pensamientos. Leía todo lo que caía en sus manos. Quería dedicarse a escribir como su padre.

—De ninguna manera —su madre fue tajante—. ¿Cómo puedes pensar siquiera en ser escritora? Escribir es la profesión más peligrosa en China. Cada vez que hay un movimiento político, los escritores son los primeros que van a la cárcel.

Pero Mamá no podía detener a Mei; tampoco podía convencerla de que el pragmatismo era mejor que los principios morales.

Estaban en el salón de su madre cuando Mei le dijo a Ling Bai que había pedido la baja en el Ministerio de Seguridad Pública.

Mei se encogió de hombros, tratando de aparentar despreocupación.

—Me irá bien. Hay un montón de empresas privadas por ahí. No será difícil encontrar trabajo. Puedo ganar más dinero.

—Pero no tendrás el mismo futuro. ¿No sabes que el poder es lo único que importa? Cuando te dieron ese trabajo en el ministerio, yo estaba muy contenta y, a decir verdad, muy aliviada. Tú sabes lo que me parecía tu determinación de ser escritora o periodista; me alegré de que no tuvieras que ser ninguna de las dos cosas. Creí que por fin estabas a salvo y que podía dejar de preocuparme por ti. Pero una vez más me has demostrado que me equivocaba.

Mamá paseaba de un lado a otro delante de Mei.

—Debe de haber en ti algo autodestructivo. Todos aquellos jóvenes perfectamente agradables que te presentaron, y no hubo uno solo que resultara. ¿Por qué? —dejó de moverse y miró a su hija—. ¿Qué pasó con todas las cosas que te dije? Los entramados de *guanxi*, el compromiso... ¿Es que te entró todo por un oído y te salió por el otro?

Mei se mordió los labios hasta que le dolieron.

—Realmente podrías aprender de Lu —dijo Mamá.

Mei no pudo seguir callada.

—Yo no soy como Lu. Ya deberías saberlo a estas alturas. Francamente, no quiero ser como ella. No quiero ser la bonita almohada de nadie.

—Eso es algo horrible para decirlo de una hermana.

—¿Cuánto crees que quería a esos novios suyos? ¿Cuánto crees que quiere a Lining? Ella quiere a su dinero.

—Estás celosa porque ella es feliz.

—Es feliz porque vive en el momento y se ama sólo a sí misma.

—Eso no es justo. Nadie te ha pedido que lleves ninguna carga. Yo he sacrificado mi

vida para que lo pudierais tener fácil: un buen colegio, nada de que preocuparse... Pero tú eliges ponerte la vida difícil. Todos tus principios y tu moral ¿para qué te sirven si no te pueden hacer feliz?

Mei trató de hallar una réplica, pero las palabras se le pegaron en la garganta como espinas de pescado. Se levantó del sofá y se acercó a la ventana. Abajo, alguien salía del cobertizo donde se guardaban las bicicletas. Mei contempló cómo montaba en su bici y se alejaba. Contempló la tarde vacía. Vio la misma historia repitiéndose a sí misma: la niña rara, la hija desobediente, el fracaso.

—Eres igual que tu padre: tú tienes que hacerte la importante. Te pones a ti misma en un pedestal. No te preocupa a quién estás hiriendo.

—Como mucho, me estaré hiriendo a mí misma.

—Me hieres a mí, que soy tu madre. Estoy preocupada por ti.

Un violento impulso se encendió dentro de Mei como nunca antes. Se dio la vuelta. Toda la ira y la traición que había sentido explotaron:

—Entonces te pido que dejes de preocuparte por mí. Puedo cuidar de mí misma. Aprendí a hacerlo a los cinco años, gracias a ti. ¿Tienes idea de lo que fue para mí ver cómo pegaban y humillaban a mi padre todos los días? Si de verdad te preocuparas por mí no me habrías dejado en el campo de trabajo. No habrías dejado a Papá morir allí.

—¿Cómo te atreves? ¡Eres... eres un bicho ingrato! No tienes derecho a juzgarme — Mamá empezó a temblar, la voz se le quebraba de contener las lágrimas—. ¿Qué sabes tú del amor? Lo único que haces es leer libros. Te crees que la vida es como una novela. Pues no, la realidad es mucho más oscura que eso. Yo no os abandoné ni a Papá ni a ti. Si hubiera podido sacarte, lo habría hecho. Pero sólo podía llevarme conmigo a una niña, y tu hermana no tenía más que dos años y estaba muy enferma...

Las lágrimas le rodaron por las mejillas.

—Al final te saqué de allí, ¿no? No sabes lo difícil que fue. Pero nunca lo has valorado. Renuncié a mucho por ti y por Lu. Lo único que quiero para ti es que seas feliz. Pero mira lo que has hecho.

¿Qué, por cierto?, se preguntaba a sí misma Mei, dejando atrás la calle de los Centros Universitarios. ¿Tenía razón su madre? ¿Era ella realmente la asesina de su propia felicidad? Pero no; con todo lo difícil que había sido dejar el ministerio, no habría podido continuar allí. No puede haber lugar para mentiras en la felicidad verdadera, se reafirmó. Mientras giraba hacia la carretera de circunvalación y veía, a lo lejos, la Puerta de la Victoria Moral, decidió que ella no había hecho nada malo y que no iba a perder más tiempo del fin de semana en rumiar el pasado.

Al cabo de dos semanas, la ola de calor se había disipado. El viento frío volvió a soplar desde el norte. Los ciudadanos recibieron aviso de otra tormenta de arena amarilla.

Mei estaba en su despacho terminando de escribir las notas del caso del señor Shao. Estaba contenta. Mientras escribía la última palabra, reflexionó cálidamente sobre el interés y la variedad que le aportaba su trabajo.

Sonó el teléfono en el vestíbulo. Pocos minutos después, Gupin asomó la cabeza por un resquicio de la puerta.

—Ha llamado un tal señor Chen Jitian. Le gustaría venir a verte mañana. Dice que es amigo de tu familia.

—Sí, lo es —los ojos de Mei se animaron.

—Le he dado cita. Vendrá por la mañana.

—Muy bien.

Se recostó en su silla y meditó un momento. Sonrió. Estaba encantada de saber del tío Chen, aunque al mismo tiempo se preguntaba por qué querría verla. Miró por la ventana. El cielo estaba oscuro. El viento azotaba las ramas desnudas de los árboles. Pensó en la última vez que había visto al tío Chen, hacía un año y medio, en un bonito día de otoño.

Se dice que las hijas al crecer cambian dieciocho veces, y cuanto más cambian más guapas se ponen. Eso era sin duda cierto en el caso de Lu. Por la época en que conoció a Lining, cuando tenía veinticinco años, se había convertido, según palabras de su futuro marido, posiblemente en la mujer más bella de Pekín. Y su belleza era sólo la mitad del cuento: además, era inteligente. Había estudiado psicología en la universidad y se la consideraba una de las mejores alumnas de su clase.

Tras licenciarse, le asignaron un empleo en el Hospital Psiquiátrico de Pekín. Ella odiaba ese trabajo. Después de un año dejó el hospital, primero para dar clases en la facultad donde acababa de licenciarse y luego para entrar en el Ministerio de Propaganda.

Sus rápidos saltos de un trabajo a otro eran poco menos que un milagro, dado que ese tipo de cambios tenían que ser aprobados por el gobierno central como casos especiales. Pero Lu era la clase de persona especial a quien parecía que la buena suerte siempre tenía que serle otorgada.

Su trabajo en el Ministerio de Propaganda la hizo aterrizar en los medios de

comunicación. Pronto se convirtió en psicóloga invitada de Telepekín. Fue en uno de los estudios de Telepekín donde Lu conoció a Lining, un industrial que salía en el mismo programa que ella.

Tres semanas antes de su boda, Lu llevó a Mei y a su madre a comer tapas cantonesas al famoso Gran Restaurante de los Tres Principios.

Era un martes por la mañana. El restaurante estaba casi vacío. Aparte de la familia Wang, sólo había otros dos clientes: una pareja que hablaba en cantonés y probablemente se alojaba en el cercano Hotel Shangri-La. Riadas de camareras (vestidas con los tradicionales y ceñidos vestidos bordados *qipao*, de altos cuellos mandarines y aberturas laterales en la falda) hacían la ronda con carritos de comida.

Ante unos cestillos en los que se habían cocido al vapor caracoles al curri, callos en salsa picante y empanadillas de gambas, las mujeres Wang discutieron cómo debían disponer los asientos de los invitados de honor de la boda de Lu.

—Quiero que la gente recuerde mi boda por muchos años —manifestó Lu—. Quiero que se hable de ella como de uno de los acontecimientos más distinguidos. No voy a copiar a la hija del teniente de alcalde. ¿Sabéis que su padre cortó el tráfico en todo el recorrido hasta su boda para que ella pudiera tener un cortejo de cien coches? Y además invitó a cinco mil personas al banquete.

«Mi boda será diferente. He restringido la lista a cuatrocientos invitados, así que va a ser la boda más exclusiva del año. Sólo los poderosos, los famosos y los ricos están invitados.

—Como debe ser —asintió Mamá.

Llegó otro carrito. Mamá cogió su pescado en salmuera preferido y sopa de arroz con cacahuètes. Mei eligió un cestillo de «bollitos Dragón».

—¿Cómo va tu nuevo apartamento? —preguntó a su hermana.

Lining había comprado un ático cerca del barrio de las embajadas. Lo estaba reformando la mejor empresa de construcción de Pekín, según Lu.

—Estará listo para cuando volvamos de nuestro viaje de novios. ¿Te he dicho que nos lo están haciendo gratis?

«Me lo has dicho», pensó Mei.

—El presidente dijo que va a ser nuestro regalo de boda; qué encanto, ¿verdad? —Lu sonrió—. Lining tiene muchísimos amigos, y todos le adoran y quieren serle útiles.

«Cuando vayamos a Europa, me ha dicho Lining que tengo que ir a todas las tiendas. Sabe que me encantan las cosas bonitas. Pero pasarse la luna de miel de compras, qué horror. «No», le dije, «yo quiero hacer turismo e ir a los museos». Estoy impaciente por ver la torre Eiffel, el Big Ben y el Coliseo.

«Además, le he dicho a Lining que no puedo comprar nada ni aunque quisiera. Ya nos estamos quedando sin sitio al paso que vamos; tantos regalos de boda: antigüedades chinas, muebles modernos italianos, aparatos alemanes... ¿Dónde voy a poner las cosas

nuevas? La triste realidad es que algunas de las cosas que nos han regalado no son de mi gusto. No me entendáis mal, son todas perfectamente divinas, absolutamente de primera. Pero en muchos casos yo habría preferido otro color u otro estilo.

Lu habló de su nueva vida, moviendo las manos con delicada agitación. Sus dedos (delgados, de perfecta manicura) parecían expresar su sensualidad y también algún recuerdo, como la sensación de un primer beso, o el aura de una niña al hacerse mujer.

Llevaba un largo vestido blanco. Justo debajo de la línea del pecho se juntaban tiras de gasa atadas con lazos de terciopelo. Cuando se movía, alguno de esos pliegues secretos se abría para revelar vagos contornos, una velada levedad que antes había estado escondida.

Una vez más, un carrito de comida se enfiló con su mesa. Lu, blancos los dientes y la complexión radiante, se inclinó sobre él para revisar el surtido.

—Patas de pollo —pidió.

La camarera quitó la tapa y colocó el cestillo en su mesa. Pintó un guión en la hoja de pedidos y se fue.

—Ay, Mamá, casi me olvido. Ayer, Lining me hizo otro regalo.

—¿Qué era? —Mei vio cómo la cara de Mamá se encendía.

Lu inclinó la cabeza hacia un lado, mordiendo los labios. Luego volvió a levantarla, los ojos brillándole como estrellas, y dijo:

—Un Mercedes Benz de importación.

—¡Bravo! —Ling Bai palmeó al juntar las manos en gesto de oración. Su sonrisa era tan amplia como la de su hija preferida.

—¿No es un hombre maravilloso, Mamá?

—Es evidente que está muy enamorado de ti —dijo Ling Bai, acariciándole la mano.

—Pero ¿qué pasa con tu Mitsubishi? —preguntó Mei, al tiempo que escupía un huesecillo de los dedos de pollo.

Lu tenía un cochecito rojo de dos puertas que le había regalado un novio anterior.

—No lo sé. No he pensado en eso —Lu paró de mover los palillos.

Ling Bai miró ceñudamente a su hija mayor, que estaba, como de costumbre, aguándoles la fiesta.

—¿Tú lo quieres? Te lo regalo —dijo de pronto Lu alegremente.

Al oír sus propias palabras se sintió complacida, y rápidamente prosiguió con la idea:

—Sí, cógelo y haz algo con tu vida. Quizá podrías... —levantó la vista al techo para pensar—. Quizá podrías conducir por todo Pekín resolviendo crímenes.

Se rió.

Lu sólo estaba bromeando, pero sus palabras fueron más certeras de lo que ella imaginaba. En aquel momento, Mei llevaba ya algún tiempo considerando si montar su propia empresa: una agencia de detectives. La idea se le ocurrió cuando buscaba trabajo en la industria privada. Había visto la libertad y la prosperidad que puede traer el ser emprendedor.

El oficio de detective era una elección lógica para ella. Durante años había trabajado en el Ministerio de Seguridad Pública (el cuartel general de la policía), en el meollo de la investigación criminal. Y siempre le habían encantado los libros de Sherlock Holmes. De niña, incluso había fantaseado con ser detective igual que Holmes.

Tener su propia agencia de detectives le daría la independencia que siempre había deseado. También le daría la ocasión de demostrar a todos los que la habían ninguneado que ella podía tener éxito. Cuanto más lo pensaba, más convencida estaba de que podía ganar dinero con su agencia. La gente se estaba haciendo rica. Poseían inmuebles, dinero, empresas y coches. Con las nuevas libertades y oportunidades vendrían nuevos delitos. Habría muchas cosas que ella pudiera hacer.

6

Lu había estado considerando si celebrar su boda el ocho de agosto, fecha doblemente propicia porque el número ocho, *ba*, rimaba con «hacerse rico», *fa*. Pero Lu detestaba el calor, que en agosto podía ser endiablado. Así que la revisó con un maestro de *fengshui*, que le confirmó que el ocho de agosto del año lunar era de hecho más propicio. En 1995, el ocho de agosto² del año lunar caía en septiembre.

Los detalles de la boda se habían planeado durante varios meses, haciendo muchos cambios a lo largo del camino. Al principio Mei iba a ser la madrina principal, y luego ya no iba a serlo. Mei lo entendió: por supuesto que ella era la hermana de Lu, pero la boda iba a ser un gran acontecimiento, con cámaras y personal de televisión. Wei Wei, la estrella de cine, resultaría más *paichang*: aportaría más esplendor al gran día.

Dos días antes de la boda, llamó Lu.

—Siento estar haciendo esto por teléfono. Todavía hay mucho que hacer y, para colmo, una crisis: el cocinero del restaurante se ha ido al nuevo Ultraoceánico. He pasado hoy por allí y le he dicho al señor Zhang que más le vale que su antiguo cocinero cocine para mis invitados el sábado. Ya sabes el tipo de gente que va a venir a la boda. No puedo tener un chef desconocido. Le he dicho al señor Zhang: «Desde luego, no se me va a chafar por eso». Ése es el problema de los restaurantes en Pekín últimamente: abren algo nuevo cada mes. No logra una ponerse al día lo bastante rápido para estar a la última.

Mei no dijo nada. No sabía mucho de restaurantes ahora que ya no trabajaba para el ministerio.

—He estado pensando y también hablando con Mamá de esto. Sabes que lamento lo que te ocurrió en el ministerio, sea cual sea la verdad.

—¿Qué quieres decir con «sea cual sea»? Sólo hay una verdad; soy yo la que está diciendo la verdad —Mei oyó cómo se alzaba su propia voz.

—Así no vamos por buen camino. No, ¡Mamá y yo estamos totalmente de tu parte! Por supuesto que te creemos. Lo único que estoy diciendo es que otras personas pueden no verlo del mismo modo que nosotras. Tampoco se les puede convencer. En todo caso, hemos pensado que a lo mejor prefieres no llamar la atención yendo de madrina. La gente puede hablar y especular acerca de por qué dejaste el ministerio. No querrás eso.

—Has invitado a mi antiguo jefe, ¿verdad?

—Mi querida hermana, si por mí fuera, le cortaría su asquerosa coetilla por ti. Pero no

puedo anular la invitación. Estoy segura de que lo entiendes: no es una persona con quien apetezca enemistarse.

—Eso no suena exactamente a que estás de mi parte —replicó Mei—. ¿Cuánto tiempo lleváis planeando esto Mamá y tú? ¿Desde el mismo momento en que me fui del ministerio?

—Lo siento, Mei. Nos horrorizaría que sufieras, y por eso pensamos que sería mejor para ti no destacar demasiado el sábado. Baja esos humos por una vez, por favor; por mí, por la boda de tu hermana pequeña —la voz de Lu sonaba como si estuviera bañada en miel—. Sabes que no es mucho lo que puedo hacer, ¿verdad? Ni siquiera puedo poner a tu ex jefe escaleras arriba; y me habría gustado, créeme.

A Mei le dieron ganas de llorar.

—Mei, no olvides que aún hay otros a quienes odias, como la señora Yao, que te organizó todas esas citas.

—No la odio. Simplemente me cae mal. Me habría emparejado con quien fuera si con eso hubiera ayudado a ascender a su marido.

—Mira, Mei, ése es tu problema. No confías en nadie. La gente intenta ayudarte, pero tú siempre piensas que tienen otras intenciones. Quizá las tengan, o quizá no; ¿qué importa eso?

—Importa mucho. Importa si la gente dice o no la verdad.

—Eres mi hermana mayor, pero a veces puedes ser muy ingenua. No es de extrañar que tengas tantos enemigos.

—¿Preferirías que no fuera a tu boda? Eso nos ahorraría a todos el sonrojo.

—Por supuesto que quiero que vayas. Eres mi hermana, mi familia. ¿Cómo puedes siquiera pensar eso? —Lu se detuvo por un minuto. La temperatura entre ellas se enfrió algunos grados—. Mei, yo admiro tu alta autoexigencia, pero hay personas que no son tan nobles como tú. Los estás midiendo por tu rasero; a veces me gustaría que fueras sólo un poquito más tolerante.

Esa noche, sola en su apartamento, Mei contempló el espectáculo de luces de la carretera de circunvalación, al pie de su ventana. Pensaba en sus propias limitaciones. También ella desearía ser más tolerante. Se preguntó si lo que llamaban «su alta autoexigencia» sería la causa de su triste estado: sola y sin trabajo. Puede que Lu tuviera razón. ¿Quién era ella para juzgar a los demás?

Luego trató de imaginarse cómo sería el mundo si la gente dijera lo que piensa. En un mundo así, Lu le habría dicho a Mei que no encajaba en la perfección de su imagen y Mei lo habría entendido, igual que lo entendía ahora. La fachada y la imagen lo eran todo para Lu. En ese mundo, nadie le impediría a Mei decirle a la señora Yao que ella no era un peldaño en la carrera de su marido y que su felicidad no era para negociarla como un favor.

Mei pensó en no ir a la boda, y en cómo se ofendería y se enfadaría todo el mundo.

Sabía que no era en ningún caso una posibilidad real, pero representó la escena en su pensamiento: una protesta contemplativa.

Al final sí que fue a la boda, como sabía que debía hacer.

Los procedimientos legales (el permiso del Partido –Lining tenía la bendición del alcalde, por supuesto–, los exámenes médicos y el certificado de matrimonio con una foto de la pareja) estaban todos resueltos. Lo único que faltaba era un convite por todo lo alto.

El día resultó perfecto. Un cielo del azul del mar se desplegaba hasta la eternidad. Cuando el sol daba en la piel, le entregaba un calor íntimo como roce de persona amada. Las copas de los robles albares que adornaban la calle se mecían con una brisa suave como una pluma, irradiando en todas direcciones una luz moteada. El aire estaba claro como agua destilada.

Doscientos ochenta y seis farolillos pendían del tejado curvo del restaurante. Había otros dos faroles enormes colgados junto a la entrada como un par de pendientes, haciendo brillar el carácter que significa «doble felicidad». Treinta aparcacoches con camisas rojas de cuello mandarín y pantalones anchos, zumbando cual horda de escarabajos, trasladaban los Mercedes y los Audis a la parte delantera del aparcamiento y los coches como el Mitsubishi rojo de Mei a la parte de atrás. Eran jóvenes trabajadores de provincias, sanos como bueyes y siempre dispuestos a trabajar dieciséis horas al día.

Junto a la puerta, un equipo de cuatro personas llevaba prendiendo tiras de petardos desde la llegada del primer huésped. El aire apestaba a pólvora y a humo.

–¿Cuántas veces os lo tengo que decir? ¡Poneos a un lado, hay demasiado humo! – gritaba una de las organizadoras de la boda a los de los petardos.

Ésta era una mujer regordeta de treinta y muchos años, vestida con un traje de chaqueta de seda rosa con una flor roja prendida justo encima de sus grandes pechos. Cada vez que sonreía, que era casi constantemente, hacía relucir un juego completo de dientes de blancura cegadora. Saludó a Mei con una reverencia a lo Buda, las palmas de las manos juntas bajo el mentón. Mei se preguntó si nadie habría pensado en empaquetarla con cintas rojas.

Una vez que Mei atravesó los petardos y el humo, dentro del restaurante la escena era elegante y ordenada. Una alfombra roja se extendía desde la entrada hasta un estrado de dos metros de altura que había al fondo. A cada lado de la alfombra roja había sillas que se podían retirar después de la ceremonia. Parecía que todos los invitados habían llegado: no se veía una sola silla libre.

Cerca del escenario había dieciséis mesas de diez asientos, ocho en cada lado, para las familias de la novia y del novio y los invitados más distinguidos. Una de las ochenta y ocho camareras vestidas con ajustados vestidos *qipao* condujo a Mei a la mesa de la familia Wang. En un jarrón de cristal colocado en el centro de la mesa flotaba una flor de

loto rosa. Tenía que haber sido cortada esa mañana temprano, porque estaba tan fresca como el rocío. Diseminados por la mesa había pétalos de rosas rojas.

La tía Pequeña acababa de llegar de Shanghai. Había sido la hermana bebé de Mamá, doce años menor que Ling Bai. Sentado junto a la tía Pequeña estaba su hijo de dieciséis años con la cara llena de granos. Estaba hablando con la hija del tío Chen, que lucía una sonrisa helada. «Que alguien me saque de aquí», suplicaban sus ojos. Su hermano mayor, nacido el mismo año que Lu, se defendía de su madre, la tía Chen, sin otra cosa que un «sí» o un «no» en un partido de ping pong verbal. Pero la madre siempre se la remataba. El día iba a ser largo.

–Llegas tarde –susurró Mamá antes de que Mei pudiera sentarse.

–La boda no va a empezar hasta dentro de diez minutos –Mei se colocó en el sitio que se le había asignado.

–Tú eres de la familia, tienes tus responsabilidades. Han venido muchos invitados a felicitarme y estoy aquí yo sola.

–Lo siento.

Mei dijo un hola rápido al tío Chen, que estaba sentado junto a ella. El tío Chen no era en realidad su tío, sino el mejor amigo de Mamá. Mamá y él se conocían desde que estaban en el instituto en Shanghai. Cuando los niños eran pequeños, las dos familias solían ir juntas de excursión, y se visitaban mutuamente por el Año Nuevo chino. Tras la muerte del padre de Mei, el tío Chen continuó visitándolas, pero casi siempre sin su familia.

–Ahora ve rápido a decir hola a la familia de Lining –la apremió Mamá.

–Está bien –refunfuñó Mei, y se levantó de su asiento.

Cruzó la línea divisoria roja y saludó a la familia de Lining. Ya los había visto en varias ocasiones: los padres, el hermano menor con la cuñada y los dos sobrinos, que vivían en Vancouver, y la hermana mucho menor con el novio estadounidense, que estudiaban cine en la Universidad de California en Los Ángeles. Lining se había criado en Dalai, el centro industrial del norte, considerado el astillero de China. Su padre dirigía una pequeña fábrica de maquinaria herramienta y su madre era enfermera. Lining primero se había forrado con las refinerías de petróleo, antes de pasarse a los barcos y la inmobiliaria. Les había comprado a sus padres una casa en Vancouver. Su hermano era su representante en Canadá y Estados Unidos.

–Ven aquí, Mei, déjame verte –la madre de Lining, la señora Jiang, tendió la mano para que Mei se la cogiera–. Cada vez que os veo a Lu y a ti le digo a tu madre: ¡qué prosperidad!: «dos bellezas, *qian jin* (mil piezas de oro)» –exclamó la señora Jiang en su habitual estado de excitación–. Tú vales diez mil piezas de oro. Eso le digo.

–La tía Jiang exagera –dijo Mei, respuesta tomada directamente del manual de etiqueta. Al fin y al cabo, ella no estaba totalmente sin pulir.

–No entiendo cómo puedes seguir soltera –dijo la señora Jiang, y casi sonaba

enfadada—. Niña mía, a veces una puede ponerse el listón demasiado alto. Si tú quieres, una palabra a la tía Jiang y te encontraré un agradable marido en Vancouver.

El señor Jiang interrumpió a su mujer:

—Deja de pinchar a la niña con eso. Todo el tiempo estás con lo mismo. Déjala vivir su propia vida —se volvió hacia Mei y le preguntó—: He oído que has dejado el Ministerio de Seguridad Pública. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a ser detective privada —respondió Mei. Notó con sorpresa que la voz le menguaba. Ella creía que había ido a la boda con la cabeza bien alta. Creía que estaría orgullosa de su nueva vida. En lugar de eso, se avergonzaba.

—¿De verdad? —gritó la hermana de Lining—. ¡Qué emocionante! ¿Eres la primera sabuesa de Pekín? ¿Tienes casos de asesinato?

Mei iba a responder negativamente a ambas preguntas cuando un tipo grande con traje oscuro y una corbata de cuero marrón de moda brotó de no se sabe dónde.

—¡Enhorabuena! —gritó.

—Ah, señor Hu. ¡Feliz encuentro! —el hermano de Lining le saludó del mismo modo. Explicó a su padre—: El señor Hu es el presidente del Partido en la Segunda Fábrica de Petardos y Pólvora de Pekín.

—¿Les gustan los petardos? —preguntó el hombre del Partido, que aparentemente no necesitaba respuesta para seguir adelante—. Son los mejores que tenemos, los muy malditos. Le dije a Lining: no te preocupes, déjame a mí. Tengo otro camión lleno en el aparcamiento.

—¿No es peligroso eso? —preguntó el señor Jiang.

—¿A qué se refiere?

—Pues a dejar un camión de explosivos fuera en un día de sol tan seco.

—No hay problema, tengo a dos chicos sentados encima —dijo el señor Hu con despreocupación.

Mei aprovechó la ocasión para escabullirse. En cuanto se hubo sentado, un joven y solemne pianista de frac tocó la primera nota de la marcha nupcial. El novio y su padrino emergieron de detrás del cartel gigante de «doble felicidad». Poco a poco las damas de honor, ángeles vestidos de rosa, bajaron por la alfombra roja. Tras ellas, del brazo del teniente de alcalde de Pekín, Lu parecía una diosa viajera deslizándose sobre nubes blancas.

La novia y el novio hacían muy buena pareja, pese a la diferencia de edad de quince años. Lining era de estatura media y estaba en forma. Tenía el aire seguro de un hombre extremadamente triunfador. Parecía mucho más joven de lo que era. Por otro lado, Lu era más elegante y sofisticada que la media de las mujeres de veintiséis años. Y en cuanto a la personalidad de cada uno, Mei pensaba que tenían mucho en común.

Se acordó de cuando Lu conoció a Lining. Había dicho que no le gustaba: era demasiado mayor, estaba divorciado, era arrogante. Era un hombre que tenía a demasiadas chicas a sus pies, acostumbrado a conseguir todo lo que quería. Mei se

preguntaba si Lu de verdad pensaba así o si lo decía para hacer que Lining la persiguiera todavía más.

Después de la ceremonia de boda a la occidental, los novios fueron a cambiarse. La estrella del pop Tian Tian saltó al escenario, meneando las caderas y cantando sus últimos éxitos. Hablaban todos de amor y entrega. Jovencitas de ojos húmedos caían en desmayado éxtasis. Mei acompañó tarareando la música. Estaba contenta, lo estaba pasando bien en la fiesta y, como todos los demás, estaba impresionada por tanta distinción.

Veinte minutos después, Tian Tian rindió el estrado a la señora regordeta del traje rosa. El novio llevaba ahora una larga túnica de seda de un azul profundo con bordados de oro. La novia llevaba un rojo vestido de novia chino y una esclavina adornada con piedras preciosas.

—¡Inclinaos ante el Cielo! —gritó la dientes de tiburón, con voz inesperadamente potente.

La novia y el novio se inclinaron mirando hacia el norte, donde estaba el cartel de «doble felicidad».

—¡Inclinaos ante la Tierra!

Se volvieron y se inclinaron mirando hacia el sur.

—¡Inclinaos ante los padres!

Hicieron lo que se les decía.

—¡Marido y mujer, inclinaos el uno ante el otro!

El novio levantó el velo rojo de la novia.

La multitud bramó:

—¡Que coman ciruelas secas, que coman cacahuetes! —gritaban.

Lu se sonrojó como una dulce joven de dieciocho años. Los invitados volvieron a gritar:

—¡*Zao sheng zi!* ¡Ciruelas secas y cacahuetes! —que simbolizaban el deseo de los invitados de que los recién casados fueran bendecidos muy pronto con hijos.

Fuera volvió a explotar una batería de petardos.

Por segunda vez, la pareja se ausentó para cambiarse.

El majestuoso piano fue empujado de nuevo al estrado. Garbosas camareras de ceñidos *qipao* condujeron a los invitados escaleras arriba hasta sus mesas. La directora y los encargados de patio gritaban. Jóvenes ayudantes iban y venían apilando las sillas y llevándoselas de allí. Trajeron dos grandes mesas de palo de rosa. En una de ellas se había colocado un gran cuenco de cristal lleno de sobres rojos repletos de dinero; en la otra, una variedad de regalos de diversos colores, formas y tamaños.

Se encendieron cigarrillos, cuyo humo se elevaba y llenaba la sala. Cuando todos estuvieron sentados, se sirvió el banquete: un espléndido despliegue de entremeses fríos, sopa de nido de golondrina, caballito de mar en adobo, medusa, carne de cangrejo

servida en cocos, pescados trinchados en forma de ardilla, marisco picante y verduras verde jade.

El tío Chen se inclinó hacia delante y le dijo a Mamá:

—Qué estupenda comida, y también qué bonita boda.

—Ha resultado agradable, ¿verdad? —se iluminó Mamá—. Ha venido mucha gente a hacer los honores: el teniente de alcalde y todos los altos cargos, tu familia, la familia de Lining que ha venido de Canadá... Lu lo ha hecho bien.

—Se dice que más vale suerte que talento. Lu es una chica excepcional: guapa, inteligente y triunfadora por sí misma. Pero también es afortunada por haber hecho tan buena boda —el tío Chen sonrió con picardía.

Mamá también sonreía, ampliamente.

—¡Brindemos por la suerte de Lu y de la vieja Ling! —el tío Chen se levantó y alzó su aguardiente de arroz.

—¡Suerte! —gritaron todos los de su mesa, alzando los vasos.

—Suerte, suerte —Mamá se inclinó con una amplia sonrisa y vació su chupito de aguardiente.

El tío Chen volvió a sentarse.

—Tienes que estar muy orgullosa de ella —se rió—. Ahora ya puedes sentarte a disfrutar de tu buena suerte.

—Ojalá pudiera —suspiró Mamá—. Lo que quiero decir hoy es que Lu nunca me ha dado una preocupación. Siempre ha sido una niña lista, buena con la gente. Nuestros antepasados decían que en la vida hay dos objetivos: formar una familia y hacer carrera. Ella ya ha hecho las dos cosas.

El tío Chen asintió con aprobación. Habían traído langosta fría cortada en tiras, y estaba demasiado ocupado comiendo para hablar.

Mei decidió ignorar a Mamá, aunque entendía que su madre estaba hablando para ella. Mei no tenía interés en hacer *guanxi*. Creía en sí misma. Creía que triunfaría en la medida de su propia capacidad.

Los recién casados volvieron a aparecer. Lu se había puesto un traje de pantalón blanco y llevaba el pelo recogido atrás en un moño, luciendo un par de chispeantes zarcillos de brillantes. Desfilaba con su nuevo marido, vestido ahora con un elegante traje oscuro, brindando con los huéspedes distinguidos. Lu, que normalmente bebía poco, andaba por el estrado con una copa de champán en la mano. Lining la seguía feliz con un vaso de explosivo aguardiente chino de arroz. Mei sabía que después de esa ronda Lu volvería a cambiar de atuendo antes de continuar su recorrido escaleras arriba, presentando sus respetos a todos los invitados.

—¿Estás bien? —al parecer el tío Chen había advertido la cara larga de Mei.

Ella se encogió de hombros y trató de sonreír.

—Muy bien.

—No debe de ser fácil ser la hermana mayor soltera —dijo el tío Chen.

Por todas partes, Mei oía a la gente hablar alto, reírse, cantar y beber y el entrechocar de cuencos, palillos y fuentes. Había rostros sudorosos, humo de tabaco y olor a aguardiente de arroz. Algunos ojos la miraban con mirada inquisitiva; sonreían, y asentían con aire entendido.

—No dejes que eso te inquiete —oyó Mei que decía el tío Chen.

—Estoy bien. En realidad no me importa —mintió.

—No puedes impedir que la gente hable. Hay gente que se alimenta de eso: murmuran y juzgan a otros para poder sentirse superiores. Pero te diré una cosa —susurró el tío Chen—: tú siempre has sido mi preferida. No estoy diciendo que no me guste Lu, pero de ti pienso que eres distinta. Eres valiente. No persigues las cosas como todos los demás. Lu ahora está feliz, pero ¿por cuánto tiempo? Pronto habrá otra cosa que quiera, y luego otra.

—Bueno, por lo menos ya está casada —Mei frunció el ceño.

El tío Chen le dio palmaditas en el hombro:

—Tú también lo estarás.

En ese momento, una mujer espigada y bien vestida de unos cincuenta años se acercó a ellos tanteando, agachando la cabeza para ver mejor al tío Chen.

—¡Viejo Chen, ya me parecía que eras tú! —le señaló de inmediato con la mano derecha—. Estaba ahí sentada y he pensado: ese hombre se parece un montón a Chen Jitian.

El tío Chen contempló primero el rostro redondo de la mujer y luego su pequeña mano blanca, con la boca entreabierta como si esperara que las palabras le brotaran de las entrañas. Intentó levantarse. Con una violenta sacudida, la silla se le cayó encima, haciéndole dar con la panza en el borde de la mesa. Pero se recompuso para coger la mano de ella con una sonrisa en los ojos.

—Xiao Qing, qué sorpresa. ¿Cómo estás? ¿Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos?

—Desde el trigésimo aniversario de nuestra universidad, en 1984. ¿Qué tal te va? ¿Sigues trabajando en la Agencia de Prensa Xinhua?

La señora Qing era de la misma estatura que el tío Chen pero, en contraste con su gordura y la línea recesiva de su frente, ella era delgada y lucía una moderna permanente.

—Sí, lo mismo de siempre —el tío Chen seguía sonriendo.

—Muy bien. Llámame la semana que viene y nos vemos —la señora Qing le tendió una tarjeta de visita. Los recién casados habían llegado a su mesa. Tenía que ir.

—Eso está hecho —el tío Chen sacudió la cabeza como un gallo.

La señora Qing ya se había dado media vuelta y se alejaba.

Lo que había quedado de los platos de marisco fue retirado para hacer sitio a un gran pato tomatero trinchado y vuelto a componer sobre un lecho de col china. El tío Chen cogió una tortita fina como el papel y le puso encima salsa de trigo dulce, dos trozos de la mejor carne de pato y unas briznas de cebolleta. Hizo con ello un rollito para Mei.

—Gracias, pero estoy llena —dijo Mei, contemplando el gesto más amable que alguien había tenido con ella en todo el día.

—Hay que comer. La comida es uno de los grandes placeres de la vida —insistió el tío Chen, empujando el plato hacia ella.

Mei sonrió y tomó un bocado. Observó que el tío Chen no había probado el pato.

—¿Quién era? —le preguntó, señalando con la barbilla a la mesa de la señora Qing.

—Oh, una conocida mía de los tiempos de la universidad —dijo el tío Chen—. Iba un año por detrás de mí; ¡pero mira a qué se dedica ahora! —le pasó la tarjeta de visita.

Sra. Yun Qing, Presidenta, Jeep Pekín, Empresa asociada con Chrysler.

—Mei, déjame decirte una cosa. Haces bien en montar tu propia empresa. Ahora es el momento de hacerlo, de tomar las riendas de tu propia vida. No esperes a que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde?

—Mírame a mí. He seguido siempre las directrices del Partido, he cumplido con mi deber y he esperado toda mi vida a que me tomaran en consideración. El año que viene cumplo sesenta y pronto me jubilaré. ¿Qué he conseguido? Quedarme atascado en la tierra de la desesperanza. Ya es tarde.

Mei nunca había visto al tío Chen tan descontento. Pensó que quizás había bebido demasiado.

Volvió a mirar a la multitud que comía, bebía y conversaba. Fuera explotaban los petardos. Mei se sintió atrapada, como si ella y todos los que la rodeaban estuvieran encerrados dentro de una ciudad sitiada. Los que estaban fuera querían entrar, y los que estaban dentro querían salir.

Habían pasado más de dieciocho meses desde la boda de Lu, y el tío Chen, como mucho, parecía haberse puesto aún más orondo.

—Te debes estar preguntando por qué estoy aquí —el tío Chen luchaba por asentar su ancho cuerpo en el sillón. Sonreía, pero se le veía torpe y cohibido—. Qué buenas estas galletas. «Fabricadas en Bélgica», ya veo.

Al parecer, comer le calmaba. Sus sonrisas se hicieron más sinceras y se revolvió en la silla con menos esfuerzo.

Gupin preparó té Wulong en una tetera de hierro fundido. Mei sirvió dos tazas, una para el tío Chen y otra para ella misma.

El tío Chen susurró:

—¿Tu ayudante es un hombre? ¿Y te hace el té?

—Sí —dijo Mei con aplomo. Estaba acostumbrada a que la gente le hiciera ese tipo de preguntas, como si hubiera algo raro en ella o en Gupin. Sin duda algunos sospechaban que ella era una jefa agresiva, una arpía. Y de Gupin, quizá sospecharan cosas peores.

—¿De dónde es? Tiene acento.

—De Henan. Es un trabajador de provincias, pero ha terminado los estudios secundarios. Sabe moverse en la ciudad y además es amable. Su madre está paralítica y él envía dinero a casa.

Mei se detuvo. Se dio cuenta de que estaba intentando justificarse por haber contratado a Gupin.

—Parece agradable —el tío Chen asintió educadamente.

Enseguida dejaron de hablar de Gupin.

—¿Por dónde debería empezar? —dijo el tío Chen—. Supongo que por el principio —se recostó en su asiento—. Era el invierno de 1968. Yo llevaba cuatro años trabajando para la Agencia de Prensa Xinhua. Acababa de cumplir los treinta. Cuesta creerlo, ¿eh? —el tío Chen agitó una galleta como si fuera una bandera y se rió desde el estómago como hacen los hombres fondones—. Pues sí, yo también tuve tu edad.

Mei le devolvió la sonrisa. Era bueno ver a un viejo amigo. El tío Chen, orondo y de aspecto amable, tenía a su alrededor una atmósfera de Buda feliz.

—Fue un invierno áspero, con mucha nieve y mucho caos y derramamiento de sangre. Los miembros de las Guardias Rojas luchaban entre ellos, cada facción se proclamaba la más leal y verdadera representante del maoísmo. Levantaron barricadas en las

universidades, las fábricas y los recintos gubernamentales, y se machacaron los unos a los otros con ametralladoras. Bueno, tú ya sabes todo lo que pasó.

Pero Mei no estaba escuchando. La voz del tío Chen pasaba por sus oídos como el viento por un árbol hueco. En lugar de eso, estaba mirando atentamente al tío Chen. La edad se había llevado su pelo igual que el verano reclama la cosecha. Percibió el tinte: no era de los caros. Le había secado la cabeza, dejándosela como un campo agostado.

—Ahora todo el mundo sabe todo lo que pasó, pero en aquel entonces el gobierno central desconocía el alcance de lo que estaba ocurriendo en la calle. Los miembros de las Guardias Rojas y de las Juventudes del Partido habían destrozado todos los sistemas normales de comunicación. Así que la Agencia me envió a Luoyang para informar de lo que estuviera ocurriendo allí.

—¿Por qué a Luoyang? —Mei tomó un sorbo de té, atenta otra vez a la historia del tío Chen.

—Alguien tenía que ir allí, y me tocó a mí. ¿Sabías que Luoyang fue la última capital de la dinastía Han? El caso es que allí la situación no era distinta de la del resto del país. Las Guardias Rojas habían arramblado con todo, incluido el Museo de Luoyang. Primero destruyeron las reliquias, luego amontonaron las pinturas, los documentos y los registros y le prendieron fuego al museo. Así que, naturalmente, la gente dio por hecho que todo lo que había en el museo se lo habían tragado las llamas.

Mei le rellenó al tío Chen la taza de té.

—Gracias. Hace dos días, una vasija ritual que formaba parte de la colección del Museo de Luoyang apareció en Hong Kong. Ahora entiendes a dónde quiero llegar con esto, ¿verdad? Sí. Si la vasija sobrevivió, también podrían haberlo hecho otras piezas.

—¿Quieres decir que alguien las cogió antes de que se quemara el museo?

—¡Alguien las robó! —espetó el tío Chen—. Y el Museo de Luoyang tenía una pieza realmente muy especial. Sólo unas pocas personas del museo lo sabían, y por lo que yo sé murieron todas a manos de las Guardias Rojas o, más tarde, en los campos de trabajo. ¿Te gustaría escuchar la historia?

El tío Chen estaba ya como en su casa. Se estiró para coger otra galleta.

—El emperador Xian fue el último emperador de los Han. Sólo tenía quince años cuando las fuerzas rebeldes llegaron a Chang'an en el año 194. El ejército imperial llevaba semanas combatiendo a los rebeldes; estaba perdiendo la batalla. Comprendiendo que no se podía defender la Puerta de Poniente por más tiempo, el emperador Xian reunió a sus consejeros en palacio. Le recomendaron que evacuase la capital. Pero apareció una persona que se oponía a esa idea, diciendo que cubrirían de vergüenza a sus ancestros y al emperador fundador, Gao Zu, si abandonaban Chang'an. Se ofreció a comandar la Guardia Imperial en el combate. Ese hombre era el general Cao Cao.

—¿El rey Cao Cao de los Tres Reinos?

—Sí, el que luego sería el dirigente de China. Así que Cao Cao se retiró a su recinto para prepararse para la batalla. Como todos los demás, sabía que podía no vivir para ver

un nuevo día. Al fin y al cabo, había sólo ocho mil soldados imperiales, aunque fueran los mejores y más valerosos, y las fuerzas rebeldes contaban con veinte mil.

«Antes de partir para la batalla, Cao Cao escribió dos cartas. Una de ellas se la dio a su asistente personal para que fuera entregada a su esposa, Ding, en Anhui. En aquel entonces, si uno era un rico aristócrata podía tener muchas mujeres y concubinas. Pero siempre estaba la esposa en gananciales, que era la esposa principal. Ding era la esposa en gananciales de Cao Cao. La otra carta que escribió era para la dama Cai Wenji.

—¡La famosa poetisa! —exclamó Mei.

—Sí. Cao Cao pidió a uno de los capitanes en quienes más confiaba que escoltara a la dama Cai desde Chang'an hasta su lugar de origen. Se desató la banda de la cintura y se la dio con la carta al capitán.

Las galletas se habían volatilizado. El tío Chen estaba cada vez más animado.

—El capitán y sus hombres galoparon hacia la residencia de los Cai. Chang'an era un caos. Un millón de habitantes más cientos de miles de refugiados que habían huido hacia la ciudad por delante de las tropas rebeldes estaban desalojando. Iban a pie, a caballo, en carrozas y en carretas. En el recinto de los Cai, la dama Cai leyó la carta. Escondió la banda en una de sus anchas mangas y mandó quemar la carta. La dama Cai fue más tarde capturada por los rebeldes y vendida al rey de Mongolia del Sur. Vivió en las praderas mongolas durante los doce años siguientes, le dio al rey mongol dos hijos y escribió sus más célebres poemas sobre su anhelo de regresar a China.

«Contra todo pronóstico, Cao Cao venció a las fuerzas rebeldes y salvó la antigua ciudad de Chang'an. Pero no pudo salvar la dinastía Han, que pronto se desintegró en tres reinos. Cuando fue coronado rey del Reino de Wei, descubrió que la dama Cai estaba viva y prisionera en Mongolia. Envío allí a un delegado con un millón de piezas de oro para comprar su libertad. El rey mongol aceptó que la dama Cai se fuera, pero no sus hijos. La dama Cai eligió volver a casa.

—No me puedo creer que dejara a sus hijos —dijo Mei.

—La gente hace cosas asombrosas por amor —el tío Chen levantó las cejas.

—¿Quieres decir que la dama Cai y Cao Cao eran amantes?

El tío Chen asintió.

—La clave de una leyenda de casi dos mil años de antigüedad es lo que me ha traído aquí. ¿Adivinas ahora lo que había en el Museo de Luoyang?

—¿La banda?

—Chica lista. Casi casi. El museo estaba en posesión de lo que había dentro de la banda: el sello de jade de Cao Cao. En la dinastía Han, los altos funcionarios guardaban sus sellos en las bandas que se ataban a la cintura. Llevaban largas cintas de colores en la cintura para mostrar su rango. Por ejemplo, la banda del primer ministro era roja y de dos *zhang* de largo.

Mirando al tío Chen, que estaba tomando un largo trago de su té Wulong, Mei se preguntó cuál sería su conexión con ese tesoro y por qué había ido a verla en relación

con aquello. Sabía que el tío Chen era amante del arte, pero algo tan valioso estaba sin duda fuera de su alcance.

El tío Chen se inclinó hacia delante, bajando la voz:

–Me gustaría que encontrases el sello de jade.

–Pero una cosa así tiene que ser un tesoro nacional –Mei frunció el ceño. Los tesoros nacionales pertenecían al país y no estaba permitido su comercio a particulares.

–Justamente –el tío Chen aplaudió–. Por eso no quiero utilizar informadores ni desde luego a la policía. Un paso en falso y el sello de jade estará de camino a Hong Kong antes de que te des cuenta.

Mei no se movió ni dijo una palabra. En lugar de eso contempló al tío Chen con ojos profundos como lagos de montaña.

–No te preocupes, no te estoy pidiendo que hagas nada ilegal. Un coleccionista chino que conozco está deseando pagar un montón de dinero por esa pieza de jade, en dólares contantes y sonantes, para mantenerla en China –se echó hacia atrás, hundiéndose en la silla, y sonrió–. ¿Te iba a poner el tío Chen en peligro? Es un asunto totalmente limpio, lo he comprobado. Confías en mí, ¿no?

–Claro –dijo Mei, incómoda.

–Eso está bien –asintió el tío Chen. Se impulsó hacia arriba desde el agujero del sillón y sacó un trozo de papel cuidadosamente doblado. Era un recorte de periódico.

–Empieza por Pu Yan –dijo el tío Chen–. Trabaja en el Instituto de Investigación de Vestigios Culturales. Tiene además un tinglado privado, una asesoría sobre antigüedades, podríamos llamarlo. De vez en cuando hace tasaciones y trabajos de autenticación para marchantes. Si vas a verle, él te pondrá sobre la pista adecuada.

–¿Hasta dónde puedo contarle?

–Pu Yan es un viejo amigo. Puedes ser sincera con él.

El tío Chen se encaminó hacia la puerta.

–¿Recuerdas que cuando abriste esta agencia te dije que estabas haciendo lo correcto? Y así es, mi niña. Algún día tendrás fama y fortuna –el tío Chen sonreía resplandeciente, asintiendo como para felicitarse por su propia perspicacia–. Iré a ver a tu madre un día de éstos –dijo, mientras giraba el picaporte–. Pero preferiría que no le hables de nuestra pequeña reunión de hoy.

8

Después de la cena, Mei telefoneó a Pu Yan.

—Sí, me dijo el viejo Chen que llamarías —por el auricular llegaba una voz suave y con un ligero acento—. ¿Estás buscando una pieza de jade de la dinastía Han? No, no queda ninguna.

—Si usted pudiera darme una o dos indicaciones, y quizá decirme adónde ir y cómo buscar...

—Estaré encantado de responder a tus preguntas. Pero si me permites que te diga una cosa de corazón, es una búsqueda inútil —dijo Pu Yan con su voz cantarina.

Mei sonrió.

—¿Cuándo sería buen momento para vernos?

—¿Cuándo te gustaría a ti?

—Cuanto antes, mejor.

—Es que hace un tiempo horrible.

Mei miró hacia fuera y le dio la razón.

—Hay una pista de hielo dentro del Mundo Chino —dijo Pu Yan—. ¿Sabes dónde está? Bien. Podemos vernos allí mañana a las seis de la tarde.

—¿Cómo le encontraré?

—Búscame en la cafetería que hay junto a la pista. Soy viejo: cincuenta y siete años.

Mei se preguntó de qué le iba a servir semejante descripción.

—No te va a costar nada encontrarme —dijo Pu Yan, como si le hubiera leído el pensamiento—. Allí apenas hay nadie mayor de treinta y cinco.

—Por si no pudiera encontrarle —dijo Mei—: yo tengo treinta años, la cara redonda y el pelo largo hasta los hombros. Tengo la nariz un poco afilada; la gente dice que me hace cara de enfadada. Llevaré un gorro de lana rojo.

La cafetería estaba llena cuando llegó Mei. Las sillas cercanas a la mampara de cristal se habían girado para que la gente pudiera mirar a los patinadores. Un grupo de ejecutivos con trajes oscuros estaba discutiendo con el encargado y con una camarera que parecía disgustada. Dos hombres occidentales conversaban tranquilamente en una mesa esquinera. Un grupito de jóvenes se quedó mirando a Mei cuando entraba en la cafetería. Debía de ser por el gorro, pensó ella. Se sentía como un gallo de cresta roja en

plena exhibición. Miró alrededor buscando a Pu Yan pero no vio a nadie mayor de treinta y cinco, como él le había advertido.

Mei miró su reloj. Marcaba las seis y cinco. Encontró una mesa pequeña y se sentó a mirar a los patinadores.

El hielo era blanco como un delicioso caramelo. Una niña, de unos diez años quizá, patinaba vestida de rosa en el centro de la pista. Tan pronto despegaba del suelo volando cual urraca como empezaba a girar cual cisne de cuello largo. Aunque hacía como si no notara las miradas de los observadores, estaba claro que le encantaba impresionarles, y patinaba como si estuviera compitiendo en las Olimpiadas.

Mei parpadeó. Las luces eran demasiado fuertes: hacían que los ojos le dolieran.

Llegó un camarero. Mei pidió té Wulong y volvió a inspeccionar el lugar. Sólo vio juventud y alegría.

—¿Es usted la señorita Wang?

Mei se volvió. Habría jurado que no había nadie allí de pie cuando lo comprobó dos segundos antes.

—Soy Pu Yan —dijo el hombre. Era bajo y compacto y llevaba una bolsa de deportes.

Mei se levantó.

—¿Cómo está usted?

Pu Yan parecía más joven de lo que ella esperaba. Era de suaves facciones sureñas: tenues curvas alrededor de la boca, labios finos y sensibles. Llevaba varias capas debajo del abrigo abierto: una chaqueta oscura, un chaleco gris de punto, un jersey marrón y una camisa de cuellos abotonados. Eran típicos de lo que se encuentra en los grandes almacenes estatales, nada modernos, pero estaban cuidadosamente combinados. Cuando hablaba, las facciones de su rostro parecían suavizarse aún más. A Mei le cayó bien de inmediato.

Tomó asiento del otro lado de la mesa y señaló hacia la pista de hielo.

—Te he visto desde allí. ¿Ves a la niña de rosa? Es mi nieta. ¿Verdad que es estupenda? Está ya en el nivel de juveniles de la ciudad. Qué buen sitio éste para patinar: a ella le encanta que la miren.

Mei sonrió.

—¿Viene mucho aquí?

—Oh, no, por Dios. Normalmente se entrena en el Polideportivo Municipal Infantil. ¡Mira lo feliz que está en esta pista! Pobrecita, sus padres están divorciados. Su padre se ha ido a Inglaterra. Y apenas ve a su madre, porque mi hija trabaja muchísimo, en una empresa publicitaria de Hong Kong. Gana bastante dinero, a pesar de todo, así que de vez en cuando la traemos aquí para darle gusto. Nosotros vivimos cerca, en la Escuela Central de Artes y Oficios, justo del otro lado de la carretera de circunvalación. Mi mujer da clases allí.

Mei volvió a mirar y vio a la niña volando por la pista como una rosada visión.

El camarero les trajo té. Mei pidió ciruelas en conserva y pipas de girasol tostadas.

—¿Entiendes de jade? —le preguntó Pu Yan.

Mei negó con la cabeza.

—A los occidentales les gusta más el jade verde. Los mayas solían usarlo para hacer armas porque es una piedra fuerte, más fuerte que el acero. Pero en China se valora más el jade blanco: se le llama la Piedra Celestial. ¿Has oído hablar del jade blanco de Khotan? —Pu Yan buscó bajo la mesa y sacó de su bolsa dos pequeñas cajas de cartón—. Khotan es un lugar remoto que hay al final del desierto del Taklamakán, en la provincia del Turquestán chino. El jade blanco de Khotan procede de una cantera que hay en la ribera del río del Dragón de Jade, en Kashgar. El jade blanco es bastante raro hoy en día porque, después de miles de años de explotación, la cantera está agotada.

El camarero trajo los aperitivos y les sirvió a ambos el té.

Pu Yan abrió las cajas y le tendió a Mei dos pequeñas piezas de jade. Eran del tamaño de una tarjeta de visita, y de unos dos centímetros de grosor. Al sostenerlas en las manos, Mei sintió el frescor de la piedra. Eran de un blanco cremoso y suave, y parecían emitir un resplandor. Una de las piezas estaba decorada con delicados relieves de nubes y un paisaje, y en la otra se había tallado una dama en atavío tradicional.

—Míralas a la luz —dijo Pu Yan—. Mira la suavidad y la transparencia del jade, y luego mira los relieves. El jade es un material duro, difícil de trabajar. Pero mira con qué detalle está tallado.

—¿Son nuevas? —Mei frotó las piezas de jade que tenía en las manos. Parecían puras.

—Por desgracia, sí. Hoy es casi imposible encontrar piezas antiguas de jade blanco de Khotan. Muchas fueron destruidas en la Revolución Cultural. Si saliera al mercado una sola pieza, se vendería por una fortuna. Incluso las nuevas son caras: éstas cuestan varios miles de yuanes.

Pu Yan hizo un gesto a Mei para que se las devolviera.

—Tengo que llevarlas de vuelta al Instituto de Investigación mañana —dijo despreocupadamente, devolviendo las piezas a sus cajas—. Háblame del jade que estás buscando. ¿Dices que es de la dinastía Han?

Mei le contó que se creía que era un sello que había pertenecido a Cao Cao.

—Eso ya sería algo importante, ¿no te parece? —exclamó Pu Yan.

Mei repitió la historia que le había contado el tío Chen y le enseñó a Pu Yan el artículo del periódico que le había dado el tío Chen sobre la vasija ritual.

Pu Yan estudió la foto de la vasija. Era una rústica cerámica marrón decorada con dibujos de caballos al galope y escenas de batalla. Luego leyó el artículo. Mei se bebió el té y se comió las ciruelas secas. Fuera, el altavoz atronaba con *Yesterday Once More*, de los Carpenters.

—¡Se ha vendido por sesenta mil dólares! —Pu Yan calculó entre dientes—. ¡Eso es más de medio millón de yuanes! —movió la cabeza como si estuviera tomando notas mentales—. He oído hablar de esa vasija ritual. Mira, a veces hago tasación de antigüedades. Los tasadores pertenecemos a un círculo muy reducido —le devolvió el

recorte de periódico a Mei—. Creo que fue vendida a uno de los marchantes de Liulichang. Supongo que él o alguien asociado con él la pasó de contrabando a Hong Kong. Comerciar con tesoros nacionales y exportarlos es un delito penado con treinta años de cárcel. Pero la gente sigue haciéndolo, por dinero.

—¿Cuánto cree que pagó por ella el marchante?

—Yo diría que quizá treinta y cinco o cuarenta mil yuanes. Eso es mucho dinero para un chino, especialmente si el vendedor es de provincias.

—¿Sabe usted qué marchante compró la vasija?

—No. Pero puede que consigas averiguarlo. No será fácil hacer que la gente hable, pero todo tiene un precio; especialmente en estos tiempos. ¡Ah! —los ojos de Pu Yan se iluminaron. Agitó la mano derecha—. Aquí viene mi nieta.

Mei se volvió. La niña de rosa se acercaba con cuidado. Tenía las mejillas sonrojadas del calor del patinaje. Su tórax plano se movía rápidamente de arriba abajo. En cuanto vio a su abuelo con los brazos extendidos corrió hacia él, con su delgada cola de caballo ondeando tras ella.

—Hong Hong, ésta es la señorita Wang, la dama de quien te había hablado.

Hong Hong miró a Mei con sus grandes ojos.

—¿Te apetece una leche de coco? —susurró Pu Yan al oído de su nieta. La cola de caballo asintió.

Pu Yan llamó con la mano a una camarera que pasaba para pedir la bebida y le dijo a Hong Hong que se sentara junto a él.

—¿De qué conoces al viejo Chen? —preguntó Pu Yan, distendiéndose en su silla.

—Es un viejo amigo de mi madre. Fueron al mismo instituto en Shanghai —dijo Mei—. ¿De qué lo conoce usted?

—¿No te lo dijo él?

—No.

Pu Yan se incorporó y empujó su taza a un lado. Mei presintió que iba a contarle una larga historia. A la gente de la generación de su madre y el tío Chen le encantaba hablar del pasado.

—Chen Jitian y yo nos conocimos por las ovejas —dijo Pu Yan muy serio.

—¿Las ovejas?

—¿Has estado en Mongolia Interior?

—No —dijo Mei—. Aunque me gustaría ir algún día.

—Deberías ir. Es un hermoso lugar, en algunos aspectos un lugar desnudo, bueno para el alma. Yo estuve allí durante la Revolución Cultural. Por aquel entonces se nos tildó de apestosos intelectuales. El presidente Mao dijo que necesitábamos reformarnos, así que nos enviaron a campos de trabajo a trabajar con las manos, y con los pies.

»Antes de ir allí, yo pensaba en Mongolia Interior como en una abundante pradera moteada de ovejas bajo el cielo azul. Me imaginaba perezosos días de verano llenos de

aromas de lavanda y diente de león. Qué equivocado estaba. La vida no era así en absoluto. La mayor parte de Mongolia Interior es un desierto: el desierto del Gobi.

»Los inviernos eran largos y ásperos, los veranos eran cortos y calurosos. Había tormentas de arena en primavera y en otoño. Para empeorar las cosas, teníamos una dieta consistente en un solo ingrediente: cordero; a la brasa, hervido, asado o cocinado como fuera. Al entrar en la cantina, el olor te golpeaba.

»Una cosa que me gustaba era pastorear las ovejas. Me gustaba llevarlas a alimentarse bien. Me gustaba estar solo en la inmensidad de esa tierra prodigiosa. Sobre todo, disfrutaba de estar lejos del campo de trabajo, lejos de que me anduviesen molestando. Tenía aquel perro apestoso llamado Sigovivo al que nada le gustaba tanto como tumbarse a mis pies y ventosear. También él me gustaba.

»Un día decidí explorar una nueva pradera de la que alguien me había hablado. Llegué allí a mediodía. Hacía sol. Las nubes se movían como locomotoras cruzando el cielo. Dejé las ovejas a su aire y me tumbé en la hierba.

»¿Tú sabes lo que se sentía al estar allí? Yo me sentía como si estuviera perdido en el mar. El paisaje salvaje se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Era fácil olvidar quién era uno en esa inmensidad desbordante. Aquella tierra tenía ese poder. Podía hacerte perder la noción de ti mismo y hacerte sentir como si fueras una gota de agua disolviéndose en lo que sólo era una ilusión de vida.

»Creo que debí de quedarme dormido al cabo de un rato, porque cuando desperté el cielo estaba oscuro. El viento se había levantado, ondulando la larga hierba. Le di una patada al inútil de mi perro y empezamos a reunir las ovejas para volvernos. Pero al poco de empezar nos sorprendió una tormenta de arena. Poco después, no podíamos ver hacia dónde íbamos.

»En algún punto del camino, que según resultó no era exactamente el de vuelta al campo de trabajo, nos cruzamos con otro rebaño de ovejas. Los dos rebaños se mezclaron. El otro rebaño tenía dos pastores: uno muy joven, casi un niño, y el otro un hombre fornido que estaba confuso y muy asustado. Todos gritamos y tratamos de separar nuestros rebaños, intentando seguir adelante, sin tener ni idea de hacia dónde. Sigovivo saltaba de aquí para allá, ladrando.

»Pero no lo conseguimos, así que al final llevamos todas las ovejas en la misma dirección. Fue un milagro que acabáramos llegando a mi campo de trabajo. Recuerdo cuánta gente salió corriendo a ayudarnos. Muchos de ellos habían estado escudriñando y esperándonos durante mucho tiempo.

»Cuando las ovejas estuvieron encerradas, invité a los dos pastores a tomar un té en mi dormitorio. El corpulento era Chen Jitian. Resultó que la Agencia de Prensa Xinhua tenía un campo de trabajo no muy lejos del nuestro.

»Desde entonces, el viejo Chen y yo nos encontrábamos a menudo, con nuestras ovejas. Compartíamos comida y hablábamos de la vida. Allí en la pradera teníamos mucho tiempo y hablábamos de todo tipo de cosas. A veces leíamos *El libro rojo* de

Mao, el único libro que teníamos. A veces hablábamos de historia o de arte, o de antigüedades.

»En aquellos tiempos ambos estábamos frustrados, como lo estaba casi todo el mundo. Pero yo notaba que el tipo de frustración era en cierto modo más profundo en Chen. Aun así, como era tan amable, tan agradable y de tan buen carácter, sus quejas eran como un lloriqueo comparadas con las mías. Los Chen volvieron a Pekín un año antes que nosotros. Pero mantuvimos el contacto.

—¿Todavía los ve a él y a su familia?

—No tanto como quisiera. Estamos todos muy ocupados últimamente. Me alegré de oír que por fin es editor veterano, llevaba deseándolo mucho tiempo. Me alegré, también, cuando me llamó. Yo solía ayudarle mucho con el rebaño: era probablemente el peor pastor de las praderas, y en los dos años que pasé con él nunca mejoró.

Hong Hong parecía cansada. Mei hizo una seña al camarero y pidió la cuenta.

—¿Quiere que les lleve a casa? —preguntó Mei a Pu Yan—. Tengo coche.

—Buá, ¡te tiene que ir muy bien! —exclamó Pu Yan. Luego dijo con su voz cantarina—: No, gracias. El paso subterráneo lleva directo de aquí a la estación de metro —cogió de la mano a Hong Hong—. Estaremos en casa enseguida.

No hay día de primavera tan transparente como el que sigue a una tormenta de arena amarilla. Esa mañana el cielo estaba tan azul e infinito como un océano virgen. El aire estaba fresco, lleno de partículas de agua del vapor matutino que ahora se empapaban de cálido sol.

Mei se había puesto un abrigo verde guisante cerrado con cinturón sobre un jersey de cuello alto y un pantalón negros. Llevaba el pelo recogido en un moño a lo Grace Kelly. Un falso bolso de Chanel con cadena de oro que había comprado en el Mercado de la Seda se mecía en su hombro mientras andaba, los tacones repiqueteando. Parecía alguien con dinero, el único tipo de persona que podría permitirse comprar en Liulichang.

Liulichang, el barrio de tiendas más antiguo de Pekín, era famoso en toda China por sus obras de arte y sus antigüedades. A poca distancia de la plaza de Tian'anmen, a la salida de la Puerta de la Paz, Liulichang floreció durante la dinastía Ming, cuando el emperador prohibió las tiendas y los teatros dentro de la ciudad.

Mei recordaba haber ido con su madre a la mitad oeste de Liulichang (la parte donde se vendían libros antiguos, caligrafías y aguadas tradicionales chinas) a comprar barras de tinta y litografías, y a que montaran las pinturas de Mamá en rollos. Fue en una de esas expediciones cuando su madre le compró un sello de piedra e hizo que grabara en él su nombre el artesano del Rongbaozhai, el Taller de Gloriosos Tesoros. Pero no habían estado allí en los últimos años. Ahora Liulichang lo frecuentaban sobre todo turistas extranjeros, y los ricos.

El mercado de antigüedades se extendía a lo largo de la mitad este de la calle. Había sido reconstruido en los años ochenta al estilo de un siglo antes: edificios de dos plantas con tejados grises de puntas curvas y ventanas de color burdeos. Mei descartó de su búsqueda las tiendas de propiedad estatal, así como las de tipo bazar alquiladas por pequeños vendedores. Sólo las grandes tiendas privadas podían permitirse comprar y vender algo tan caro como la vasija ritual de los Han.

Había una tienda así en el lado norte de la calle. Tenía un amplio vestíbulo en el que se alineaban vitrinas con piedras de tinta y adornos de jade y de coral. El primer sentimiento de Mei fue que aquél podría ser justamente el tipo de sitio en el que se habría detenido el vendedor de la vasija. Pero una vez que entró en la parte interior de la tienda, le decepcionó encontrarla atestada de aguadas chinas.

En la pared, un enorme póster anunciaba a un pintor cuyo trabajo se exhibía de forma

prominente en la sala. El artista era un pintor del Segundo Grado Nacional y miembro de la Academia China de Pintura. La propia sala estaba invadida por dos grandes mesas de madera donde se amontonaban rollos de papel, pintura, tinta y pinceles. Había un hombre, pulcramente vestido con chaqueta Mao hecha a medida (y que guardaba un notable parecido con el artista del póster), sentado en un largo banco.

Cuando Mei le preguntó, el hombre dijo que era en efecto el artista, y que podía pintar cualquier cosa que le pidieran.

—¿Qué tal un fénix como éste? —señaló una de sus pinturas colgadas en la pared—. ¿O quizá un ciruelo rojo floreciendo en la nieve?

Mei rehusó, dándole las gracias al artista, y se fue. Se sintió irritada por haberle desilusionado. Le recordaba a su madre. Ling Bai también pintaba aguadas al estilo tradicional chino. Ella siempre decía que sus aguadas no eran muy buenas, pero a Mei le encantaban, y había llenado su apartamento de pinturas de su madre.

Cruzó la calle y entró en una tienda que estaba en la planta baja de un gran caserón. La tienda almacenaba todo tipo de artículos, desde vitrinas de medicamentos, almohadas de madera, baúles de ajuar y budas de bronce hasta pipas de opio, tablillas de piedra y adornos de jade. Al parecer, las cosas estaban ordenadas por tamaños y alturas: las piezas grandes estaban colocadas junto a la pared del fondo, mientras que los artículos menores se habían dispuesto al alcance de la mano del dependiente. El cuarto estaba oscuro. Para compensar, había alguna que otra lámpara tradicional de seda proyectando sombras.

—Hola, señorita, ¿busca algo en particular? —Mei oyó una voz aguda que venía de detrás de ella.

Se dio la vuelta y vio a un chico de ojos sonrientes.

—Cualquier cosa que le guste se la puedo dejar a muy buen precio —el chico se acercó.

—¿Está el jefe? —preguntó Mei—. Me gustaría hablar con él.

El chico estaba desilusionado. Su sonrisa menguó un poco.

—¡Tío, una persona que quiere verte! —voceó.

Parte de la sombra negra que cubría casi entera la pared del fondo se desprendió. Empezó a cambiar de forma. La luz de la ventana dibujó un rostro: nariz plana, ojos pequeños, manchas de la edad y arrugas que parecían finos cortes. Era una cara corriente, fácil de pasar por alto. El viejo llevaba una chaqueta de estilo Tang negra y unos pantalones anchos negros, produciendo la ilusión de que podía atravesar las sombras. Escrutó al chico, moviéndose tan silenciosamente como la noche.

—¡Esta señorita quiere hablar contigo! —le gritó el chico.

Cuando llegó a su lado, Mei vio que el viejo era algo más bajo que ella.

—Perdone que le moleste —Mei sacó la foto de la vasija ritual—, pero quería preguntarle si ha visto esto.

—Tiene que hablar alto, mi tío no oye muy bien —dijo el chico. Gritó hacia el hombre—: ¡La señorita pregunta si has visto esta vasija!

El hombre estudió la foto, sujetándola a unos centímetros de su cara. La observó con tal concentración que podría haber estado buscando alguna clave invisible.

–¿Es policía? –preguntó, doblando la lengua al final de la frase al viejo estilo pekinés.

–¡No, soy coleccionista! –gritó Mei.

El viejo observó su cara de la misma forma que había mirado la foto. Mei le devolvió una mirada directa, tratando de atrapar el hilo de sus pensamientos. Pero no pudo. Aquél era un hombre tranquilo, pensó, que se tomaba su tiempo y hacía las cosas a cámara lenta.

El viejo le devolvió la foto y dijo, volviendo los ojos:

–Lo siento, no la había visto nunca.

Se dio media vuelta y, paso a paso, regresó a las sombras.

Mei se mordió el labio. Durante otro minuto miró al viejo, que reordenaba al azar sus mercancías. El chico la acompañó a la puerta y dijo:

–Vaya despacio, por favor.

En una tienda tras otra ocurrió lo mismo. Nadie quería contarle nada a Mei.

Frustrada, decidió descansar para comer. Se encaminó hacia el este, hacia la Puerta de Delante, donde se podían encontrar cientos de restaurantes que iban desde el más caro, el Pato a la Pekinesa, hasta los pequeños establecimientos de comida casera.

Los estrechos *hutong* estaban abarrotados de pequeñas tiendas. Las mercancías colgaban de los tejados bajos como banderas de la ONU. Personas de toda extracción social habían ido de compras a esa zona. Abuelitas cargadas con cestas de bambú, normalmente a pares, andaban a la caza de pequeños artículos domésticos como pilas, detergente y cuchillos de cocina de acero largos como ladrillos. Agitaban los cuchillos en el aire y luego los probaban con ademanes de afeitado en la palma de la mano.

–No está afilado –le decían al vendedor.

–Tiene que estar de broma. El fabricante hace sables para los monjes de Shaolin –replicaba el joven dependiente. Sacaba una vara de bambú y, con un movimiento rápido, le rebanaba una loncha.

Grupos de obreros industriales provincianos, todos con chaqueta Mao gris y fumando, merodeaban excitados, conversando sonoramente en sus dialectos. Los viajeros iban allí de compras antes de hacer sus transbodos en la cercana Estación de Pekín. Los vendedores de comida y los ciclistas de paso gritaban a voz en cuello:

–¡Pinchitos mongoles de cordero, si no están buenos no me dé el dinero!

–¿A cuánto la bolsa?

–Antes muerto.

–¡Tortitas de ocho hojas! ¡Al viejo estilo pekinés!

Mei encontró un pequeño restaurante de mesas limpias y se sentó junto a la ventana. Pidió una ración de tallarines en caldo picante de vaca que venía en un cuenco del tamaño de un balde pequeño. Se comió los tallarines y contempló a través de la cortina

de encaje al chico que la había estado siguiendo. Bajo una nube de humo de tabaco, tres hombres conversaban ruidosamente en la mesa de al lado, con los rostros rojos de tanto beber.

Mei salió del restaurante, andando hacia el oeste a paso vivo, repicando los tacones. Dobló con celeridad una esquina y se detuvo a echar un vistazo hacia atrás. Volvió a ponerse en marcha, más deprisa. Tras unos cuantos giros estaba otra vez en la ancha calle peatonal de Liulichang. Se paró en el umbral de la primera tienda que encontró y esperó.

—Eh, ¿por qué me sigues? —preguntó, apoyándose en el poste de madera de la entrada.

Sus palabras cogieron al joven galgo por sorpresa. Se paró en el sitio.

—Me dijo mi tío que lo hiciera —dijo el chico, con una fugaz sonrisa avergonzada.

—Entonces vamos a verle —le dijo Mei.

Sentada en un taburete de palo de rosa oscuro en la parte interior de la tienda, Mei contó ocho billetes de cien yuanes, pero no los entregó.

—¿O sea que sí la ha visto?

—No exactamente. Sólo vi unas fotos. Bueno, creo que eran de la misma vasija.

—¿Es que no está seguro?

—A mi edad no hay nada seguro —dijo el viejo—. Fue hace más de dos semanas. Vino un joven con algunas fotos de la vasija y me preguntó cuánto pagaría yo por ella —se frotaba las manos al hablar—. Cuando digo joven quiero decir de unos cincuenta y pocos.

—¿Y usted qué le respondió?

—Me dijo que la vasija era de la dinastía Han. ¡Estamos hablando de más de mil ochocientos años de antigüedad! Eso es lo que llamamos «mercancía caliente». La ley dice que no se puede exportar nada anterior a 1794, lo cual significa que ningún extranjero la compraría. Los chinos no pueden pagar esos precios. Aunque eso no significa que no haya conductos para venderla, ¿me entiendes? Es un negocio peligroso, sacarla de China... podría ser asunto de vida o muerte. Así que le respondí que si era auténtica, cosa que él me juró sobre la tumba de su madre, podríamos estar hablando de, digamos, veinte mil yuanes. No volvió por aquí —el marchante hablaba despacio, deteniéndose de vez en cuando en busca de palabras biensonantes.

Mei inspeccionó largamente al viejo. Tenía el pelo escaso y seco como hierba desenraizada; en la cara, una expresión de disculpa perpetua. Regentaba una tienda excesiva llena de cosas que nadie tenía interés en comprar. Aun así, continuaba amontonando más, en la esperanza de que algo le hiciera rico y la gente de altos vuelos tuviera que mirarle con otros ojos. Mei consideró la elaborada forma en que le había regateado el dinero que sostenía en la mano. He aquí un buscavidas con pretensiones,

pensó. Hablaba de «conductos» y de «mercancía caliente». A juzgar por su aspecto y el de su tienda, no tenía ni medios ni arrestos para tanto.

—Francamente, no le creí —dijo el viejo—. Ya no quedan antigüedades valiosas de verdad. Mi familia lleva tres generaciones en Liulichang. En los años cincuenta, ellos venían y compraban todo lo que había de valor en las tiendas. Luego la Revolución Cultural se encargó de lo que hubiera quedado —al decir «Revolución Cultural» dejó de frotarse las manos, y por un instante bajó los ojos.

—¿Quiénes son «ellos»?

—El gobierno: museos, universidades, bibliotecas, como quieras llamarlo —dijo—. Hoy en día sólo hay dos formas de conseguir cosas de auténtico valor: ser un ladrón de tumbas afortunado o un ojeador ambulante de antigüedades con suerte. El tipo no era ninguna de las dos cosas.

—¿Cómo lo sabe?

—Los ladrones de tumbas no trabajan solos y normalmente tienen varias cosas que vender. Aquel tipo estaba solo y no tenía más que una pieza. Tampoco era un ojeador. No sabía nada de antigüedades. Lo comprobé: era un profano total.

—¿Sabe usted su nombre o el de su hotel?

El viejo sacudió la cabeza.

—Sólo dijo que era de Luoyang.

—¿Puede decirme qué aspecto tenía?

—Veamos... estatura media, fuerte. Grandes brazos: un obrero, sin duda, de una fábrica quizá. No era mal parecido, salvo por la cicatriz.

—¿Dónde tenía esa cicatriz?

—En el lado izquierdo de la frente, justo encima del ojo. Parecía que alguien le había hecho un buen corte.

El viejo tendió la mano hacia el dinero.

—Una cosa más —dijo Mei—. ¿A quién cree usted que le vendió la vasija?

—No lo sé.

Mei no se movió.

—Está bien; hay un personaje oscuro llamado Wu el Padrino en ese caserón que hay calle abajo. No es buen marchante, pero parece que le está yendo muy bien. Si quieres saber mi opinión, tiene un algo sospechoso.

Wu el Padrino estaba de pie en el zaguán de su espaciosa tienda, equilibrando su peso hacia el punto intermedio entre sus dos pies. Contempló a Mei con la mirada vacía. No era un hombre grande, pero sí fuerte de la cabeza a los pies; bien afeitado y con el pelo a cepillo. Mei le echó unos cuarenta y tantos años, aunque era difícil decir si cuarenta y muchos o pocos. No le preguntó quién la enviaba ni por qué; se quedó allí contemplándola despectivamente con una mirada helada.

Ella le había dicho que trabajaba para un rico coleccionista y que quería hablarle de una de sus últimas adquisiciones; luego le enseñó la misma foto que les había mostrado a los otros marchantes.

Wu el Padrino echó una ojeada rápida a la foto y miró a Mei con indiferencia. La amistosa expectación hacia una cliente más se desvaneció en el oscuro vano de detrás de sus ojos.

Mei contempló cómo se acercaba a un joven que estaba detrás de un par de réplicas de jarrones Ming azules. Con las cabezas juntas, la miraron mientras hablaban. Un poco después, los dos hombres se alejaron en distintas direcciones: Wu el Padrino desapareció en la trastienda y el joven se fue derecho hacia Mei. Ella apretó los labios. Sabía que no podía hacer gran cosa para obligarla a irse. A fin de cuentas, era una mujer, bien vestida y poco amenazadora. Pero también sabía que no le quedaba nada que hacer allí, así que se fue.

Del otro lado de la calle había un bazar que vendía cosas pequeñas, como sellos de piedra y joyas antiguas, en bandejas. Los mostradores estaban dispuestos en forma de rectángulos cerrados, dentro de los cuales los vendedores se sentaban en altos taburetes o en sillas plegables.

Mei se quitó el abrigo y se soltó el pelo. Fingió que estaba interesada en comprar litografías, y mientras tanto no le quitaba el ojo a la entrada del sitio de Wu el Padrino.

Era un caserón de dos plantas con una entrada elevada, flanqueada por largas ventanas y un balcón en el primer piso. Las barandillas de las ventanas y del balcón estaban hechas de finos listones de madera, conformando delicados dibujos geométricos que recordaban a los caracteres chinos.

Al cabo de veinte minutos Mei vio salir a Wu el Padrino, vestido con una chupa negra de cuero con el cuello levantado. Se detuvo en lo alto de la escalera y se encendió un pitillo con ademanes lentos y calculados. Mientras lo fumaba, ojeó la calle en ambos

sentidos; luego bajó los escalones, volvió a comprobar la calle, escupió entre sus propios pies y giró hacia la derecha.

Mei aprovechó la ocasión, incorporándose a la riada de compradores que derivaban hacia la parte sur de la calle Xinhua, sin despegar la vista de Wu el Padrino.

Un taxi rojo dio un giro de ciento ochenta grados y se paró en la entrada de la zona peatonal. Su luz se apagó y emergieron una mujer china y un hombre blanco. Wu el Padrino agitó el pitillo que llevaba emparedado entre los dedos, haciendo señas al conductor para que diera la vuelta con el taxi. Cuando éste se hubo detenido, Wu el Padrino tiró el pitillo al suelo de un golpe de muñeca y se metió dentro. La luz del taxi se encendió. Con un carraspeo de humo negro arrancó en dirección a la Puerta de la Paz.

Mei corrió hacia su coche.

Los escalones que llevaban a la entrada del Centro Lufthansa estaban invadidos de compradores y bolsas con compras. Por todas partes había confusión: amigos que buscaban a sus amigos, familias que discutían cómo volver a casa. Un hombre zigzagueaba entre la multitud vendiendo los relojes que llevaba en el forro del abrigo. De vez en cuando, un coche de lujo se detenía frente al centro comercial para verter a una chica guapa y su *Dakuan*: su Potentado.

Wu el Padrino se apeó del taxi y subió despacio los escalones, mirando alrededor. Parecía estar buscando algo o a alguien.

Mei continuó hasta el aparcamiento y apagó el motor. En lo alto de la escalera, Wu el Padrino se detuvo. Encendió un pitillo.

Desde un kiosco, un altavoz arrojaba publicidad de la última edición de una guía de la programación televisiva. Los taxistas se disputaban a los pasajeros. Los coches particulares se disputaban las plazas de aparcamiento.

No pasó mucho tiempo hasta que Wu el Padrino se puso en movimiento. Machacó el pitillo con el tacón y en dos zancadas bajó a recibir a un gran coche negro que acababa de detenerse. La puerta del coche se abrió. Un hombre alto con una lustrosa chaqueta deportiva salió de él, seguido de una joven patilarga de la misma estatura.

Los dos hombres se dieron la mano y conversaron. La chica fue presentada. La gente se volvía a mirar a la guapa pareja. El chófer señaló hacia un sitio cercano a la entrada y le dijo algo al hombre, probablemente indicando que esperaría allí. Mientras el coche se iba, Mei se fijó en que era un Audi, y en que tenía matrícula de Pekín.

Wu el Padrino y la guapa pareja entraron en el centro comercial.

Mei salió de su coche para seguirlos.

La soledad es lo que nos acompaña hasta el final, pensó Ling Bai, mientras su cuerpo golpeaba el suelo. Oyó el ruido de la porcelana al romperse, primero un sonoro estallido, luego un leve tintineo. La «sopa de flores de tofu» estaba ahora por todo el suelo: blancos pedazos gelatinosos que temblaban encima de un espeso caldo oscuro. Dos panes al vapor cayeron rodando hacia la estantería. Súbitamente el cuarto se llenó de olor a comida.

Ling Bai estiró la mano tratando de agarrar la pata de la mesa, para tirar de ella y acercar el cuerpo al teléfono rojo cubierto con un paño que había en la mesita del vestíbulo. Sentía ya cómo se amortiguaba el dolor en el lado izquierdo de su cuerpo y supo que en unos segundos ya no sería capaz de moverse en absoluto. El corazón le batía con fuerza. Boqueó y boqueó, pero no podía respirar. Se debatió como una mujer que se ahoga pidiendo ayuda.

Yacía con la cabeza sobre el frío suelo. Recordó la primavera que entraba por la ventana de su cocina, abertura de un metro cuadrado en una caja de cerillas de seis pisos. Pensó en la pintura inacabada que tenía en su estudio; era un tema tradicional: un gato jugando con una pelota en un jardín de rocas. Ante ella estaba, contemplando la composición, mientras los panes rellenos de carne se cocían al vapor en el hornillo.

La luz del sol se había colado en la salita. Ahora el día era transparente y ligero. Ling Bai sintió su cuerpo flotar hacia la claridad y la paz del más allá. Cerró los ojos y dejó de luchar.

Sin embargo el dolor, terrenal y pesado, empezó a tirar de ella hacia abajo, para recordarle la oscuridad de la muerte. Ling Bai se contrajo involuntariamente y gimió. No le importaba morir, pero no quería irse antes de ser perdonada.

Cuando Mei llegaba a lo alto de las escaleras, su móvil sonó, sorprendiéndola. En lugar de cogerlo empujó la puerta de cristal para entrar en el blanco vestíbulo de una perfumería. Frente a ella, magníficos carteles de Shiseido y Dior. Las vendedoras con su maquillaje perfecto hablaban en murmullos de cremas y carmines. No había ni rastro de Wu el Padrino y sus amigos. Mei miró alrededor con irritación, preguntándose cómo habían podido desaparecer tan rápido y por dónde debería empezar a buscar. Su móvil sonó otra vez.

Esta vez lo cogió, intentando mantener la voz en un susurro:

—¿Quién es?

Era Gupin, gritando. Tenía más acento de lo habitual.

—Cálmate. No entiendo lo que estás diciendo.

—¡Rápido, Mei! A tu madre le ha ocurrido algo.

Veinte minutos más tarde, Mei machacaba el acelerador por las concurridas calles de Chaoyang en su Mitsubishi rojo. A la entrada de la carretera de circunvalación se detuvo, bloqueada en un atasco de taxis y coches particulares que pugnaban por meterse en la autopista. Mei dio un bocinazo largo y ruidoso.

La carretera de circunvalación se abrió como una navaja relampagueante bajo el cielo azul. Mei pasó el Puente de los Tres Principios y otros lugares que recordaba bien de camino al apartamento de su madre.

Años antes, cuando estaba en los últimos cursos de la universidad, hizo una excursión en bici por la costa Este. Había respondido a un anuncio de un tablón del recinto universitario que decía: «Tres estudiantes de doctorado de Ciencias Políticas buscan tres chicas que vayan con ellos en bicicleta para asistir al aniversario del terremoto de Tangshan. Que sean divertidas y aventureras».

Doscientas mil personas habían muerto en aquel terremoto de 1976. Diversión y aventura no eran exactamente las palabras que venían al pensamiento. Pero Mei respondió al reclamo de todas formas. Aquel viaje los llevó a los seis más allá de Tangshan. Tres semanas y ochocientos kilómetros más tarde, dos de las bicicletas estaban para el desguace. Las chicas estaban agotadas. Haciendo señas, detuvieron un camión para que los llevara en el último tramo de su recorrido y llegaron al Puente de los Tres Principios de Pekín cubiertos de picaduras de mosquito y arañazos menores. Ella

todavía tenía una foto de los seis, sonriendo triunfantes en el puente, las bicicletas amontonadas en la acera como pura chatarra.

Aquél solía ser para Mei el camino de vuelta a casa. En aquellos tiempos era el símbolo de la recién hallada prosperidad pekinesa. Todavía quedaban campos verdes al norte de la carretera. «¿Dónde está mi casa ahora?», se preguntó Mei. Ella y Lu se habían marchado del apartamento de su madre hacía mucho tiempo. A medida que se construían más alturas, el paisaje que bordeaba la carretera fue adquiriendo formas nuevas e irreconocibles. Lo mismo que sus vidas.

Mei no había conseguido enterarse de qué le había ocurrido exactamente a Mamá. La asistente, que había telefoneado a la oficina de Mei, estaba histérica. Mei había llamado de inmediato una ambulancia para que fuera al apartamento de su madre; luego marcó el número de la tía Zhao. Ella y el tío Zhao eran vecinos suyos desde hacía casi veinte años.

Pocas palabras se cruzaron cuando la tía Zhao volvió a llamar para contarle a Mei que había llegado la ambulancia y que se iba con ella al hospital.

—Te veré allí —dijo Mei, y colgó.

Salió de la carretera de circunvalación por el Jardín de Poniente y enseguida quedó atrapada en las lentas y estrechas calles del barrio de Haidian. Había tiendas y tenderetes a ambos lados del camino. Centenares de bicicletas se apretaban hacia el centro, llenando a veces por completo los espacios entre los autobuses y los coches. Los carros de caballos se movían despacio, por más que el paisano hiciera chasquear el látigo y gritara «Arre, arre».

Pasado el Palacio de Verano, aparecieron los montes de Poniente. El Gran Canal, guarnecido de blancos álamos, fluía despreocupadamente al pie de la montaña. Ya sin construcciones delirantes ni tiendas abarrotadas. Ya sin la uniformidad de la ciudad. El aire estaba más nuevo y más fresco.

En aquella tranquila ribera, en lo hondo de la sombra de los álamos, recordó Mei a una niña de unos diez años enfrascada en la búsqueda de setas blancas que habían brotado tras una lluvia cálida.

—Mamá, ¿son éstas las buenas? —corrió hacia su madre, que andaba unos metros por delante, sacudiendo agitada las trenzas, bien abiertos los ojos.

—Son exactamente del tipo que estamos buscando —dijo su madre, guardando las setas con una honda inspiración. Madre e hija tenían un parecido asombroso: la forma de curvar las comisuras de la boca cuando hablaban, la rectitud de la nariz (un punto demasiado afilada, según algunos)...

¡Cómo le sonreía su madre! ¡Qué joven era, qué jóvenes eran las dos! La respiración de Mei se acortó, sus latidos se aceleraron. Apenas podía sujetar el volante. Sentía que las entrañas se le iban a escapar del cuerpo. Le rodaron lágrimas por la cara. Aquellos días felices se desenfocaron en su imaginación.

El Hospital n.º 309 era uno de los cuatro hospitales militares de Pekín. Una

repcionista malencarada volvió la vista con reticencia cuando Mei le preguntó dónde estaba la sala de urgencias.

—Primer piso —respondió bruscamente.

Mei se abrió paso escaleras arriba sin esperar al ascensor. Encontró cuatro pasillos oscuros. Los cansados parientes estaban tumbados en bancos, acucillados o sentados en el suelo. Algunos comían.

Mei siguió el letrero que indicaba la sala de urgencias hacia un corredor que unía en voladizo dos edificios. Un ruido estrepitoso rodó hacia ella, que saltó a un lado. Un carrito se precipitaba por la rampa, derramando agua hirviendo por los pitorros de las pavas. Envuelto en una nube de vapor, un empleado corría junto al carrito, tratando de enderezarlo. Desde atrás, otro empleado tiraba con todas sus fuerzas del asidero para frenarlo.

La tía Zhao estaba en el exterior de la sala de urgencias. Al ver a Mei, tropezó con su propio bastón. Mei corrió a ayudarla, pero en lugar de eso se vio arrastrada hacia el pecho de la tía Zhao. A Mei le sorprendió la fuerza de aquella diminuta mujer.

—¡Pobre niña! —dijo mientras la abrazaba.

En los brazos de aquella mujer de finos miembros a quien conocía desde hacía veinte años, Mei se sintió como si hubiera llegado al final de un viaje. El océano dejó de rugir tras ella y, como barco zarandeado que llega a puerto, se desmoronó.

—Lleva un rato dentro. Los médicos y las enfermeras están todos ahí —las lágrimas se acumulaban también en los ojos de la tía Zhao; volvió a un lado la cabeza por un instante para disimularlas y le preguntó a Mei si iba a acudir Lu.

¡Lu! Con las prisas por llegar al hospital, Mei ni siquiera había pensado en llamarla.

El ayudante de Lu cogió el teléfono. Le dijo a Mei que Lu estaba en el estudio grabando su programa.

—Se lo haré saber en cuanto salga —le aseguró la adiestrada voz impersonal del ayudante.

Mei se sentó con la tía Zhao.

—Cuando llegué, la vi tirada en el suelo de la salita, con el desayuno derramado por todas partes —dijo la tía Zhao—. Tenía espuma blanca en los labios y convulsiones. Intenté hablarle. Pensé que quería decirme algo, pero no le salía nada. Le dije que no se preocupara, que tú habías llamado una ambulancia. La asistenta lloraba y decía que quería irse a casa. Le dije que se callara y se pusiera a limpiar aquello. Entonces llegó la ambulancia.

—Gracias por tu ayuda. Sobre todo por haber venido al hospital.

—Eso por supuesto. No hay ni que decirlo.

La puerta de la sala de urgencias se abrió de par en par. Salieron ruidos, una camilla y tres enfermeras: una de ellas empujaba la camilla, otra sujetaba el suero, otra llevaba el oxígeno. Un par de médicos las seguían.

—¡Mamá! —Mei detuvo la camilla.

Pero su madre no reaccionó. Tenía tubos conectados a la nariz, los brazos y la boca. Parecía una máquina rota que estuvieran recomponiendo a base de esparadrapo.

—Todavía está inconsciente. ¿Es usted su hija? —el más joven de los dos médicos se aproximó a ella.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Mei sin apartar la vista de su madre, que parecía seca y exánime, como si fuera a desdibujarse en cualquier momento.

—Le ha dado un ataque. Ha sido grave. ¿Podemos hablar en mi despacho?

—¿A dónde la llevan? —Mei retuvo la camilla.

—A la habitación 206 del Edificio n.º 3.

—Voy yo con ellos —la tía Zhao brincó apoyada en su bastón.

El despacho del joven médico era un cuarto sin ventanas que estaba al fondo del vestíbulo. Había tres hombres con batas blancas viendo una pequeña tele fijada a la pared.

—Fuera, fuera —les dijo el doctor—. Necesito hablar con los parientes.

Los otros embatados no prestaron ninguna atención a Mei. Se levantaron despacio, con las tazas de té en la mano, y salieron del cuarto conversando.

El doctor aparentaba treinta y tantos años. Un par de gafas de montura oscura descansaba con desmaño en su nariz.

—Hemos hecho todo lo que podíamos, y ahora depende de ella. Puede que mejore y puede que no —dijo el doctor cuando se hubieron sentado.

—¿Cuándo lo sabremos? —preguntó Mei.

—Tendremos una idea más clara en los próximos días; es difícil decir cuándo exactamente.

—¿Qué posibilidades tiene?

—Es difícil decirlo —volvió a decir el médico—. Esperemos a ver, ¿de acuerdo?

Luego, el médico se aclaró la garganta, preparándose para soltar un discurso que ya había echado muchas veces antes.

—Siento tener que sacar el asunto de los costes en un momento así. Pero lo comprende, ¿verdad? Si el estado de su madre empeora, necesitará cuidados intensivos y tratamiento. ¿Pueden ustedes pagar los costes? Si tienen medios para pagar de forma particular, podremos usar de inmediato medicinas importadas.

El médico levantó la vista, aunque no exactamente hacia Mei. Su mirada estaba enfocada más allá, en algún punto impreciso.

—¿Y qué pasa con su seguro médico? —Mamá había sido funcionaria toda su vida, miembro del Partido. Tenía que tener algún derecho. Sin duda, debería tenerlo.

—Me temo que el rango de su madre no es lo bastante elevado —dijo el médico, esta vez mirando a Mei.

Mei sintió el escrutinio de aquellos ojos superficiales. Parecían estar dando a entender que su madre era una especie de fracasada y su vida no era importante.

—¿Cuándo tenemos que decidirlo? —preguntó, tratando de contener la rabia. Quería los

mejores tratamientos y cuidados para su madre, pero no tenía tanto dinero. Las facturas médicas, dependiendo del tiempo que su madre necesitara permanecer en el hospital, podían llegar a elevarse de verdad. Necesitaba hablar con Lu.

—En cualquier momento, en realidad. Cuando esté preparada, venga simplemente a verme y firme el papel.

De camino hacia su madre, Mei volvió a intentar dar con Lu. Su ayudante respondió esta vez con un poco más de amabilidad:

—Ahora mismo está saliendo del estudio.

Mei puso a su hermana al tanto de lo que había ocurrido. Oyó a Lu que lloraba al otro extremo.

—Por supuesto, pagaré el precio que sea. Que Mamá tenga el mejor tratamiento. Firmaré lo que haga falta. Voy para allá en cuanto pueda.

Cuando Mei llegó a la habitación 206 del Edificio n.º 3, su madre estaba dormida. Había una baqueteadada taza de aluminio amarillento colocada en su mesilla de noche, con una cuchara de aluminio dentro. A los pies de la mesilla habían dejado un gran termo rojo; tenía pintadas flores de ciruelo rosas, y «Graves I» escrito en negro.

La paciente de la cama contigua, una mujer mayor, estaba a punto de cenar. Tenía el rostro curtido de haber trabajado toda una vida en el campo; llevaba el pelo corto, y aun así sujeto hacia atrás con horquillas. No tenía que haber sido fácil colocar todas esas horquillas, pensó Mei. Había venido una joven que parecía su nieta con una bolsa llena de comida. Sacó una manzana y la lanzó por el aire. Como un pitcher, la anciana cazó la manzana en pleno vuelo. Mei se preguntó qué clase de enfermedad mortal la habría llevado hasta allí. Juzgando por el acento provinciano que tenían, Mei supuso que eran parientes de algún militar destinado en Pekín. Probablemente habían usado sus contactos para conseguir colocar allí a la anciana: las habitaciones para enfermos graves estaban mejor equipadas que las salas y eran sólo para dos personas.

Mei acompañó a la tía Zhao hasta la puerta y le dio otra vez las gracias. Luego volvió al lado de su madre y se sentó en un taburete de plástico.

Llegó más gente a ver a la otra anciana. Bollos al vapor, salchichas y tortitas empezaron a volar de un lado a otro. Quizá por lo ruidoso de sus conversaciones y sus risas, o quizá porque se le había pasado el efecto de la anestesia, Ling Bai gimió y se despertó.

—Mamá —exclamó Mei, agarrando la huesuda mano de su madre y alzando la voz para asegurarse de que la oía—. Estoy aquí.

Ling Bai abrió los ojos despacio, empezando a enfocar.

—Lu —murmuró con voz débil pero inequívoca. Tenía los labios secos y llenos de ampollas; como la herida de un animal muerto, pensó Mei.

—No, Mamá, soy Mei.

Mei sujetó la mano de su madre y sintió la suavidad de su piel, la calidez de un ser humano, vivo. Mei quería tirar de ella, abrazarla, sujetarla con fuerza entre sus brazos.

Al poco entró una enfermera a comprobar el goteo del suero y el pulso de la paciente. Ajustó los tubos de oxígeno.

—No la deje moverse demasiado —le dijo a Mei sin explicar por qué.

—Ustedes —se volvió para mirar severamente a la muchedumbre que rodeaba la cama

vecina— cállense. Esta paciente necesita descanso.

Luego, sin decirle nada más a Mei, salió de la habitación.

Ling Bai oscilaba entre consciencia e inconsciencia mientras Mei le acariciaba la mano que le tenía cogida.

—Mei —oyó que la llamaba su madre.

—Sí, mamá. Estoy aquí.

Ling Bai abrió los ojos, esta vez más enfocados. Miró a Mei.

—¿Dónde está Lu? —preguntó.

—Está de camino, Mamá. ¿Quieres un poco de agua? —Mei enjugó el sudor de la frente de su madre.

Ling Bai pareció asentir y luego volvió a cerrar los ojos.

Mei cogió media cucharada de agua hervida fría de la taza de aluminio y la llevó a los labios secos de su madre. A Ling Bai le llevó un buen rato tragar un poco de agua.

—¿Ya está? —preguntó Mei cuando vio que la boca de su madre se contraía.

Le dio la impresión de que Ling Bai había dicho «Sí», pero no estaba segura. Acercó el oído a aquellos labios resecos, pero al parecer hablar había dejado exhausta a su madre.

Mei volvió a poner la taza y la cuchara del hospital en la mesilla de noche y marchó sobre la cada vez más bulliciosa tropa que rodeaba la cama de la anciana.

—¡Por favor, cállense! Mi madre acaba de tener un ataque. Necesita descansar. ¿Es que no les importa? —tuvo que levantar la voz por encima del ruido que estaban haciendo.

Pero Mei sabía que les daba igual. No soportaba a la gente que no respetaba a los demás. Su madre siempre le había dicho que era demasiado dura y demasiado cortante. «O no hablas nada o hablas con aspereza, ofendiendo a la gente en los dos casos. No es de extrañar que no tengas suerte con la gente.»

No, que no tenga nada de suerte, pensó Mei. Ni en la vida ni en el amor.

De pronto se abrió la puerta y entró Lu. Estaba exquisita con su traje de chaqueta beis, sus largas cejas arqueadas y su maquillaje impecable. Se había teñido el pelo de color miel y alrededor de su cara se insinuaban reflejos de luz dorada. Siguiéndola de cerca venía su ayudante, aquel con quien Mei había hablado antes. Llevaba un traje negro, tenía el pelo limpiamente cortado a navaja y era joven y guapo.

—Mamá, soy Lu —fue directa al pequeño taburete que había junto a la cama y le cogió la mano a su madre, apretándola contra sus mejillas sonrosadas—. Todo va a ir bien.

—Me ha llegado la hora —suspiró Ling Bai. Una única lágrima apareció en el rabillo de su ojo. No quería morir, a fin de cuentas.

—No, Mamá. No te preocupes. Yo me voy a ocupar de ti —Lu dio instrucciones a su ayudante para que encontrara al jefe de servicios médicos y a la enfermera supervisora. El joven salió. Mei le contó a su hermana las últimas novedades, hablándole de la ruidosa

multitud que rodeaba la otra cama. Al cabo de diez minutos, el jefe de servicios médicos acudió en persona para invitar a Lu a su despacho.

Tras la reunión que mantuvieron, Lu tiró de Mei hacia la ventana y dijo:

—Los médicos piensan que Mamá tiene pocas posibilidades de recuperarse. Ya conoces a Mamá, ha tenido un montón de problemas de salud. Ahora, el doctor dice que se le están deteriorando el hígado y los riñones. No entienden por qué. Es como si fuera un colapso general —se detuvo un segundo—. El jefe de servicios médicos sugiere que nos pongamos en contacto con todos los parientes y con los amigos de Mamá, cosa que le voy a pedir a mi ayudante que haga. Tenemos que estar preparadas.

Mei no sabía qué decir. Se preguntó si puede uno llegar a estar preparado para la muerte de su madre.

Al poco entró la enfermera supervisora y les aconsejó que contrataran una asistente.

—Mi sobrina lleva ya bastantes años haciéndolo —dijo—. Sabe cosas como dónde encontrar ayuda y qué hacer para aliviar el dolor. Y puede ir a buscarme en cualquier momento.

Se acordó que contratarían a la sobrina de la enfermera supervisora. Sus deberes incluirían conseguirles comida a Mei y a Lu, traer agua hervida del cuarto de calderas y masajearle a Ling Bai los brazos y las piernas, y se quedaría en turnos nocturnos.

A la anciana de la cama de al lado le dieron el alta cerca de las seis de aquella tarde. Si le correspondía irse de todas formas o si Lu había usado su influencia, eso Mei no lo sabía.

Después de la hora de la cena, Ling Bai volvió a adormecerse y Lu se fue a casa. Su marido la estaba esperando. Mei decidió quedarse. Puede que fuera irracional, pero temía que si ella no estaba cerca su madre se deslizaría al interior de la noche, como su padre, y la habría perdido para siempre.

Además, nadie la estaba esperando en ningún otro lugar.

Durante casi todo el día siguiente Ling Bai se mantuvo igual, a la deriva entre consciencia e inconsciencia. Permanecía en la cama como una casa vacía, abandonada. A veces abría los ojos. No veía nada en especial. Del techo pendía un ventilador ocioso. Una mosca daba saltitos de la mesilla a la pared, de ahí al techo, a la ventana, y luego vuelta a empezar. Pronto se aburrió de la repetición y se adhirió al techo cual mancha persistente.

Mei le daba agua a su madre con una cuchara. La asistente había comprado cucharas nuevas en la tienda del hospital, así como una taza de porcelana blanca, dos toallas pequeñas y una palangana de color crema decorada con peonías rojas y amarillas, la flor nacional. Mei había tenido una parecida en su dormitorio común de la universidad. Todas las mañanas y todas las noches se la llevaba a los lavabos para lavarse la cara, y a veces el sedoso pelo largo. No recordaba de qué color era exactamente ni la flor que llevaba pintada, pero sí lo reluciente que estaba cuando su madre la llevó a casa. Tenía el olor de las cosas nuevas, tan fresco como su propia y joven vida.

Junto a la cama, la asistente vertía agua del termo en la palangana nueva, levantando nubes de vapor. Cuando el agua se hubo enfriado, empapó en ella una toalla. Luego la escurrió, la dobló varias veces y se la pasó a Mei. Mei la colocó en la frente de su madre y se inclinó hacia ella:

—¿Te duele algo?

—Pierna —respondió Ling Bai con voz reseca.

A los pies de la cama, Mei levantó el edredón. Había un olor a sudor antiguo. Ling Bai tenía los pies hinchados, con las uñas gruesas y negras. Había perdido la sensibilidad en el lado izquierdo del cuerpo. Mei le masajeó con suavidad la pantorrilla, la rodilla y el muslo de la pierna derecha.

—¿Mejor? —le preguntó.

Ling Bai asintió y suspiró en silencio.

A las once la enfermera volvía a hacer su ronda. Seguía siempre el mismo procedimiento: primero, contaba el número de gotas con su reloj de pulsera y ajustaba el goteo; luego, comprobaba los tubos y la temperatura de la enferma; por último, le encendía una linterna ante los ojos y gritaba: «¡Ling Bai!». Parecía satisfecha cuando Ling Bai reaccionaba. «¿Ha orinado?», preguntaba.

Cuando se marchó la enfermera, Ling Bai se durmió. La asistente sugirió que Mei

comiera, pero ella dijo que no tenía hambre.

—Hermana Mayor... —la asistente era claramente mayor que Mei, pero insistía en llamarla «hermana mayor» para mostrarle respeto—, Hermana Mayor, he estado por los hospitales durante doce años. Una cosa que sé es que uno come cuando puede. Uno no sabe hacia dónde va a soplar el viento ni cuándo va a poder comer otra vez.

Era una mujer agradable, con su pelo rapado, su chaqueta Mao de un azul oscuro desvaído y su cara cuadrada. Mei le sonrió y le dio algo de dinero.

—No voy a ir a la cafetería del hospital: la comida no es buena. Voy al puesto de la puerta principal —dijo la asistente. Recogió Se guardó con cuidado el dinero en el bolsillo y salió. Un rato después volvió con tres panes rellenos de carne del tamaño de una mano y una botella de agua mineral. Mei dio cuenta de todo ello.

Poco después de la comida, Mei fue a dar un paseo por las dependencias del hospital. Los enfermos convalecientes se movían despacio al cálido sol como figuras de juguete con los muelles rotos, acompañados por familiares y amigos. Un hombre considerablemente vendado andaba cojeando, con pasos vacilantes, deteniéndose a menudo. Dos campesinas de mediana edad ayudaban a un hombre corpulento con abrigo militar de invierno a recobrar el uso de las piernas; él iba escupiendo su frustración. Todo parecía moverse a un paso distinto, todo tenía su propio ritmo. Los minutos y las horas se estiraban aparentemente hasta lo infinito.

Deprimida, Mei giró y se encaminó a la puerta principal, rebasando la entrada de urgencias. Los conductores no paraban de agolparse, alegando necesidades especiales, mientras dos guardias uniformados gritaban y maldecían en el intento de mantener el paso libre para las ambulancias.

Una vez fuera, Mei giró a la izquierda, esquivando el acoso de los taxistas ilegales. A unos cincuenta metros calle abajo había un pequeño restaurante, el único en varios kilómetros. Tenía mantelillos de plástico grasiento y una camarera de aspecto mezquino. Mei lo rodeó hacia la parte trasera y vio su pequeño Mitsubishi rojo todavía allí aparcado. A juzgar por el número de coches, el restaurante estaba haciendo un negocio redondo a base de los enfermos y los moribundos.

La asistente había aconsejado a Mei que estacionara allí el coche toda la noche, lo cual resultó ser más caro que aparcar en el Teatro de Pekín. Pero la alternativa era dejarlo en la calle, lo que sin duda supondría que alguien le tiraría un ladrillo por la noche. Toma capitalismo, pensó Mei; la oferta y la demanda, y todo vale. Entró en el restaurante y pagó otra noche de aparcamiento.

Cuando volvió a la habitación 206 había dos hombres esperando junto a la puerta. Mei reconoció enseguida al tío Chen; llevaba una corta chaqueta informal beis que había encogido y dejaba asomar un cinturón gastado. Al otro hombre, Mei no lo conocía. Era alto, le calculó algo más de un metro ochenta; llevaba un suave traje gris y un par de gafas sin montura. Estaba serio y recién afeitado, y parecía un tipo estudioso que nunca hubiera dado un mal paso en su vida.

—Me ha llamado Lu. Cuánto lo siento —dijo el tío Chen.

—Siento lo de tu madre —el tipo estudioso le dio la mano—. Hemos entrado a verla, pero estaba durmiendo. No queríamos perturbar su descanso —hablaba con voz cálida. Mei le echó más o menos la edad de su madre. Seguía apretándole la mano, con firmeza y sinceridad. Pensó que probablemente sería un secretario delegado del Partido en la unidad de trabajo de su madre, o quizá el director de Asuntos de los Camaradas de la Tercera Edad; éstos eran los personajes que solían enviar a los recorridos hospitalarios.

—Hemos hablado con el médico —dijo—. No te preocupes. El Partido no ha olvidado. Nos ocuparemos de todo.

Por fin Estudioso la liberó del apretón. Se veía sin dificultad que de joven había sido guapo.

—El señor Song Kaishan es un viejo camarada y antiguo compañero de trabajo de tu madre y mío... —dijo el tío Chen.

El señor Song le interrumpió:

—Viejo Chen, tenemos que irnos ya —se dirigió a Mei—: Por favor, transmítele a tu madre mis mejores deseos —volvió a darle la mano, esta vez brevemente.

—Llámame si necesitas cualquier cosa —murmuró el tío Chen. Mei notó que quería añadir algo, pero titubeó, se dio la vuelta y siguió en silencio los elegantes pasos del señor Song. Mei los vio desaparecer en la oscuridad del pasillo. Una extraña sensación la asaltó. Le pareció que de la nada se había levantado un aire frío y, como un fantasma, la había tocado con su mano invisible.

Lu acudió por la tarde, trayendo a la tía Pequeña, que acababa de llegar en avión de Shanghai. La tía llevaba consigo una pequeña bolsa de cuero negro con lo necesario para pasar la noche. Tenía los ojos rojos.

Mei le acercó un taburete de plástico para que se sentara y le cogió la bolsa.

—He venido, Hermana —la tía prorrumpió en dialecto de Shanghai y le cogió la mano a su hermana, que yacía inmóvil en la cama.

—Ésa no; en ese brazo tiene todas las agujas —Mei guió a la tía Pequeña hacia la mano derecha de Ling Bai, la que aún tenía sensibilidad. Luego revisó las agujas del brazo izquierdo para asegurarse de que seguían sujetas con sus esparadrapos y funcionando. El brazo estaba amoratado y tumefacto. La tía acarició suavemente la mano de su hermana.

—No te rindas, Hermana. Te vas a poner mejor, y entonces volveremos a Shanghai. Iremos al Nuevo Mundo a comer sopa de *wentún* grandes. Volveremos a nuestro pueblo a visitar la tumba de Madre —mientras hablaba, sus lágrimas silenciosas empezaron a sofocarla.

Ling Bai abrió despacio los ojos.

—Tercerita... —murmuró. Volvió a mover los labios, pero no salió ningún otro sonido.

—Hermana, he venido a cuidarte como tú hiciste por mí durante tanto tiempo. Te vas a

poner mejor –dijo la tía Pequeña con determinación. Suavemente soltó la mano de su hermana.

La tía cogió su bolsa negra y se puso de pie. Las tres mujeres avanzaron hacia el armario de los pacientes, junto a la puerta.

–Gracias por venir –le dijo Mei–. ¿No hay problema con tu unidad de trabajo?

–No hay mucho que hacer en el laboratorio en este momento. Por una semana no tiene que haber problema –la tía era analista de laboratorio en el Instituto de Investigación Biológica de Shanghai.

En ese momento, el ayudante de Lu entró a decirle que había reservado una habitación en el hotel del hospital por una semana para la tía.

–Es básica pero decente –dijo de forma prosaica, tendiéndole a Lu una llave con una etiqueta–. Ésta es la llave, y el equipaje está ya en la habitación.

Lu, cuando hubo hablado con su madre (primero de Lining, que estaba a punto de emprender su viaje anual a Canadá y Estados Unidos, y luego de su nuevo programa de televisión), se fue con su ayudante a buscar al médico. Mei le presentó a la asistente a la tía Pequeña y le enseñó cómo tenía que darle el agua a Mamá. También le contó a la tía que su madre se había estado quejando de dolores en la pierna y le mostró cómo darle un masaje.

Lu volvió al poco y dijo que el médico no tenía grandes novedades:

–Lo único que pueden hacer es mantener a Mamá en observación –dijo.

–Marchaos a descansar. Las dos tenéis que ir mañana a trabajar –dijo la tía Pequeña–. Ahora estoy yo aquí.

–Si pasa algo, llámanos con el móvil que te he dado –le dijo Lu.

La tía Pequeña asintió:

–No os preocupéis.

–Qué bueno que la tía Pequeña haya podido venir tan rápido –le dijo Mei a su hermana mientras salían del edificio.

Lu asintió:

–Le dije a la tía que el dinero no era problema para mí; puedo pagarle todos los gastos, el avión, el hotel y la comida. Para mí el problema es el tiempo. Si ella no hubiera venido, tú o yo habríamos tenido que quedarnos hoy. Quizá tú puedas, porque eres tu propia jefa, pero yo tengo que ajustarme a mi horario. Tengo casos que estudiar y gente a quien entrevistar.

Mei acompañó a Lu hasta su coche. Su ayudante ya estaba allí esperándola.

–¿Mamá y el tío Chen han trabajado juntos alguna vez? –preguntó Mei.

–No. ¿Por qué?

–El tío Chen pareció dar a entender que fueron compañeros de trabajo.

–Imposible –dijo Lu con firmeza–. Lo habrían mencionado si así fuera.

Mei asintió. Lu tenía razón. El tío Chen tenía que haberse equivocado. Pero durante

todo el camino a casa estuvo inquieta. La imagen del elegante desconocido le volvía una y otra vez, proyectando una sombra oscura sobre sus pensamientos.

Mei durmió mal. La cara de su madre, contraída de dolor, se le aparecía en sueños. A la mañana siguiente, cuando despertó de su pesadilla, le dolía el cuerpo y le palpitaba la cabeza. Estaba agotada.

En cuanto se hubo levantado llamó a la tía Pequeña al hospital. Sólo hablaron un minuto. Su madre estaba despierta. La tía le aseguró que no había habido ningún cambio desde la tarde anterior.

Mei se hizo una taza de café y se la bebió mientras veía el telediario matutino. El café no le sirvió de mucho para el dolor de cabeza. A las nueve y media se fue al trabajo; estaba en condiciones de trabajar, y lo necesitaba. Tenía que mantenerse ocupada para dejar de pensar en su madre. Sentía que, de no hacerlo así, el peso de su ansiedad y su miedo sencillamente la aplastaría.

Mei aparcó su coche al pie del roble. Del otro lado del patio, la Paloma Voladora de Gupin estaba encadenada al joven álamo en su posición habitual. Hacía sol, igual que en los últimos dos días. Mei se quedó un rato sentada en su coche con el motor apagado. Creía haber oído cantos de pájaros, pero cuando se paró a escuchar sólo oyó el ruido de la ciudad, de los coches y la gente. La vida continuaba igual que siempre; le dieron ganas de llorar. ¿Volvería Mamá a ver un sol y un día como éstos?

El encargado estaba con los pies encima de la mesa del cuarto de calderas, con la radio encendida.

—Ya te han subido el agua caliente —le dijo a Mei al verla pasar. Ella asintió.

Gupin estaba sentado a su ordenador, tecleando. Al ver a Mei se puso de pie.

—¿Qué ha pasado? ¿Está bien tu madre? —preguntó.

Mei negó con la cabeza.

—Le dio un ataque. Mi tía está ahora con ella en el hospital.

—Estaba preocupado de verdad. Ayer, cuando no viniste, pensé que debía de ser grave —Gupin se detuvo, se le encendió la mirada—. Pero no te preocupes. Se pondrá mejor, espera y verás. Pareces cansada. Deja que te traiga un poco de té.

Mei asintió. Intentó sonreír, pero le faltó ánimo.

Entró en su despacho. Desde la ventana se veía la copa del roble y, a cincuenta metros, otro edificio de cuatro plantas idéntico al suyo. Los dos edificios habían sido contruidos por el Ejército de Liberación del Pueblo a principios de los setenta, cuando

los intelectuales y sus hijos adolescentes eran enviados a campos de trabajo y Comunas Populares. Eran funcionales, nada más. Con el paso de los años, las pintadas y la contaminación los habían ido desfigurando.

Mei abrió la ventana. Una brisa suave entró flotando como un recuerdo largamente olvidado.

Gupin trajo el té, el correo y los recados.

—Mi madre tuvo una vez un tumor —le contó a Mei—. Fue hace años. Se quejaba de que le dolía mucho la cabeza. La llevamos al médico de la capital de la comarca, el doctor Yao, que dijo que tenía un tumor cerebral. Todos pensamos que no lo lograría, hasta el médico. Pero Madre vivió. Perdió el uso de las piernas y un brazo no lo tiene muy bien. Pero vivió. El médico dijo que era porque había trabajado durante toda su vida. Tu madre es como la mía: de mente fuerte y buena naturaleza. Se pondrá bien.

Mei sabía que Gupin estaba tratando de levantarle el ánimo. Pero para él, por lo visto, animarse era algo fácil. Las menores cosas le hacían feliz: un cielo azul, el timbre de las bicicletas por las mañanas, el cambio de estaciones y hasta la altura de los rascacielos.

—Por desgracia, mi madre no es de mente fuerte —dijo Mei, pensando en las lágrimas que su madre había vertido a lo largo de los años—. Ha tenido que soportar muchas cargas. Y no es optimista —«podría estar hablando de mí misma», pensó.

—No es optimismo lo que hace falta. Eso no sirve. Lo que hay que hacer es escuchar al destino. Eso fue lo que hizo Madre. Su destino era vivir y tener un hijo entregado como mi hermano. Ella piensa que era también su destino que mi hermano se casara con Loto, mi cuñada. Loto odia a Madre. No puede esperar a que Madre se muera para convertirse ella en la señora de la casa. Pero yo no la voy a dejar. Dice que yo soy un descastado y que no me ocupo de Madre. Pero mando dinero a casa. Si no, ¿con qué íbamos a pagar a los especialistas en hierbas de Madre, o a reconstruir la casa familiar?

—Estás ayudando, Gupin. Aunque no estés allí para cuidarla. Estoy segura de que tu madre piensa lo mismo —dijo Mei con suavidad.

Sus palabras flotaron aliviando sus propios pensamientos. Soy una buena hija, pensó, y Mamá lo sabe.

Pero su confianza se evaporó rápidamente, dejándole sólo dudas y un sentimiento de reproche. Sí, había querido a su madre y se había ocupado de ella. También la había desobedecido. La había herido con su fracaso y su individualismo. Le había traído tristeza y preocupación. Se habían peleado. Se habían herido la una a la otra con palabras y con actos.

Mei sintió que le empezaba a latir otra vez la cabeza.

—¡A trabajar! —dijo abruptamente.

No había consuelo que Gupin ni nadie pudiera proporcionarle. Nadie podía apaciguar sus miedos. El tiempo huía. El tiempo que necesitaba para hacer que Mamá volviera a quererla se le estaba escapando entre los dedos como arena.

Mei se pasó casi todo el día encerrada en su despacho. Revisó carpetas antiguas y se ocupó de menudencias de los últimos dos días. Repasó sus notas y sus recuerdos de la visita a Liulichang y al Centro Lufthansa. Le habría gustado ver más de cerca al hombre con quien se encontró Wu el Padrino. Lo recordaba alto, bien vestido y de piel clara, más o menos de la misma edad que Wu el Padrino. Estaba claro que era rico, con ese coche, el chófer y la novia modelo. Mei intentó imaginar la conversación que habrían mantenido ante un té en alguna de las cafeterías del sótano. Probablemente hablaron de la vasija ritual Han, y de que ella andaba haciendo preguntas.

Mei decidió que tenía que encontrar al vendedor de la vasija, y pronto.

Abrió la puerta y llamó:

—Gupin, ¿puedes venir, por favor?

Cuando su secretario entró, le indicó por señas que se sentara en el sillón.

—¿Qué sabes del tren que hace el trayecto de Luoyang a Pekín?

—Pues muchas cosas: ése es el tren que yo cogí para venir a la ciudad. Sólo hay uno al día. Llega a la Estación Oeste de Pekín a las cinco y media de la mañana. Lo recuerdo como si fuera ayer. Vine en febrero, después del Año Nuevo Chino. Cuando el tren llegó, fuera todavía estaba oscuro, y tuve que esperar en la estación a que se hiciera de día. Cuando hubo luz y los autobuses empezaron a circular, seguí las indicaciones que me habían dado. Cogí tres autobuses para ir a ver a un chico de un pueblo vecino que había venido a Pekín hacía un año. Me dijo que me podía quedar con él y trabajar en la misma obra. Yo estaba emocionado de ver Pekín por primera vez: los edificios altos, los autobuses, las calles anchas y los camiones limpiacalles. Nunca había visto camiones limpiacalles.

—Si no conocieras a ese hombre del pueblo vecino, ¿a dónde habrías ido?

—Probablemente a alguno de los hoteles baratos que hay alrededor de la estación. Muchos viajeros hacen eso. A veces hasta se puede alquilar una habitación de algún residente en Pekín por tan sólo quince yuanes la noche. Por supuesto que es ilegal que los residentes alquilen habitaciones, porque son propiedad de sus unidades de trabajo, y no suya. Pero ya sabes lo que pasa: la gente necesita dinero.

—Estoy buscando a un tipo de Luoyang. Vino a Pekín hace un par de semanas a vender una valiosa reliquia. Lo único que tengo de él es su descripción. Puede que se quedara por la zona de la estación, como tú dices. Pero estoy segura de que ya no está ahí. Ahora que ha vendido su reliquia, es rico.

—Pero es posible que alguien de esa zona le recuerde —razonó Gupin—; quizá una camarera, o la gente del hotel. Puede que alguno de ellos sepa adónde se fue.

Mei lo pensó un momento.

—También puedes probar con la consigna de la estación —añadió Gupin—. Habrá tenido que guardar su reliquia en algún sitio seguro. Esos hoteles baratos son todos privados, en general poco de fiar: sólo un tonto dejaría objetos de valor ahí.

—Creo que tienes razón —dijo Mei—: empezaré por la estación.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Gupin—. La zona de la estación no es segura por la noche. Está llena de gente de paso y de matones del barrio.

—Eres muy amable, pero creo que debería hacer esto por mí misma. A veces la gente le dice más cosas a una mujer si va sola.

Gupin se quedó decepcionado. Bajó la cabeza. La atmósfera de emoción que le había rodeado desapareció.

—Quizá la próxima vez —le dijo Mei—. Te veré mañana.

Fuera había empezado a caer el crepúsculo. Era la hora en que la ciudad desplegaba sus resortes. Los niños se habían vuelto a sus casas después de pasar la tarde jugando a las cartas o al fútbol en las aceras. Se estaban poniendo las mesas para la cena. Por las ventanas entreabiertas de las cocinas se olía el dulce reclamo de los guisos de las abuelas.

Era el mejor momento para hacer una llamada.

—¡Oh, Mei! —exclamó la tía Chen al coger el teléfono—. Pobre niña —suspiró—. Espero que no estés demasiado preocupada. El tío Chen acaba de volver del hospital. Parece ser que tu madre está bien. Mantén el corazón bien abierto, ¿vale?

El tío Chen cogió el teléfono. Puso a Mei al corriente del estado de su madre.

—Gracias por ir a verla —dijo ella—. Yo espero poder ir mañana.

—No te preocupes. ¿Qué tal tu encuentro con Pu Yan? —el tío Chen bajó la voz—. ¿Has averiguado algo?

—Justo por eso te llamaba —dijo Mei—. Fui al mercado de antigüedades de Liulichang, porque Pu Yan había oído que la vasija había sido vendida a un marchante de allí. Hablé con un tipo que recordaba al hombre que intentó vendérsela: era de Luoyang, como tú sospechabas, pero lo único que saqué en claro fue su descripción.

»El marchante se llama Wu el Padrino y es especialmente desagradable. Le seguí la pista hasta el Centro Lufthansa y allí se encontró con otro tipo. Por desgracia no los pude seguir, pero apunté la matrícula del coche del otro y le he pedido a una amiga de la Dirección de Tráfico que la busque en los archivos. Sospecho que nuestro hombre de Luoyang sigue en Pekín. Pu Yan dijo que la vasija podría haber alcanzado los cuarenta mil yuanes. Eso es un montón de dinero, ¿por qué iba a irse de Pekín sin probar la buena vida?

—¿Pero cómo le vas a encontrar? En Pekín hay diez millones de personas —el tío Chen sonaba preocupado.

—Empezaré por el principio: la Estación Oeste de Pekín. ¿Me puedes encontrar algo de *guanxi* dentro de la estación? Cuanto más alto sea el cargo, mejor.

—¿Cuándo quieres ir?

—Esta noche. Es mejor que nos demos prisa. Creo que hemos revuelto la hierba: las serpientes están asustadas.

—Déjame que haga unas llamadas —dijo el tío Chen—. ¿Dónde estás?

—En la oficina.

—Luego te llamo.

A la media hora sonó el teléfono. Mei anotó la información en un papel, que luego dobló y guardó en su monedero. Metió el monedero, un bote de spray antivioladores y una pequeña linterna en un bolso de nailon negro. Se aseguró de que su móvil tenía suficiente batería. Luego se colgó el bolso del hombro y salió.

El viento se había extinguido. Las nubes se espesaron, arrebujaadas como una acogedora manta. Las luces se encendieron, iluminando la Estación Oeste de Pekín, un edificio nuevo con la forma de las antiguas puertas de la ciudad, con cuatro torrecillas en forma de pagoda. Frente a él, gente sentada sobre su equipaje esperaba autobuses. Los vendedores de comida andaban por entre la multitud gritando: «¿Tiene hambre? ¡Coma bollos calientes rellenos de carne!».

Dentro de la estación, rostros frescos y ojos exaltados se maravillaban de la rutilante decoración. Había un flujo constante de avisos por los altavoces, anuncio de salidas, retrasos, niños y adultos perdidos. Trabajadores de provincias corrían de aquí para allá con costales al hombro. Las familias se arracimaban en blancas salas de espera, compartiendo cenas de fritanga con arroz en bandejas de cartón. Otros dormían, tendidos como cadáveres en los largos bancos.

Mei se detuvo ante la oficina del jefe de estación. En la puerta, un cartel rezaba: «Vagabundos no».

Empujó y abrió la puerta. Dentro contó ocho personas sentadas en un banco pegado a la pared. Mei se acercó a la mujer joven que estaba tras el mostrador y preguntó por el jefe de estación.

—¿Quiere hacer una reclamación? —la mujer empujó a un lado una brillante revista y alzó los gruesos párpados—. Rellene un impreso y espere ahí.

—No, es un asunto privado —dijo Mei.

Ella la miró de arriba abajo:

—¿Qué tipo de asunto privado? —su tono ya no era tan seco.

Mei se inclinó sobre el mostrador:

—Dígale por favor que soy una amiga del señor Rong Feilin, de la Dirección de Ferrocarriles.

La mujer se levantó y desapareció por la puerta que había detrás del mostrador. Enseguida, Mei oyó moverse una silla. La puerta volvió a abrirse, y un hombre corpulento con el uniforme ferroviario gris y rojo se acercó para saludarla. Su sonrisa solícita llegó antes que su mano.

—Entre, por favor —le dijo. Se dieron la mano.

—Soy Wang Mei —dijo ella.

—Yo me llamo Li Gou. Soy el subjefe de estación. El jefe de estación se ha ido a casa. ¿En qué puedo ayudarla? —tenía la boca llena de dientes marrones—. Xiao Yang —le dijo a la mujer del mostrador—: té.

Xiao Yang asintió y salió.

–Siéntese, por favor. Qué día tan malo, de pronto ha vuelto el frío –el señor Li arrastró una silla para sentarse cerca de Mei–. ¿Qué tal sigue el camarada Rong? Yo antes trabajaba para él; bueno, no directamente. Él era el jefe de la Estación de Pekín y yo era uno de los encargados de pasajeros. Luego el camarada Rong fue ascendido a la Dirección de Ferrocarriles. No sé si se acordará de mí; antes de venirme aquí, yo llevaba la línea Pekín-Cantón.

Mei sonrió y no dijo nada.

–Bueno, bueno –volvió él a enseñarle a Mei los dientes y se alisó el uniforme–. Hablemos de lo que la trae aquí.

–Estoy buscando a un hombre que llegó de Luoyang a Pekín hace dos semanas. Puede que dejara algún objeto de valor en la consigna. Me gustaría ver el libro de registro.

–Desde luego –dijo el señor Li. Se levantó y se metió detrás de su escritorio a consultar sus libros.

Llegó el té. Xiao Yang les sirvió una taza al señor Li y otra a Mei y se fue.

El señor Li abrió un gran cuaderno y fue recorriendo las páginas con el dedo. Cuando encontró la página que buscaba, dijo:

–Esta noche el encargado de servicio en la consigna de equipajes es... eh... Tang Yi. Le diré a Xiao Yang que la acompañe hasta allí.

Cogió su taza de té y volvió a sentarse junto a Mei.

–Me temo que la persona que hizo la anotación quizá no esté esta noche. Normalmente hay dos turnos, uno de mañana y otro de noche. No estoy seguro de cómo llevan allí los turnos exactamente. A veces los van rotando. Tang Yi le podrá dar más detalles.

–¿Puedo ir ahora? –preguntó Mei, dejando su té sin tocar.

–Por supuesto, como usted quiera –dijo el señor Li, levantándose.

–Le diré al camarada Rong que ha sido usted de gran ayuda –dijo Mei.

–Gracias. Si puedo atenderla en algo más, hágamelo saber –los dientes marrones se desplegaron en una mueca.

Mei siguió a Xiao Yang hasta la consigna de equipajes. Ante el mostrador se había formado una pequeña aglomeración; era difícil decir dónde estaba el final de la cola o si había llegado a haberla. Dos mujeres de aspecto idéntico manejaban aquel cotarro con la menor cantidad posible de palabras y miradas. Llevaban los uniformes abotonados con desgare. Gruñían a los clientes como gatos ansiosos. Estaban llegando al final de su turno.

–¿No le he dicho que se aparte? Todavía no necesito su carné de identidad. ¡Rellene primero el impreso! –chillaba la mayor de las gemelas.

Xiao Yang se aproximó a ella y le preguntó por el encargado, y le respondieron que

estaba en la parte trasera.

El señor Tang se levantó de un salto cuando entraron Mei y Xiao Yang. Intentó apagar el pitillo con una mano y ponerse la gorra con la otra.

—Xiao Yang, ¿qué viento te trae hasta mí? —su sonrisa era amplia.

—La señorita Wang es de la Dirección de Ferrocarriles —dijo Xiao Yang con voz de hielo—. Necesita ver vuestros registros. El jefe de estación Li dice que la ayudes en todo lo posible, y quiere saber los resultados.

Luego se despidió amistosamente de Mei.

El señor Tang siguió con los ojos a Xiao Yang hasta que hubo salido por la puerta. Luego volvió a echar la gorra encima de la mesa y se encendió otro pitillo. No le apetecía ayudar a Mei ni a nadie. Le contrariaba ostensiblemente que su jefe le hubiera cargado con tan pesada tarea. Estaba pálido y tenía aspecto de necesitar un trago.

Se apoyó hacia atrás en el borde de su mesa, soplando el humo por entre los dedos amarillos:

—¿Qué es lo que busca?

—Me gustaría ver el registro de entradas en la consigna de hace dos semanas —dijo Mei—, y también hablar con las empleadas.

El señor Tang aspiró de su pitillo. Se dirigió a una vitrina y empezó a sacar carpetas.

—En esta oficina sólo se guardan las cuatro últimas semanas —murmuró, con el pitillo columpiándose de la comisura de su boca. Un humo fino merodeaba a su alrededor como una amante celosa—; el resto se manda a los archivos. Pensará usted que en estos tiempos hay poca gente que tenga cosas de tanto valor como para pagar por dejárnoslas aquí. Pues se sorprendería. Hay todo tipo de chatarra aquí metida.

El señor Tang soltó una pila de papeles sobre la mesa, delante de Mei. Luego volvió a su acodamiento, con un nuevo pitillo en la boca.

Mei empezó a repasar las anotaciones. La gente dejaba todo tipo de cosas en la consigna: una urna de cenizas, un sobre sellado, un bulto pequeño envuelto en tela ordinaria, un pájaro vivo en su jaula... Venían de cualquier parte del país para dejar allí un trozo de sus vidas: de los campos de arroz del sur, de los bosques cubiertos de carámbanos del noreste, de las praderas, los caballos y las montañas del oeste. Algunos eran de Luoyang, donde empezaba la Ruta de la Seda. Mei separó esos registros.

Uno de los halógenos titilaba. El señor Tang cogió de un rincón una escoba y golpeó el tubo sin resultado.

—¿De qué departamento de la Dirección ha dicho que es? —preguntó.

—No lo he dicho —dijo Mei.

El señor Tang se quedó callado, y así permaneció durante los veinte minutos siguientes. Al fin, Mei levantó la vista y le dijo:

—¿Puede decirle a alguna de sus camaradas que venga a verme?

El señor Tang estrujó el pitillo en un pequeño espacio del cenicero y lo convirtió en colilla. Se puso la gorra y, dando un ruidoso portazo, salió.

Mei esperó. Al cabo de un largo rato el señor Tang volvió con la más joven de las gemelas, de unos veintitantos años, no guapa pero sí de ojos vivaces. Tenía las mejillas enrojecidas de haber pasado horas detrás del mostrador, y resacas del aire rancio de la estación. Entró decidida.

—¿Cómo está usted, camarada Wang? —tenía la voz aguda. Le tendió la mano—. Me ha dicho el viejo Tang que es usted de la Dirección. Yo me ocupo de la consigna. ¿Puedo sentarme? —se acercó una silla y esperó.

Mei se volvió al señor Tang:

—¿Podría disculparnos?

Él miró hacia otro lado. Con el índice y el pulgar se quitó algo de tabaco de entre los dientes.

—¡Por favor! —ordenó Mei.

Después de darle una última calada a otro pitillo, el señor Tang tiró la colilla al suelo y la aplastó con el pie. Luego cogió su gorra y salió del cuarto.

—¿Recuerdas a este hombre: Zhang Hong? —Mei le pasó a la chica una hoja de papel—. Aquí dice que depositó una gran caja de madera el día uno de abril y que la recogió cinco días más tarde. La caja sería como mínimo así de grande —Mei dibujó un rectángulo con las manos—. Creo que era un tipo fuerte, de estatura mediana, y con una cicatriz justo encima del ojo izquierdo. Tenía acento de Henan.

La joven asentía y le sostenía la mirada a Mei. Mientras la escuchaba, adoptó la expresión de quien busca en un largo y tortuoso túnel de recuerdos.

—Llevaba algo de mucho valor en la caja. Puede que estuviera nervioso o alterado o que hiciera algo fuera de lo corriente —dijo Mei—. Pienso que habrá venido alrededor de las seis de la tarde a recoger la caja. Hay dos trenes diarios a Hong Kong y a Shenzhen más o menos a las ocho de la tarde, ¿verdad? —de acuerdo con los cálculos de Mei, eso le habría dado al tipo el tiempo suficiente para completar la transacción de la vasija ritual e irse en el siguiente tren a la región de Hong Kong.

La mujer frunció el ceño, inclinó la cabeza hacia un lado y cerró los ojos. Mei imaginó su silencioso repaso del día a día, peinando el recuerdo de caras que hasta ese momento no significaban nada.

Mei continuó, con la esperanza de que algo de lo que había dicho o estaba a punto de decir pudiera despertar la memoria de la joven.

—Era la primera vez que venía a Pekín. Tenía grandes planes. Había venido a hacerse rico. Yo diría que traía guardarropa nuevo para la ocasión: zapatos nuevos, ropa nueva, corte de pelo nuevo, maleta nueva, el conjunto entero.

La mujer abrió los ojos; tenía la mirada desenfocada. Los volvió a cerrar y a abrir. Luego habló:

—Creo que ahora me acuerdo. Tenía una gran cicatriz, como si se la hubiera hecho una máquina —bizqueó—. Sí, llevaba un traje nuevo, pero de aspecto barato, y una bolsa de mano de cuero, como suele llevar la gente de provincias —le dedicó a Mei una sonrisa

cómplice—. Llevo muchos años trabajando en el ferrocarril. Siempre es igual —su pensamiento había llegado al final del túnel: la luz se acercaba. Su memoria se empezó a acelerar—. Todos quieren estar elegantes cuando vienen a una ciudad grande como Pekín, con peinados nuevos y ropa nueva que están de moda en sus ciudades. Pero todos acaban pareciendo animales del zoo. Yo les huelo la suciedad a un *li* de distancia. Así que al principio no presté atención a ese, cómo se llamaba, Zhang Hong.

—Pero te fijaste en él.

—Al final, sí. ¿Por qué? Ahora me acuerdo. Había mucho que hacer aquella tarde. Le dije que todo el mundo tenía prisa y que tenía que ponerse a la cola. Estuvo trajinando y protestando, unas veces de nuestros servicios y otras de otras cosas. Odio a la gente así. ¿Quiénes son ellos para decirnos que no ofrecemos un buen servicio?

»Ya me acuerdo, tan claro como si hubiera sido ayer. Cuando por fin le traje la caja, me gritó con un acento muy fuerte (puede que fuera de Henan, no lo sé): «¡Con cuidado, con cuidado, que es valiosísimo!».

»Todos se creen que lo que traen es el oro y el moro, cuando en realidad no vale un céntimo. Vemos un montón de gente así por aquí. ¿Sabe usted que nuestra Estación Oeste es la más grande de Asia? A veces estamos tres personas atendiendo; a veces, como hoy, sólo dos. La gente no sabe cómo es esto, o no lo entienden o son demasiado estúpidos; llegan tarde y quieren sus cosas. Nos insultan y pretenden darnos órdenes. Servimos al pueblo, pero no somos sirvientas.

Los ojos le brillaban más a medida que se iba animando.

—Como estaba diciendo, me enfadé bastante. Puse la caja en el mostrador y le dije que firmara la entrega. Se puso como loco, chillando: «¡Por todos los santos, no la estampe así en el mostrador!»; y ni siquiera la había soltado de golpe. Yo ya estaba hasta aquí —levantó el brazo derecho y se tocó la barbilla con el dorso de la mano—. Así que le dije que leyera el aviso que hay en la pared: «La Estación Oeste no se hace responsable del posible deterioro de los objetos depositados».

—¿Y qué pasó entonces?

—Pues nada. La persona que iba con él le dijo que tenían que irse. Así que cogieron la caja y se fueron.

Mei alzó la vista.

—¿Iba un amigo con él? ¿Era un tipo bastante musculoso con el pelo a cepillo?

—No —negó ella moviendo la cabeza—. Era una chica joven.

—¿Una chica joven? —eso Mei no se lo esperaba—. ¿Qué tipo de chica? ¿Qué edad tenía?

—Puede que dieciocho. Ya sabe, de esas que se hacen la permanente: un pendón.

—¿Era pekinesa?

—Si tenía algún acento, no se lo noté.

Mei inspiró profundamente. Ya había oído todo lo que quería oír.

—Gracias. Me has ayudado mucho —dijo—. Que esto que hemos hablado quede entre

nosotras, ¿entendido?

—No se preocupe. Es nuestro deber ayudar a los camaradas de la Dirección —la chica se levantó y se dieron la mano. Mei se dio cuenta de que estaban temblando de emoción.

Cuando ella se fue, el señor Tang volvió a entrar. Llevaba un pitillo fijo entre los dedos como un miembro adicional. Estudió pensativamente a Mei. Ella le dijo:

—Gracias, señor Tang. Ya no le molesto más —al tocar su huesuda mano amarilla, Mei sintió un escalofrío en la espalda.

Aunque el gobierno exigía que cualquiera que pensase quedarse en Pekín más de tres días se registrara en la policía, había mucha gente que no lo hacía. Alguien como Zhang Hong sin duda no lo habría hecho. Aun cuando usara el número de su carné de identidad, era improbable que Mei pudiera dar con él por medio de los archivos policiales.

Pero la noticia de que estaba con una chica pekinesa era alentadora. El hecho de que ella conociera a Zhang Hong antes de la venta de la vasija hacía pensar que era alguien que trabajaba por aquella zona, quizá una camarera de restaurante o de hotel. Probablemente él había alardeado del dinero que iba a conseguir y le había hecho promesas.

Mei miró a su espalda mientras se adentraba en las calles sin iluminación que había a un par de manzanas de la estación. Allí, las estrechas callejuelas y las casas con patio del viejo Pekín habían sido reemplazadas por edificios de cemento armado, construidos en los años cincuenta y sesenta, cuando el gobierno apisonaba los nuevos Planes Quinquenales, que ahora subsistían adornados por el deterioro del paso del tiempo. Pronto serían demolidos para dejar paso a una nueva perspectiva.

La noche se había puesto peligrosa y fría. Tras las pilas de muebles viejos sonaban rumores amortiguados; en las sombras se movían siluetas silenciosas. Suspendida sobre la entrada de una pequeña pensión, una bombilla amarilla iluminaba un letrero que decía «Completo».

La pensión era un edificio de dos plantas, con los muros revocados en gris. Era un añadido de alguna especie, probablemente construido deprisa y con materiales pobres. Mei no habría podido decir a qué se había añadido ni para qué otro propósito habría servido antes de convertirse en pensión. Por el lado derecho, en algún punto de la planta baja, un pálido resplandor oscilaba tras una ventana.

Había una anciana sentada al mostrador de la recepción tejiendo la manga de un minúsculo jersey. De vez en cuando cruzaba las agujas de hacer punto, se apoyaba el jersey en el regazo y medía la longitud de la manga usando la distancia entre sus dedos gordo y corazón.

—¿Es para su *waisun* (el hijo de una hija suya)? —le preguntó Mei. La visión de la pequeña labor de lana y la cara de la mujer le hicieron pensar en su madre.

—No; ¡para mi *sunzi* (el hijo de mi hijo)! —la mujer hablaba con un suave acento

sureño que sonaba como el agua clara que corre entre riberas verdes. El orgullo henchía sus arrugas.

—¿Qué tiempo tiene?

—Ah, no; todavía no ha nacido —dio golpecitos al jersey como si fuese un niño—. Pero como salga en algo a su padre va a ser un niño muy grande.

—¿Está usted segura de que va a ser niño?

—Es un niño, como está mandado. A mi nuera la tripa le apunta hacia delante: es un niño seguro —asintió con renovada confianza—. Todo el mundo lo dice.

—La Abuela tiene suerte —dijo Mei, contenta de ver una cara feliz.

—¿Qué puedo hacer por ti, mi niña? —preguntó la sonriente mujer.

—¿Dónde se puede encontrar algo de comer por aquí?

—Hay algunas cafeterías nocturnas dos manzanas más arriba. Pero no todas son limpias, ¿sabes lo que te quiero decir? Vete al sitio de mi nuera; se llama Lai Chun: Llegada de la Primavera.

La mujer puso su labor en un cestillo y se levantó de la silla. Era menuda y se movía con mano rápida y pie ligero. Era una mujer a la que le gustaba trabajar, y el trabajo la había mantenido joven de aspecto.

—Mi hijo está en el restaurante echando una mano. ¿Podrías darle un recado de mi parte? Se llama Lao Da. Dile que estoy un poco cansada. Debería volver y cerrar la recepción para la noche.

—¿Es de su hijo este hotel?

—Cielos, no. Nosotros no tenemos tanto dinero. Pertenece a mi primo, un tío segundo suyo. Mi hijo sólo se ocupa de él, ayuda a llevarlo, por así decirlo. Es un buen arreglo. Hemos podido venir a Pekín, y aquí tenemos cuarto gratis. El Lai Chun sí es de ellos: un negocio pequeño y agradable. Mi nuera es muy buena cocinera. La llaman la Reina del Wentún. Antes solía ayudar a mi hijo aquí, haciendo la limpieza. Ahora lleva el restaurante. Una mujer muy capaz, esta nuera mía. Cuando no hay mucho que hacer aquí, mi hijo se acerca por allí a ayudarla. Están intentando pagar todas las deudas lo antes posible para comprarle por fin su parte al tío.

La mujer se detuvo bajo la solitaria luz amarilla y le indicó el camino. Mei le dio las gracias y volvió a adentrarse en la oscuridad.

Algo más allá calle abajo, Mei se encontró en la esquina de un sucio callejón, exactamente como había descrito la anciana. Era como otro mundo. El callejón olía tanto a orina como a comida. Por la derecha estaba oscuro, amurallado de casitas con tejado de alquitrán. Al pie del muro había montones de desechos, ladrillos sueltos, basura y chatarra de sartenes o bicicletas viejas. El lado izquierdo del callejón lo delimitaban casitas similares, pero éstas mostraban sus fachadas, brillantemente iluminadas y bulliciosas. Eran las cafeterías nocturnas en las que la mayoría de los huéspedes de hotel pasaban la velada.

Mei anduvo entre el resplandor amarillo que se filtraba fuera de las ventanas. Su

sombra en el muro era larga y curvada. La mayor parte de las ventanas estaban empañadas, velando las figuras que se movían dentro.

Una de las puertas se abrió. Un hombre joven salió con una jofaina de agua sucia y la vació junto al muro. Le echó a Mei una mirada lo bastante larga para hacerla sentirse incómoda.

El Lai Chun estaba hacia el fondo del callejón. Era un sitio pequeño pero aireado, con mesas blancas de plástico y sillas también de plástico. Había como una docena de clientes comiendo ruidosamente de grandes cuencos de sopa. Un joven de pies ligeros iba y venía entre las mesas y la cocina, que estaba escondida tras una cortina de flores. Tenía la misma expresión alegre que la anciana de la pensión.

—¡Jefe, salsa de soja! —llamó uno de los clientes.

Casi a la carrera, el joven le llevó la botella de salsa de soja, la dejó sobre la mesa y se volvió hacia Mei:

—Lo siento, no hay ninguna mesa libre; cinco minutos, espere por favor, en cinco minutos le tengo una mesa —también hablando era rápido.

—Estoy bien. Tu madre me ha pedido que te dé un recado —dijo Mei.

—¿Mi madre? —él detuvo su ajetreo.

—Dice que está cansada y que puedes volver para cerrar la recepción. Sólo es eso.

«¿Mi madre?», dudaron sus ojos. Eran brillantes y animosos.

—Sí, tu madre. ¿No eres tú Lao Da? Vengo ahora mismo de la pensión.

Sonrió como si se le acabara de activar algún mecanismo.

—Sí —dijo—, mi madre quiere que cierre la recepción. Gracias.

Volvió a toda prisa a la cocina, recogiendo cuencos vacíos y palillos sucios a su paso.

Cuando se hubo marchado, la cortina de la cocina se dividió y salió una mujer en avanzado estado de embarazo secándose las manos en el delantal. Saludó a los habituales con un «Hola, viejo Huang» y un «¿Cómo está, tío Ma?».

—Reina del Wentún, date un respiro —le dijeron ellos.

A ella se le iluminó la mirada.

—Estoy bien. Coman sin prisa —se iba inclinando ante sus clientes a medida que pasaba junto a ellos.

Trajo una silla para Mei.

—Gracias por el mensaje, Hermana Mayor. Lao Da suele volver a ver cómo anda Madre, pero hoy hemos estado ocupados. De todas formas, la hora punta ya ha pasado. Ahora está la gente que acaba de llegar en el tren nocturno, nada más. ¿No le importa sentarse aquí? Déjeme que le prepare un plato de mis *wentún* especiales.

—Eso estaría bien: estoy muerta de hambre —sonrió Mei.

—Bien —ella dio una palmada al juntar las manos. Tenía las mejillas salpicadas de manchas del embarazo, y aun así a Mei le costaba imaginar una cara más agradable.

Los *wentún* estaban exquisitos. La envoltura estaba hecha de láminas de pasta al huevo finas como el papel y liada a mano con relleno de carne fresca y de marisco. Se le

deshacían en la boca. El caldo era tan sabroso que tenía que proceder de huesos hervidos pacientemente a fuego lento durante días.

Lao Da regresó y se metió en la cocina. La Reina del Wentún vino a sentarse junto a Mei, preguntándole qué tal estaba la comida. Al fondo, los habituales bebían aguardiente de arroz y charlaban.

—Deliciosa: los mejores que he probado —dijo Mei.

Aquello pareció complacer a la Reina del Wentún.

—Bien —dijo—. Vuelva más veces, ya le llenaré un poco más el cuenco —movió su silla hacia delante y se inclinó hacia Mei como una comadre conversando en un mercado—. Ya sé que no es asunto mío, pero no vienen por aquí muchas chicas, sobre todo solas. Bueno, a veces sí; pero usted no parece de ese tipo...

—Pues no, no me he escapado de casa, y no, tampoco estoy casada... —Mei negó con la cabeza—. Pero tiene razón: estoy aquí por un motivo. Estoy buscando a un hombre que se llama Zhang Hong, un tipo con pinta de duro, con mucho músculo y una cicatriz por encima del ojo izquierdo. Sabe, su mujer es pariente lejana mía. Viven en Luoyang. Ella está preocupada porque él no ha vuelto a casa. Había venido a Pekín a vender una antigüedad y se suponía que luego tenía que volverse con el dinero.

—¿Cuánto hace que se fue?

—Más de dos semanas.

—¿Y si todavía no ha resuelto el negocio?

—Está hecho. Él tiene el dinero.

—Ya veo. Bueno, yo estoy mucho en la cocina. Pero si ese Zhang Hong ha estado por aquí, mis habituales lo sabrán. Espere aquí —puso una mano en la mesa y la otra en la silla y se empujó hacia arriba. Se fue bamboleándose a ver a sus clientes habituales.

Enseguida llamó con la mano a Mei.

—Igual quiere mirar en el Venga la Suerte. Todos los que tienen dinero van allí, ¿no? —la persona que hablaba era el llamado tío Ma. Era un hombrecillo despierto de ojos como cabezas de alfiler y edad avanzada.

El viejo Huang, de rostro grasiento, interrumpió:

—El Venga la Suerte es caro, pero por las noches siempre está abarrotado, aunque, sinceramente, no sé por qué. Bueno, supongo que sí lo sé: es el único centro de entretenimiento nocturno que hay por aquí. Tiene máquina de karaoke y, por supuesto, esas chicas. Uno diría que los pobres idiotas de provincias no pueden permitirse ir allí; pues todas las noches llenan el sitio como si fuera la última noche de sus vidas.

—También van algunos de por aquí —añadió el tío Ma, echándole una mirada a su amigo por encima de la mesa—. Ya sabes de qué tipo, pervertidos y matones.

El viejo Huang se encogió de hombros.

—Las bebidas allí son caras, pero un viajero solitario puede conseguir algo de acción, acercarse a la piel de una mujer. Y, si tiene dinero, jugar una partida de póker; hasta puede que tenga suerte. Jugarse el dinero está mal y es ilegal: ésa es la política del

Partido, y para mí es la correcta. Pero un poquito de vez en cuando no hace daño a nadie. El tío Ma y yo vamos alguna vez al Venga la Suerte a jugar una partida de *mah-jong*: treinta o cuarenta yuanes, sólo para divertirnos. Alguna vez ganamos una manita. Pero no somos adictos; si uno es adicto, entonces el juego es mortal. El *mah-jong* es otra cosa. Es un juego más elaborado, no depende tanto de la suerte.

—¿Les importaría llevarme al Venga la Suerte? —preguntó Mei, sonriendo. Sus grandes ojos aletearon como luciérnagas en una noche de verano—. Verán, es que han visto a Zhang Hong por ahí con una amiga joven. Su mujer le quiere de vuelta antes de que todo el dinero se haya esfumado.

—Bueno, si él es del tipo jugador, no habrá nada que lo pare —dijo el viejo Huang, con aire sagaz. Al parecer le complacía que una guapa joven le necesitara. Se volvió a su amigo—. ¿Tú quieres ir? Como se entere tu mujer...

—Sí —dijo el tío Ma con rapidez, bajando la cabeza y lanzando con sus pequeños ojos una mirada avergonzada a la mesa donde reposaban sus manos y donde el té se había enfriado en su taza—. Yo también voy.

Salieron los tres hacia el Venga la Suerte.

Era un lugar de sombras, con lámparas rojas sobre las mesas por toda iluminación. Olía a aguardiente de arroz hervido. En una mesa, a la izquierda de Mei, cuatro hombres apostaban sobre cuánto eran capaces de beber; la mesa estaba sucia de cacahuets hervidos con sal y botellas de cerveza vacías. A la derecha, dos hombres jugaban a los chinos, cantando canciones para animarse a beber y riéndose. Querían que sus acompañantes femeninas se unieran al juego, pero las mujeres se limitaban a soltar risitas y agitar las cabezas como sonajeros. Detrás de la barra, dos camareras cuchicheaban e intercambiaban miradas cargadas de intención; al parecer hablaban de un hombre que estaba bebiendo solo en una esquina.

Había un grupo de jóvenes del barrio sentados a la gran mesa del centro de la sala, todos ellos fumando y bebiendo y compartiendo la misma expresión dura. Uno de ellos era una chica, bien fuera la chica del cabecilla o la cabecilla misma. A excepción de un chico atractivo, todos se movían con cuidado a su alrededor, mostrándole gran respeto.

El encargado saludó calurosamente al viejo Huang y al tío Ma. Preguntó por la señora Ma, por su estado de ánimo y por el tiempo que iba a hacer al día siguiente. Les señaló una mesa vacía en un rincón. El viejo Huang le dijo algo al oído, a lo que el encargado asintió y respondió:

—Por supuesto, pasen adentro.

Atravesaron la cocina. Había dos cocineras sentadas ante platos de tiras de carne de pollo y verduras rehogadas, cenando fuera de hora. Apenas parpadearon cuando Mei y su escolta pasaron ante ellas. Sobre los fríos fogones, sartenes cubiertas de la grasa de varios meses de uso permanecían ociosas. Había cajas de cartón abiertas y botellas de salsa medio agotadas desparramadas por todo. Un pollo decapitado yacía sobre la madera de una tabla de cortar junto a un enorme cuchillo de acero.

Pasada la cocina había un salón de juego. Los tubos halógenos ardían por encima del humo, y en el aire flotaba punzante el ácido olor de la cerveza. El techo era bajo y el suelo estaba frío, pero eso al parecer no incomodaba a nadie. Había una atmósfera de calma, como en un fumadero de opio donde los clientes fueran ya por la tercera pipa.

El juego era el opio de aquella gente. De día podían dedicarse a cualesquiera ocupaciones: podían ser maestros de escuela, o bien opulentos funcionarios. Uno podía encontrarse allí a una dulce abuelita con dentadura postiza o a un padre que no permitía

a sus hijos la menor brizna de libertad. Algunos probablemente habían mentido, diciendo que iban a visitar a unos vecinos o a reunirse con unos amigos. Algunos no habían logrado eludir los reproches de la esposa histérica o del iracundo marido, y se sentaban a sus mesas descorazonados y avergonzados. Pero eran más frecuentes las expresiones de liberación y alivio: aquéllos eran los viajeros que estaban a miles de kilómetros de sus casas. En la inmensidad anónima de la ciudad se hallaban fuera del alcance de cualquier conocido y podían de verdad dejarse llevar.

—Qué, vecinos, ¿otra mano de *mah-jong*? —les saludó un hombre bajo y cincuentón en un tono que no pretendía ser agradable. Le echó una mirada suspicaz a Mei. Tenía una tripa que parecía una rueda de repuesto.

—Es Lao Xia —le susurró a Mei el tío Ma—. Se ocupa de las mesas de juego.

El viejo Huang sacó un paquete de Marlboro medio vacío y lo abrió de una sacudida, de modo que los pitillos se alinearon limpiamente asomando las boquillas. Lao Xia sacó uno del paquete; el viejo Huang se lo encendió.

—No te inquietes, es una amiga de la Reina del Wentún —dijo el viejo Huang, devolviendo el paquete a su bolsillo. Mei recordó que el viejo Huang había estado fumando una marca nacional más barata en el restaurante.

—¿Apuestas fuertes? —el viejo Huang señaló con la barbilla hacia las mesas de póker.

El viejo Xia dio varias caladas a su pitillo pero no respondió. Paseó la mirada por las mesas y la gente que las rodeaba con una expresión seria que parecía dar a entender que estaba ocurriendo algo importante.

Había tres mesas, cada una con cuatro personas apiñadas alrededor. En una de ellas, dos policías de uniforme estaban siendo bien atendidos por una chica de grandes pechos. Zhang Hong no estaba entre los jugadores.

En una de las mesas de *mah-jong*, una mujer exclamó de pronto «¡*Mah-jong*!» y tumbó su muralla de fichas. Se puso de pie, resplandeciente de emoción, para agarrar los billetes que había ganado. Tenía unos cuarenta y cinco años, era una mujer carnosa de estructura menuda, de labios finos, el superior más fino y más ancho que el de abajo. Un par de gruesos párpados le aplastaban los ojos hasta hacer de ellos dos finas líneas, lo que producía la impresión de que estaba mirando de reojo todo el tiempo. Su apretada camiseta se adhería a un par de pechos grandes como melones.

El tío Ma se inclinó hacia delante:

—La señora Xia ha ganado otra vez.

Los compañeros de la señora Xia parecían desanimados. Se levantaron para marcharse, con un aspecto tan lúgubre como si acabaran de perder sus medios de subsistencia.

—Viejo Huang, viejo Ma —gritó la señora Xia, llamándoles con las manos.

Se dirigieron los tres a la cuadrada mesa de *mah-jong*. El viejo Huang y el tío Ma se sentaron. La señora Xia miró a Mei y a la silla desocupada que había junto a ella.

—¿Tú juegas? —le preguntó.

—No —dijo despacio Mei. No era del todo cierto. Había jugado antes, en el ministerio. Pero siempre había odiado el juego—. No lo suficiente para apostar dinero —añadió.

—Está bien, en la primera ronda no apostamos —dijo la señora Xia, que ya había empezado a revolver las fichas—. Siéntate. A mi marido no le gusta que venga aquí a jugar. Le preocupa el dinero. A mí el dinero en realidad no me importa. Vengo a jugar al *mah-jong* y ya está.

Sus dedos de salchicha se movían con tanta calma como si estuviera haciendo tareas domésticas.

—¿Y de qué conoces a este par de pájaros?

—Del Lai Chun —replicó el viejo Huang, fumando uno de sus pitillos baratos.

La señora Xia empezó a levantar su muralla de fichas. Mirando al perfil de Mei, preguntó:

—Tú eres pekinesa, ¿verdad? ¿Qué hacías en el Lai Chun?

Mei se tomó su tiempo, mientras alineaba cuidadosamente sus fichas. Cuando terminó, alzó la mirada y vio que la señora Xia estaba esperando una respuesta.

—Iba buscando a una persona y me he hecho amiga de la Reina del Wentún —dijo.

—Está buscando a un tipo de Luoyang que se llama Zhang Hong —dijo el viejo Huang, irritado—: el muy cerdo vino a Pekín a vender cosas viejas...

—Antigüedades —le interrumpió el tío Ma en voz casi inaudible, y luego se apresuró a replegarse a su propia sombra.

—Lo que sea. Y escuche: el tipo se hace con el dinero, con un montón de dinero; pero no se vuelve a casa con su mujer. En lugar de eso, coge a una jovencita y se pega la gran vida en Pekín —el viejo Huang sopló algo de humo y dejó caer una ficha sobre la mesa. Mei la recogió.

—Ah, otro de éstos. Los hombres... ¿cómo puede una confiar en ellos? —la señora Xia repasó la muralla de fichas que tenía delante con ojos inquisitivos. Al otro lado de la mesa, el tío Ma hundía la cabeza entre sus fichas como un niño en una tienda de caramelos.

—¿Qué aspecto tiene ese Zhang Hong? —preguntó la señora Xia, cogiendo una nueva ficha.

—Tiene una cicatriz sobre la ceja izquierda, es de estatura media y de complexión fuerte —dijo Mei, ateniéndose a los hechos.

La señora Xia movió la cabeza.

—No me suena haberle visto por aquí, pero claro, tampoco vengo todos los días. Y mi marido por supuesto nunca me cuenta nada: es muy discreto. Pero yo me entero de las cosas de todas formas —miró a Mei—. Mira, las chicas de por aquí saben un montón. Deja que pregunte a la chica que suele atenderme, Liu Lili: es una de las camareras del salón de juego. Aunque esta noche no la he visto.

No se dijo nada más. Jugaron al *mah-jong*, turnándose para cambiar sus fichas.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? ¿Diez mil, veinte mil yuanes? —al fin la señora

Xia hizo la pregunta que le estaba traspasando el corazón.

—Mucho más —dijo Mei.

—¡Cielo santo! —exclamó la señora Xia, golpeando la mesa con una ficha.

—Lo bastante como para comprarse a una de esas chicas —subrayó el viejo Huang con una sonrisa socarrona.

La señora Xia le lanzó una mirada afilada, que no le hizo mella. El viejo Huang se limitó a torcer el gesto, mientras con las manos acariciaba una ficha como si quisiera asfixiarla. El tío Ma soltó una risita desagradable.

—Vamos a tomar un té —la señora Xia hizo señas con la mano a su marido; él se acercó a la mesa y luego salió de la sala de juego.

La señora Xia miró sonriente a Mei y con ensayada voz de algarroba le preguntó:

—¿Y qué reliquia es esa que puede costar tanto dinero?

—Algo muy antiguo. Me han dicho que era de la época de la dinastía Han.

—Tiene que ser anterior a los Ming —dijo el viejo Huang con aire de entendido, hablando como si fuera un auténtico experto—. Ya no nos queda nada como eso en Pekín. Lo destrozaron todo en la Revolución Cultural. Hoy en día sólo se encuentra ese tipo de cosas en el campo.

—Me lo imagino —la señora Xia dejó de mover las fichas—. La Gran Esposa Li del segundo piso se trajo antigüedades cuando fue a visitar a la gente que había conocido en la época del campo de trabajo. No sé si las vendió. Ah, ¿más de veinte mil yuanes, dices? Yo tengo parientes en mi tierra, un pueblecito del sur. Me pregunto si ellos tendrán algo como eso.

Inclinó la cabeza hacia un lado como si se la estuviera sobrecargando la súbita magnitud de sus pensamientos.

—¿Cómo se puede saber si son auténticas? ¿Adónde se puede ir a venderlas?

—Las tiendas de Liulichang las compran —dijo Mei.

Pudo sentir cómo la emprendedora mente de la señora Xia alzaba el vuelo. En aquellos tiempos todo el mundo era emprendedor. Unas pocas apuestas, un poco de compraventa en la avanzadilla del mercado de existencias locales y una visita a los parientes pobres con la esperanza de hallar antigüedades de valor, eran cosa de todos los días.

Una de las chicas encargadas del té entró con una tetera de porcelana marrón y una pila de vasos de plástico. Les sirvió el té a todos.

—¿Dónde está Lili? —le preguntó la señora Xia.

—Lleva algunos días sin venir a trabajar —respondió la chica del té. Tenía la barbilla larga y el rostro inexpresivo, la mirada torcida, el pelo corto peinado con raya en medio. Era muy joven, de unos dieciséis o diecisiete años.

En una de las mesas de póker había explotado algún tipo de refriega. Alguien rompió una botella de cerveza, y alguien gritó «¡Vete a joder a tu madre!».

De pronto, todos se quedaron quietos. Los dos policías se levantaron. El viejo Xia,

con cara de palo, se fue hacia ellos con los puños cerrados. Daba la impresión de que podía llegar a ser cruel cuando se enfadaba.

Mei cogió su bolso de debajo de la mesa y dijo que iba al cuarto de baño. Al parecer nadie la oyó, o a nadie le importó. Salió por la cocina. Las dos cocineras habían desaparecido.

Encontró a la chica de mirada torcida en el salón delantero. Las luces parecían haberse atenuado. Los mismos grupos de borrachos revoloteaban alrededor de las mismas mesas y las mismas chicas, sus canciones ya distorsionadas por el alcohol.

La chica del té estaba sentada en una silla mordiéndose las uñas y mirando al vacío.

—Hay una pelea ahí dentro —dijo Mei, apoyándose en el mostrador.

La chica del té la miró de soslayo y no dijo nada.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí?

—Dos años —dijo de mala gana la chica.

—¿No prefieres alternar con los clientes?

La chica le lanzó una mirada feroz.

—¿Y a usted qué le importa?

—Nada. Sólo pensaba que se debe ganar más dinero.

—A mí no me permiten beber con los clientes. ¿No ve la cara de mala suerte que tengo? De todas formas ese dinero no me interesa: no es limpio.

—¿Y qué pasa con Lili? ¿A ella sí le interesa el dinero? —Mei se sentó en una silla libre cerca de la chica.

—Ah, sí —respondió ésta. Una sombra oscura se deslizó casi imperceptiblemente por su rostro—. A ella le encanta.

—¿Y por eso se fue con Zhang Hong?

La chica del té paró de trajinarse las uñas.

—¿Es usted policía?

—No —dijo Mei.

La chica alzó la vista. Parecía estar preguntándose si debía creer a Mei. Estiró la barbilla hacia delante con aire ausente.

Lentamente, Mei sacó y contó tres billetes de cien yuanes y los plegó en un rollo. Observó cómo miraba la chica sus manos.

—¿Dónde puedo encontrarla?

La chica del té cogió el dinero.

—Lili vive con sus padres. Hutong Wutan, número 6, al lado de la calle del Salón de Exposiciones. Ella lo odia, siempre está intentando ganar dinero suficiente para largarse de allí.

Mei anotó la dirección en su libreta. Le dio las gracias a la chica del té y se levantó para irse.

—Señorita —Mei se volvió y vio a la chica de pie, apoyada en el mostrador, sujetando el

dinero con la mano dentro del bolsillo del pantalón—. Lili volverá, ya lo verá —dijo—. Siempre vuelve.

Mei esperó, pero la chica del té no dijo nada más. En lugar de eso se dio la vuelta y se puso a mirar otra vez al vacío.

Se había levantado viento. Mei se alzó el cuello de la chaqueta. Las farolas de la calle se habían apagado y por encima de su cabeza los cables se extendían hacia la oscuridad. Mei anduvo sin hacer ruido por las estrechas callejas, pasando edificios abandonados, casucas ruinosas y la imprecisa luz de alguna que otra ventana. La ciudad dormía. Llegó a la calle del Lago de los Lotos y vio ante ella las luces de la estación de tren.

Una vez dentro de su coche, sacó el plano de la ciudad y escudriñó los *hutong* cercanos a la calle del Salón de Exposiciones en busca del Hutong Wutan.

Cuando lo encontró, giró la llave para arrancar. El Mitsubishi temblequeó, su motor zumbó. Mei encendió los faros. Era la una menos diez de la madrugada. Sacó el coche del aparcamiento y se encaminó hacia la calle de Lago de los Lotos.

Fue hacia el norte hasta la calle de la Nube Blanca y condujo un kilómetro y medio junto a talludos castaños y anónimos edificios de apartamentos grises. Cruzó el foso de la ciudad y continuó por la prolongación hacia el oeste del paseo de la Paz Eterna. Hizo una larga inspiración y repitió en silencio las palabras: «paz eterna». Qué bello deseo, y qué apropiado nombre para la calle que llevaba a la Ciudad Prohibida. Pensó en las dinastías doradas del pasado. En el silencio de la noche, estaba recorriendo a toda velocidad las solitarias calles de la capital septentrional de Kublai Jan en su pequeño Mitsubishi rojo, y en algún lugar a sus espaldas creyó oír al fantasma del tiempo.

Veinte minutos más tarde, Mei giró hacia la calle del Salón de Exposiciones, y luego hacia una calle de un solo sentido que serpenteaba antes de convertirse en un camino de tierra sin iluminación. Poco a poco el camino se fue estrechando hasta un punto en que las casas bajas que lo flanqueaban, con sus patios y sus pertenencias, le impidieron continuar. Apagó el motor y salió del coche.

La mancha oval de su linterna se desplazaba como una lupa, revelando piedrecillas, papeles de caramelo y jirones de plástico y de papel. Había una mancha de vómito, pálido y todavía húmedo, apilado junto a una casa que estaba a su izquierda. A su lado había un viejo baúl, con pertenencias que nadie quería desparramándose hacia fuera, y dos bicicletas herrumbrosas. Un par de calcetines blancos se balanceaba en la cuerda de tender que había encima como un par de banderas que admitieran la derrota.

Mei encontró el número 6, pintado recientemente aunque de cualquier manera. Con el viento y la lluvia, la doble puerta de madera había encogido y se había astillado por los

bordes. Mei apagó la linterna y empujó despacio la puerta para abrirla: crujió como un hombre sediento que pide agua a gritos.

El patio estaba oscuro salvo por el amarillo pálido de una ventana en la casa del lado oeste. No había sonido ni movimiento alguno en ninguna de las dependencias. La luz la tenían que haber dejado encendida para alguien de quien aún se esperaba que volviera a casa.

Mei retrocedió hasta salir sin hacer ruido, dejando la puerta entornada. No sabía si en la casa del lado oeste vivía la familia de Lili, pero algo le dijo que esperara. A una hija, por descarriada que esté, rara vez se le permite que duerma fuera.

Llevó su coche fuera del estrecho camino, se detuvo a unas pocas sombras de la entrada del Hutong Wutan y apagó el motor. Al rato sus ojos empezaron a adaptarse y fue capaz de descifrar algunas formas a su alrededor: una caseta de aperos de un metro de alto construida indudablemente sin permiso, una lámina de alquitrán que se había caído de un tejado, y árboles secos. Una ráfaga de viento arrastró una hoja de periódico haciendo remolinos hacia el interior del callejón.

Mei pensó en su madre, que permanecía dentro del blanco espacio del hospital. Se preguntó qué tal estaría pasando la noche y si el dolor la habría mantenido despierta. Intentó imaginar su cara, pero en vez de eso la vio moviéndose activamente por su apartamento la última vez que Mei la había visitado. Mamá había hecho pescado para comer. Más tarde habían discutido.

«Lo siento», dijo calladamente Mei. Mamá estaba demasiado lejos para oírla.

Un taxi entró en el callejón y se paró a cierta distancia de ella. El conductor apagó el motor, pero dejó los faros encendidos, silueteando dos figuras, una más alta que la otra, que se alejaban del coche. Sus sombras se alargaron hacia la noche.

Eran un hombre y una mujer. Mei contempló cómo andaban con paso poco firme hacia el oscuro *hutong*.

Algo metálico, quizá una bicicleta, se derrumbó, resonando en el silencio. Luego se oyó otro estrépito ahogado un poco más allá. Mei esperó, con los ojos y la mente atentos.

Unos pocos minutos después, el hombre salió del *hutong*, dando tumbos hacia la luz cegadora de los faros. Su sombra se hizo más larga y se convirtió en un monstruo de cabeza pequeña.

Luego desapareció. Se encendió el motor. Los faros se estremecieron, acelerando hacia el coche de Mei. Ella hundió la cabeza bajo el salpicadero.

El taxi traqueteó hacia el interior del *hutong* y giró a la izquierda para tomar la calle principal. Mei esperó a que estuviera a una pequeña distancia por delante de ella y luego lo siguió afuera con los faros apagados.

Ya en la calle del Salón de Exposiciones, Mei encendió los faros. El taxi se dirigió hacia el sur, y luego hacia el este hasta la Puerta de la Gloria, donde describió una curva bajo el paso elevado para meterse en una lateral. Había una luz en la puerta de un hotel recién

estrenado. El cartel inaugural todavía estaba colgado sobre la entrada: «Celebremos la inauguración del Hotel Esplendor».

El taxi se desvió hacia el paso de coches del hotel. Mei se detuvo en la acera y apagó las luces. Contempló la espalda del hombre que desaparecía dentro del hotel, dando bandazos de un lado a otro. Un minuto después, el taxi volvió a ponerse en marcha, con los faros llameantes, para regresar a las calles de paseantes sin rumbo y soñadores.

Mei se fue a casa en su coche, feliz de saber que podía volver a la mañana siguiente y encontrar a Zhang Hong.

–Vengo a ver a Zhang Hong –le dijo Mei al recepcionista del hotel Esplendor. Miró su reloj de pulsera: eran casi las once de la mañana.

–Habitación 402 –sonrió él solícito, mostrando sus pulcros dientes blancos.

–Eso sí que es buen servicio. Ni siquiera has tenido que comprobarlo –Mei estaba impresionada.

El joven recepcionista se sonrojó y bajó los ojos. «Bastante atractivo», pensó Mei.

–Exagera usted, señorita. Ya me gustaría a mí hacerlo así de bien. No, sólo me acuerdo del número porque lo he consultado para otra persona hace un rato.

Esa otra persona no podía ser Lili. Ella habría ido directa a la habitación.

–¿Cuándo ha sido eso?

–Hace diez o quizá quince minutos.

Alguien le llamó.

–Discúlpeme –dijo. En el otro extremo del mostrador, una pareja discutía por algo. La mujer señalaba y hacía aspavientos con las manos.

Mei salió de la recepción y anduvo por un pasillo alfombrado. Estaba bien iluminado y olía a pintura nueva. Mei apretó el botón y escuchó el ascensor. Crujía desde algún punto del interior del muro y por fin se detuvo con una sacudida. Mei se metió dentro.

Paseó los ojos por los números de las puertas en el pasillo de aspecto nuevo de la cuarta planta.

De pronto oyó pasos apresurados. Se detuvo. Una figura salió de detrás de una esquina y pasó a su lado a toda velocidad. Ella se volvió a tiempo de ver la espalda de un hombre que desaparecía escaleras abajo.

Mei corrió. La puerta de la habitación 402 estaba entornada.

Una ligera brisa entraba por la ventana medio abierta, moviendo una fina cortina blanca. La habitación había sido registrada. Había un edredón de plumas floreado, almohadas y prendas de ropa de hombre tirados por el suelo. Una maleta había sido vuelta del revés. Una de las lamparillas de noche se había caído al suelo. El colchón había sido volteado y colgaba por fuera de la cama.

Una costosa botella de aguardiente de arroz Wuliangye («Líquido de los Cinco Virtuosos»)³ yacía en el suelo y el cuarto apestaba a su contenido derramado. Un vasito de licor, de porcelana, había rodado hasta la ventana, donde descansaba de lado.

En el suelo había un cuerpo rígido con un chándal nuevo. Mei dio un respingo al ver

su rostro: estaba congelado en una mueca de espanto. Le había salido sangre de la nariz y la boca. La cicatriz de la ceja, menos azulencas que el resto, miraba hacia Mei con insolencia, como si estuviera viva.

Ella se tapó la boca. Su respiración se acortó. De pronto le faltaba el aire, las manos le temblaron y el cuerpo se le estremeció. Retrocedió hasta chocar con la pared.

El leve zumbido de una motocicleta pasó por algún lugar distante. El sol de primavera se filtraba por la cortina blanca.

Mei contempló aquel rostro con su cicatriz. Por fin había encontrado a Zhang Hong, pero él no iba a responder a ninguna de sus preguntas. Según yacía muerto en retorcida agonía, se le veía pequeño y desvalido. Mei se preguntó qué habría hecho para merecer semejante muerte.

Inspiró profundamente un par de veces y dio algunos pasos. Se acucilló junto al cuerpo y le tocó la cara: la tenía fría como la piedra.

Se levantó. Pensó en las dos sombras que se alejaban andando de los faros amarillos en el Hutong Wutan. También pensó, extrañamente, en la peonía de Luoyang, la flor nacional, con sus barrocos pétalos y sus suaves colores amarillos, rosas y blancos. Nunca había estado en Luoyang, no podía pensar en ninguna otra cosa que perteneciera a esa ciudad. Zhang Hong había sido la primera persona que la conectaba con ella, con ese oeste lejano. ¿Tendría él una familia allí? ¿Estarían aún esperando su vuelta? Mei sintió que el corazón se le anegaba.

Anduvo hacia el cuarto de baño. Quienquiera que hubiera registrado el lugar había hecho un trabajo concienzudo: todo estaba tirado por el suelo. Encontró un neceser de cuero, un cepillo de dientes, toallas, jabón, pasta de dientes, un peine de cuerno de toro, una tira de condones y una botella de Bálsamo de Cinco Flores para cortes y quemaduras.

Mei se preguntó qué sería lo que estaban buscando.

Echó una última mirada al hombre muerto y retrocedió hacia fuera, cerrando la puerta tras ella. En el pasillo reinaba el silencio.

En el vestíbulo había bullicio. Un grupo de cinco hombres con los ojos rojos por el alcohol acababa de llegar con sus bolsas de compras. Habían comido ostensiblemente bien. Una joven de piernas de saltamontes y falda corta taconeaba junto a la puerta, posiblemente esperando a alguien. La pareja discutidora seguía discutiendo; esta vez los aspavientos los hacía el hombre.

Mei se acercó al joven recepcionista del mostrador y dijo:

—Lo mejor será que llames a la policía.

—¿A la policía?

—Sí. Está muerto.

—¿Quién?

—El hombre de la habitación 402, Zhang Hong.

A su sonrisa le costó otros diez segundos evaporarse, luego él saltó hacia el teléfono.

Otros recepcionistas corrieron de aquí para allá. Las cabezas empezaron a volverse, las voces se elevaron. Mei le dio a uno de ellos su tarjeta de visita y le sugirió que se la hiciera llegar a la policía.

Llamaron al director. Los huéspedes se arracimaban en torno a la recepción queriendo enterarse de lo que había ocurrido.

Mei se fue sin hacer ruido. Tenía que encontrar a Lili... rápidamente.

En el paseo de la Puerta de la Gloria, Mei empezó a encontrarse mal. Se arrastró hasta una calle lateral y vomitó. Rebaños de colegiales en chándal blanco con cordoncillo rojo iban de camino a sus casas para comer. Miraron a Mei con el ceño fruncido. Había un kiosco de pipas en la esquina de la calle; Mei se dirigió hacia él. Al extremo del mostrador, un cartel de cartón decía: «Teléfono, tres yuanes por minuto». Dos niñas en chándal se pararon a comprar dulces. Continuaron con su conversación, dándose aires de importancia y mirando con superioridad, riéndose, enganchadas del brazo como si fueran a ser amigas para siempre. Mei compró una botella de coca cola y se la cepilló de un trago. La bebida la ayudó a calmar la náusea. Tras unos pocos minutos fue capaz de volver al coche y seguir conduciendo.

Anduvo por el estrecho pasaje del Hutong Wutan. A la luz del día estaba desbordante de vida. Las abuelas charlaban unas con otras mientras tendían la colada. Sus conversaciones se interrumpían cuando pasaba Mei con sus altos tacones. Una mujer que aparentaba unos cien años estaba sentada en una banqueta de madera junto al muro, sola y sonriente. Dos viejos se habían embebido en una batalla de *go* junto a la puerta de un patio de casas. Tres niños en edad de gatear, con pantalones abiertos por el trasero, jugaban con el lodo y con las hormigas que vivían bajo los árboles secos, sin prestar atención a Mei. Flores silvestres rojas se abrían inadvertidas en lo alto de tejados de ruinosas tejas.

El número 6 se componía de tres casas bajas que rodeaban un patio, formando una U. En otros tiempos aquello habría sido una vivienda unifamiliar. Ahora, tres familias vivían allí. La casa central, de frente a la entrada, era la más grande, y tradicionalmente habría sido la antesala principal. Las casas de los lados este y oeste, más pequeñas, serían los dormitorios.

En mitad del patio se alzaba un viejo árbol marrón. Una familia de urracas había anidado entre sus ramas desnudas. Bajo el árbol, un hombre de mediana edad con gafas de montura negra estaba sentado en un minúsculo taburete de madera con una jofaina de agua. Junto a la jofaina había una traqueteada bicicleta apoyada del revés, ruedas arriba. El hombre sostenía una cámara rosa dentro del agua y trataba de encontrar el pinchazo.

—¿A quién busca? —interrogó a Mei.

—A Liu Lili.

Durante casi un minuto el hombre observó a Mei desde detrás de sus gafas. Finalmente señaló a la casa del lado oeste y escupió.

Mei le dio las gracias y se acercó a la puerta. Llamó varias veces, haciendo rechinar el estrecho marco de madera. A los dos minutos, una voz suave se alzó desde el interior:

—¿Quién es?

—Me llamo Wang Mei. Me gustaría hablar contigo.

No hubo respuesta. Lo intentó otra vez:

—Es muy importante; se trata de Zhang Hong.

En la ventana, las cortinas de flores se separaron apenas unos centímetros. Apareció un par de ojos. Mei sonrió. Veinte segundos después, la puerta se abrió. Lo primero que notó Mei fue el olor, inconfundiblemente amargo y lo bastante fuerte para incomodar al vecindario. Era un olor que a Mei le resultaba conocido, o quizás incluso familiar. Le recordó los oscuros días de invierno de su infancia. De niña, Mei era bastante enfermiza y su madre la llevaba con frecuencia a ver a los especialistas en hierbas chinas.

—¿Estás enferma? —preguntó.

Lili se sentó junto a una mesa de comedor cuadrada cubierta con un blanco mantel bordado. Llevaba un chaleco masculino de lana sobre un escaso vestidito negro. Tenía una media melena permanentada y un gran flequillo alrededor de los ojos redondos. Con sus mejillas redondas y el mohín de los labios parecía una niña, aunque Mei no habría sabido decir qué edad tenía exactamente.

Lili echó una mirada al puchero de barro que hervía sobre el hornillo.

—Nada grave —dijo.

Vaharadas de humo negro salían del hornillo, se deslizaban a lo largo de la pared y se iban por un agujero abierto en las tablas que cubrían la ventana.

—Conozco un médico muy bueno en el Instituto de Investigación de Medicina China, por si necesitas una segunda opinión —dijo Mei. Los especialistas en hierbas chinas tenían fama de no estar nunca de acuerdo unos con otros.

La luz de la mirada de Lili era suave, igual que su voz:

—Siéntate, por favor. ¿Te ha hablado Zhang Hong de mí? —no estaba nerviosa ni especialmente solícita. Se peinó la melena con los dedos.

—No, no me ha dicho nada. ¿Estás enamorada de él?

Lili se echó a reír:

—¿Es que no sabes que tiene la edad de mi padre?

—Pero te gusta.

—No sé. Es un jugador, con todo lo que eso implica. Pero me trata bien... quiero decir, con respeto.

Cruzó una pierna por encima de la otra y columpió la zapatilla con los dedos del pie.

—¿Cómo os conocisteis?

—¿Y tú quién eres? —Lili ladeó la cabeza y volvió a deslizar los rosados dedos por su melena.

Mei le pasó una tarjeta, que Lili leyó dos o tres veces.

—¿Qué es una consultoría de información?

—La gente me paga por buscar algo o a alguien. Por ejemplo, un coleccionista me contrató para buscar una antigüedad de la que puede que Zhang Hong supiera algo. No, no me refiero a la vasija ritual de los Han.

—¿Qué ha dicho él?

—No he tenido ocasión de preguntarle.

Lili jugueteó con la tarjeta y sonrió.

—Ha perdido todo el dinero que ganó con la vasija de los Han, ¿te lo puedes creer?

—¿Que ha hecho qué? —se sobresaltó Mei.

—Oh, fuimos a apostar fuerte en un centro de ocio del distrito oeste. Tuvo la peor suerte del mundo. Pero no hay de qué preocuparse, ayer me dijo que muy pronto volverá a ser rico —Lili jugueteó con las flores de plástico que había en un jarrón sobre la mesa—. Cuando estuvo en el Venga la Suerte, de hecho ganó varias veces; cuando eso ocurría nos íbamos a comer a restaurantes caros y luego me llevaba de compras.

La conversación sobre el juego debió de recordarle algo. Se levantó de pronto.

—Disculpa —dijo. Desapareció tras una cortina azul en lo que Mei supuso que era su dormitorio.

Cuando volvió llevaba en las manos un paquete de tabaco y un mechero. Se paró junto al hornillo y levantó el puchero de barro con un atizador. Luego, con el mismo atizador, cogió una pesada tapa de hierro y cubrió el hornillo. Empujó y giró la tapa hasta asentarla perfectamente en la boca del hornillo. Luego colocó encima de ella el puchero de barro.

—¿Podemos ir fuera? Me muero por fumar —dijo—. Mis padres no me dejan fumar dentro de casa.

Una vez fuera, se apoyó en el marco de la puerta y se rodeó de anillos de humo.

—¿Sabes para qué es la medicina? —dijo de pronto.

Mei observó la cara de Lili y se preguntó qué edad tendría.

—Es para enfermedades femeninas. Me dan unos calambres horribles cuando tengo la regla, tan fuertes que a veces tengo ganas de morirme. Es una tortura que no se acaba nunca. Por eso siempre faltó al trabajo cuatro o cinco días al mes. Ya nadie le da importancia a eso.

—¿Y la medicina funciona?

—Espero que sí. Voy por la quinta dosis. Creo que el dolor va mejorando, pero no puedo estar segura. A veces me produce náuseas. El especialista en hierbas dice que es lo normal.

Alzó la vista hacia el árbol marrón.

—¿Ves a ese hombre que está ahí? Lleva un tiempo sin trabajo. Se pasa todo el día por aquí y se dedica a espiarme —le asestó al hombre una mirada hostil y él se dio la vuelta rápidamente.

—¿Qué es lo que estás mirando, viejo asqueroso? —le gritó—. Se cree que soy un pendón —le explicó a Mei, y volvió a gritar—: ¡Yo por lo menos no me estoy comiendo el pan de mi mujer!

»Lo que me interesa, desde luego, es el dinero —continuó, dirigiéndose a Mei—. Mira este sitio: no hay gas, no hay agua corriente ni calefacción central, no hay intimidad. La casa está llena de trastos que no valen nada. Juro que no pienso vivir jamás como mis padres. Salgo con clientes del Venga la Suerte. Vamos a restaurantes de lujo y a clubs nocturnos —aspiró brutalmente del pitillo y exhaló uno tras otro sus anillos de humo perfectamente formados.

—Mis padres piensan que soy un pendón. Las otras chicas del Venga la Suerte piensan que soy un pendón. Como si ellas fueran mejores. ¿Qué diferencia hay entre ellas y yo? Ellas permiten que los hombres las inviten a beber y las toquen —tenía los ojos muy abiertos. Hablaba con la convicción de una adolescente que acabara de descubrir el sentido del amor—. ¿Por qué iba yo a tener que ganar dinero para los encargados? —su voz infantil se demoraba como aquellos anillos de humo, ondulándose en el aire.

Mei dejó la pregunta sin respuesta, en espera de que la chica continuara. Al ver que no lo hacía, dijo:

—Has mencionado que Zhang Hong hablaba de hacerse rico otra vez. ¿Te dijo de dónde iba a sacar el dinero? —las preguntas no encajaban en el tono de la conversación, pero Mei necesitaba algunas respuestas.

—¿Qué dinero? —Lili bajó la vista; hasta entonces había estado mirando al nido que había en lo alto del árbol—. ¿Me estás espiando? —contempló a Mei como si nunca la hubiera visto antes.

Mei dio un paso atrás. De pronto había percibido algo turbio y siniestro tras la mirada de Lili, algo que no cuadraba realmente con aquel rostro de mejillas rosadas e inocencia infantil.

—No te preocupes, se hará rico y compartirá conmigo su dinero —Lili acercó su cara a la de Mei—. El ojo de jade —susurró.

Sorbió ruidosamente con la nariz y empezó a contonearse. Enroscó el índice en su pelo rizado, como un taladro. Sus ojos redondos se nublaron. Soltó una risita.

Mei se preguntó para qué sería en realidad la medicina. En aquella chica había algo que no andaba bien.

El hombre de la bicicleta estaba calentando cola en un hornillo. Un olor punzante se elevó de las volutas de fino humo negro.

Mei salió en silencio de aquel patio a la normalidad de las callejuelas ruidosas y las cuerdas de ropa tendida.

Mei llamó desde el coche a su oficina. Gupin le dijo que la había llamado la señora Fang, de la Dirección de Tráfico.

–Ha pedido que la llames –dijo.

Fang Shuming sonaba cauta al teléfono.

–¿Podemos vernos? Es mejor que hablemos cara a cara.

Mei tuvo la impresión de que Shuming le había encontrado algo. Acordaron verse después del trabajo en el parquecillo de la calle de las Diez Mil Fuentes.

En el parque, un hombre barbado intentaba hacer volar una cometa. Se humedecía el dedo índice y lo ponía al viento; luego corría con la cometa, cada vez desde un ángulo distinto. Mei contemplaba el forcejeo de la cometa desde el pabellón.

En la calle el tráfico rugía. La gente iba camino de sus casas a cenar. Los autobuses más que abarrotados pasaban oscilantes.

Mei pensó en Zhang Hong. Seguro que en algún momento había tomado uno de aquellos autobuses. Puede que pasara junto a pequeños parques como ése. Quizá había visto el hotel Esplendor desde un autobús, le había gustado su aspecto y se había trasladado allí cuando consiguió el dinero. Pero ahora era un cuerpo frío que yacía en el depósito de cadáveres. ¿Le habrían asesinado los matones de la casa de juego? ¿Habría habido lucha? ¿Le habrían envenenado? ¿Para qué?

Mei pensó en Lili, la chica con mentalidad de catorce años y cuerpo de veinte: al parecer no tenía ni idea de lo lejos que había ido ni de cuál era su sitio.

Una joven pareja de inconfundibles trabajadores de provincias se había sentado en uno de los pétreos bancos de la glorieta. La chica tenía la cabeza apoyada en el regazo de su novio. Parecía exhausta. El jersey ajustado que llevaba se le subía por la tripa desnuda. Él tenía aspecto de acabar de salir del trabajo, quizá de la cocina de algún hotel o algún restaurante. De vez en cuando se besaban, no apasionada sino dolorosamente. Dos jubilados del barrio que se estaban dando su paseo diario por la glorieta lanzaban miradas malintencionadas a la joven pareja.

A unos metros de allí, un gorrión despreocupado daba saltitos a lo largo de un sendero de piedra, buscando comida. El viento había amainado un poco y el aire estaba empezando a refrescar. Una fragancia distante de clavo infiltraba el atardecer cual mínima gota de pigmento en el agua clara.

En la distancia estalló una cacofónica percusión de tambores y címbalos. Mei escuchó mientras el sonido se iba acercando. Apareció una procesión de danzantes de *yangge*: hombres y mujeres de cincuenta o sesenta años, con maquillajes chillones. Los bailarines llevaban pantalones de seda de anchas perneras y camisas con mangas de farol. Sus pies, con calcetines blancos y zapatillas de tela, se movían como locos. Al tiempo que avanzaban, meneaban las cabezas y agitaban a su alrededor con exuberancia pañuelos de seda roja. Tenían las caras brillantes de embeleso.

El *yangge* era en origen una danza popular campesina que se ejecutaba alrededor de una hoguera en las aldeas y en los campos. Era un baile de celebración que remedaba el nacimiento de las flores y el batir de las alas de los pájaros. El Ejército de Liberación Popular había llevado el *yangge* a las solemnes ciudades. Más tarde, en algún punto del sinuoso camino de la revolución, el *yangge* fue transformado en una manifestación artística. Pero a la muerte del Presidente Mao el *yangge* fue devuelto a puntapiés a los lejanos campos. Lo que estaba de moda en las ciudades eran los bailes de salón, elegantes y occidentales: Ling Bai y sus vecinos tomaban lecciones en el Centro de Actividades de los Camaradas; Mei bailaba el foxtrot en cantinas estudiantiles convertidas los domingos por la noche en salones de baile; Lu era una de las mitades de la pareja ganadora de los Bailes de Salón de la Liga Universitaria. Sin embargo un año antes, sin previo aviso, el *yangge* había resurgido, sin que nadie supiera cómo ni por obra de quién. De golpe había en Pekín miles de procesiones vespertinas de *yangge*, organizadas por los propios ciudadanos, que producían el caos en la circulación.

Mucha gente se detenía a contemplar a los danzarines de *yangge*. Algunos los señalaban con el dedo y se reían. Un grupo de adolescentes en chándal, que volvían a sus casas tras un partido de fútbol, los contemplaba en silencio, con aspecto de disgusto y horror.

Una mujer regordeta que iba empujando una impecable bicicleta Paloma Voladora se abrió paso hasta el pabellón. Era una mujer muy cuidadosa con su indumentaria: había escogido una bufanda de seda a juego con el color de su chaqueta, y llevaba unos finos zapatos de tacón propios de una mujer diez años más joven. Aparcó la bicicleta cerca del pabellón y subió los escalones de piedra. Su pelo permanentado apenas se movió.

—Paso por aquí todos los días, pero nunca me había detenido —dijo Shuming, alisándose la chaqueta de fieltro azul—. ¡Caramba, desde aquí se ven hasta los pies de los bailarines!

—Me alegro de verte, Shuming. Estás estupenda —Mei se levantó a saludar a su amiga. Ella había ayudado a Shuming en su divorcio.

—Uf, qué va. Qué le voy a hacer: demasiado trabajo —Shuming se sentó—. ¿Sabías que todos los meses se solicitan diez mil matrículas nuevas en Pekín? Tiene que haber lista de espera. Nosotros no podemos con ello, y las calles de Pekín tampoco.

Sacó un clínex y se sonó la nariz. Tenía las mejillas rojas de calor.

—Pero me siento bien, mucho mejor que cuando estaba casada con ese desgraciado. Y

te lo tengo que agradecer a ti –miró a Mei y sonrió–. Hubo un momento en que me daba miedo volver a ser soltera, pero ahora me encanta: qué libertad. Creo que el divorcio me ha sentado bien. Me ha enseñado a respetarme a mí misma.

Se rió y se volvió para mirar a los bailarines de *yangge*, que trotaban con sus ropajes frente al pabellón.

–Mira a ésa, a la señora gorda que se parece a mí. ¡Mira cómo mueve los pies! La gente tiene la ridícula idea de que los gordos son lentos y torpes. Pues no es verdad: algunos somos muy ágiles. ¿Sabes por qué? Porque tenemos un montón de energía, como es natural, de tanto comer –Shuming soltó una carcajada masculina.

–¿Qué era eso que no podías decirme por teléfono? –le preguntó Mei.

–Tengo los datos del número de matrícula que me diste. El Audi pertenece al Ministerio de Seguridad del Estado.

–¿A los servicios secretos?

El Ministerio de Seguridad Pública, donde Mei solía trabajar, era el cuartel general de la policía, el equivalente de Scotland Yard. Sin embargo, el Ministerio de Seguridad del Estado era la auténtica envidia de todos los demás: el cuartel general de la policía secreta y los servicios de espionaje, la KGB china.

Shuming alzó las cejas y asintió significativamente.

Mei se sintió perdida. ¿Wu el Padrino se veía con alguien de los servicios secretos? Mei se hizo cábalas sobre quién sería en realidad aquel marchante de antigüedades.

–¿Podrías averiguar a quién está asignado el coche? –preguntó.

–Desde nuestro organismo, no. La asignación de coches oficiales es un asunto interno del ministerio.

Mei se sintió decepcionada.

Shuming se puso más cerca de ella y bajó la voz:

–No sé en qué tipo de caso estás trabajando ni lo que pretendes hacer pero, por favor, ten cuidado, Mei –se levantó para marcharse–. Adiós. Si necesitas algo más, llámame.

Bajó los escalones, y al poco su cuerpo rechoncho y su Paloma Voladora habían desaparecido de la vista.

Mei se abrió paso para salir del parquecillo. El tráfico empezaba a aliviarse en la calle de las Diez Mil Fuentes. Una línea de farolas centelleaba como un collar de perlas. El humo se elevaba de las chimeneas de restaurantes de reciente construcción. Su aroma de grasa churruscada con espesa salsa picante y azúcar vagaba por el aire.

Una mujer de rostro mezquino se levantó de un salto de su taburete de madera cuando vio a Mei entrando en el aparcamiento, que estaba vacío a excepción del Mitsubishi rojo y un gran autocar turístico azul.

–¡Habías dicho que sólo ibas a dejar el coche un momento! –le espetó la mujer. Se acercó a zancadas, con una gran bolsa militar de lona oscilando sobre las caderas. Tenía las manos oscuras, semejantes a garras y cruzadas de prominentes venas. Le plantó una de ellas a Mei delante de la cara–. Cinco yuanes más –dijo agriamente.

—¡No puede decirse que el aparcamiento esté lleno! —protestó Mei.

—Aunque no lo esté, eso no es asunto tuyo. Te he hecho un favor.

Mei sacó un billete de cinco yuanes y se lo soltó en la mano a la mujer. Estaba demasiado cansada para discutir.

Cuando Mei llegó a su casa era ya de noche.

Llamó a la tía Pequeña.

—Hermana Mayor sigue más o menos igual. A ratos está espabilada y con la mente clara, y a ratos está confusa. No ha comido nada en más de tres días ya, así que el médico le ha puesto alimentación asistida para que pueda nutrirse un poco. Han venido varias personas a visitarla. Por la mañana vino el director de Asuntos de los Camaradas Ancianos. Preguntó por su estado y habló con el médico. Dijo que su unidad de trabajo hará lo posible por sufragar los gastos sanitarios. Luego vino un señor que se llama Song Kaishan. Dijo que era un viejo amigo.

—¿Vio a Mamá?

—Hermana Mayor estaba despierta, así que habló con ella un rato, unos diez minutos.

—¿De qué hablaron?

—No lo sé —dijo la tía Pequeña—. Quería quedarse a solas con ella. Por la tarde vino el tío Chen. Hermana Mayor estaba dormida, así que charlamos un poco. Me dijo que conocía al señor Song.

—En todo caso, ¿quién es ese señor? ¿Por qué de pronto viene a ver a Mamá?

—Ah, no es más que un viejo amigo —dijo rápidamente la tía Pequeña—. ¿Estás bien?

—Eso creo. Estoy trabajando en un caso. Eso me ayuda a no pensar en otras cosas — Mei hizo una pausa; acababa de recordar algo—. ¿Ha ido Lu a ver a Mamá? Quedamos de acuerdo en que hoy iría ella.

—No ha podido. Llamó para decir que le había surgido algo importante.

—¿Quieres que vaya yo para que puedas descansar un poco?

—No necesito descansar —dijo la tía Pequeña—. La asistente se encarga de buena parte del turno de noche.

Unos instantes después colgaron el teléfono.

Mei se fue al cuarto de baño, se lavó los dientes, se lavó la cara y se la secó con una toalla. Se untó una generosa dosis de crema de noche y luego se arrastró hasta debajo del ligero edredón de plumón. Lo único que quería hacer en ese momento era acurrucarse como un gato y dormirse.

El ruido del tráfico de la carretera de circunvalación persistía. Como solía ocurrir, justo cuando se estaba quedando dormida pasó una motocicleta a toda velocidad.

Se volvió para recostarse de lado. La suavidad de la almohada la abrazaba, y al cabo

de un rato la arrastró a un sueño profundo.

Entonces sonó el teléfono.

¿Cómo era posible? Estaba segura de haberlo apagado.

Se levantó y se dirigió al salón, donde el teléfono descansaba en la mesa próxima al sofá.

–¿Diga?

Nada.

–¿Diga? ¿Diga?

Nadie.

–¿Quién está ahí? –gritó.

Se oyó un chasquido, y a continuación un largo pitido.

¡A Mamá le había pasado algo! Mei fue presa del pánico. Tenía que irse al hospital. Empezó a correr, pero cayó de rodillas; algo le había dado un golpe en la cabeza: un gran murciélago. Oyó un golpe violento, y luego otro, y otro. Abrió los ojos como un ciervo atrapado ante los faros. Estaba sudando y con el corazón acelerado. Los estruendosos golpes no cesaron. Alguien estaba aporreando la puerta.

Se dio la vuelta y encendió la luz. En el despertador ponía «23:55». Soltó un gemido, mientras sus pies buscaban las zapatillas de plástico que se había quitado de un puntapié dos horas antes.

–¿Quién es? –preguntó.

Giró el cerrojo y abrió una rendija en la puerta. Era Hermana Mayor Hui, con ojos de enfado y la boca abierta.

–¿Dónde has estado? Llevo dos días intentando hablar contigo. ¿No has oído mis mensajes?

–El contestador está roto.

–¿Y se puede saber qué estás haciendo? –Hermana Mayor Hui se quedó mirando el pijama de Mei.

–Dormir.

–¡Pero si es viernes por la noche!

Hermana Mayor Hui iba profusamente maquillada. Llevaba las cejas pintadas. Se había puesto colorete de color melocotón en las redondas mejillas y carmín en los labios; el carmín se le había corrido un poco en las comisuras de la boca. Le brillaba la frente. Llevaba unos pantalones de satén naranja y una camisa de cuello mandarín con bordados rojos en los puños. La fragancia de su perfume se derramó sobre Mei como una ola.

–Tienes que venir ahora mismo conmigo –Hermana Mayor Hui entró con decisión.

–¿A dónde?

–Una fiesta.

Mei cerró la puerta y siguió a su amiga hasta el salón.

–Pero yo no quiero ir a ninguna fiesta. Estoy cansada. Llevo un par de días muy duros.

—Tonterías. Te vienes. Le he prometido a Yaping que te iba a llevar.

Hermana Mayor Hui depositó su maternal trasero en el sofá.

—¿Qué me estás diciendo? —a Mei se le heló el pensamiento.

—Yaping está en Pekín en viaje de negocios. Todos nuestros compañeros de clase se han reunido en su hotel. Se ha divorciado.

A Mei se le oprimió la garganta. No podía hablar.

—No te quedes ahí. Ve a arreglarte —Hermana Mayor Hui sacó un estuche de maquillaje y lo abrió: la paleta se encendió como una pequeña bomba de colorete—. ¡Date prisa! —ladró.

Mei se fue al cuarto de baño. Sintió vértigo. En su interior los pensamientos se arremolinaban como en una tormenta. «Yaping está en Pekín.» Ni siquiera mientras se estaba repitiendo a sí misma esas palabras podía creer que fueran ciertas. Aquello sonaba a broma. A lo mejor alguien estaba jugando con su mente. Miró a su alrededor. No había nada fuera de lo corriente. Sus cosméticos yacían esparcidos en un cestillo junto al lavabo; había un jabón rosa en el platillo de porcelana blanca. En el espejo vislumbró su propio rostro, pecoso como siempre, aunque más pálido.

Se lavó la cara con agua fría. Hacía nueve años que él se había ido. Ella había quemado todas sus cartas, había intentado olvidarle. No había sido fácil. De cuando en cuando, todavía le volvía al pensamiento. Ella había imaginado que un día se encontrarían, algún día del futuro lejano en que ambos fueran viejos y canosos. Había imaginado que cuando volvieran a verse ella estaría tranquila y dispuesta a perdonar. Y ahora, sin previo aviso, él estaba de vuelta, soltero otra vez. ¿Qué había pasado? Las preguntas se agolpaban en su cabeza. ¿Estaría él triste? ¿Habría cambiado? ¿La reconocería? ¿Le reconocería ella a él? ¿Qué se dirían? ¿Había algo que decir?

Una abrumadora mezcla de emociones brotó en su interior, como el agua que brota de un pozo profundo, y sus pensamientos se enmarañaron. Por un instante no quiso ir. Se sentía herida, humillada. No quería que él viera que seguía soltera y pensara que todavía le amaba. Pero cuando el instante pasó deseó volver a verle, oír su voz, aunque sólo fuera por una noche.

Sacudió la cabeza. Se maquilló, se vistió y salió al salón.

—¿Qué has estado haciendo tanto rato? —protestó Hermana Mayor Hui—. Vámonos. El coche está esperando.

Bajaron a la calle. Había un Mercedes Benz negro aparcado ante su edificio. El conductor saltó fuera y les abrió la puerta a las damas.

—¡Por todos los santos!, ¿qué es esto? —preguntó Mei, sin creer lo que veían sus ojos. Hermana Mayor Hui era profesora en la Universidad de Pekín, y su marido, ingeniero, no era tampoco un magnate.

—Es de Yaping. Lo ha enviado por ti.

Desde el asiento trasero del coche, Mei miró pasar las calles de Pekín. Era como el desfile de los años: las farolas se acercaban, trayendo consigo hongos de luz amarilla, y luego desaparecían, dejando sólo oscuras sombras y secretos perdidos.

Como cualquier otra ciudad, Pekín parecía más romántico de noche. Torres de oficinas de reciente construcción iluminaban con portentosas expectativas el horizonte. Las ventanas de deteriorados cuchitriles se habían encendido ahora con la promesa de amor y cariño. Los últimos vendedores callejeros estaban cerrando, recogiendo barbacoas de barril y taburetes de madera en carretillas que luego empujaban con la espalda doblada hasta los dormitorios de chapa infestados de ratas que compartían con otros inmigrantes de provincias. Se les encendía la cara al pensar en el calor, las camas y los pueblos natales. Autobuses medio vacíos runruneaban nostálgicos por estrechas callejuelas. La noche era como un pincel mágico que cubría de negro toda la fealdad para que la hora del amor y los deseos pudiera desplegarse.

–Intenté hablar antes contigo con la esperanza de que vinieras a cenar –le dijo a Mei Hermana Mayor Hui–. Todo el mundo ha preguntado si ibas a venir. Bueno, todos menos Yaping.

Mei contempló las luces amarillas que venían y se iban. Estaban cogiendo velocidad.

–Después de la cena se han ido varias personas; porque les quedaba un largo camino en autobús hasta su casa, o porque tenían que recoger a los niños de donde los abuelos, o por lo que fuera. Al final sólo hemos ido cinco al salón reservado. Yo veía que Yaping se estaba poniendo nervioso como una hormiga sobre una estufa caliente, así que le he dicho que iba a venir yo misma a buscarte. Me ha dicho: «Que te lleve mi chófer». Te lo digo, a nosotros nos aguanta, pero la única persona a quien tiene interés en ver eres tú.

–Siempre estás exagerando –dijo Mei, sin conmoverse–. Se casó con otra, ¿recuerdas?

El coche salió de la carretera de circunvalación. Al final de la salida se les juntaron otros coches y algunas bicicletas.

–Sabía que vendrías –dijo Hermana Mayor Hui–. Sólo necesitabas que alguien como yo te diera un empujón.

Mei se volvió a mirar a su vieja amiga, por un momento una cara embadurnada con los labios corridos y al siguiente, con las farolas abandonadas a sus espaldas cual palillos usados, sólo un par de ojos brillantes.

Entrando en el hotel Sheraton Gran Muralla, desde el techo del vestíbulo, a siete pisos de altura, caían en cascada lámparas de cristal ambarinas y blancas. Entre dos columnas gigantescas, los ascensores de vidrio se elevaban como luminosos fanales hacia lo alto. Sobre el suelo de mármol, frío como un espejo, tocaba una banda de jazz. Ejecutivos con trajes oscuros y turistas con ropa informal sorbían cócteles en los sillones del bar.

Mei tuvo la impresión de estar siendo observada mientras Hermana Mayor Hui la conducía por el vestíbulo del hotel. Pese a haberse puesto su mejor conjunto de noche, se sintió fuera de lugar. Su túnica de cachemir morado con el cuello redondo no procedía del Centro Lufthansa, ni era importada de Hong Kong, Japón o Corea del Sur. Era de los grandes almacenes de Wangfujing, donde ella sabía que podía conseguir el mejor cachemir por un precio que podía permitirse. Por desgracia, ese establecimiento había dejado de renovar su estilo en 1982. Hasta entonces nunca le había importado, pero de pronto era dolorosamente consciente de ello.

Hermana Mayor Hui la guió al Club Noche de Pasión. Atravesaron una discoteca en plena agitación, un espacio repleto de buscadores de placer. Los focos de láser bombardeaban la pista de baile, congelando figuras y rostros en extrañas actitudes y expresiones.

Siguieron adelante; la música se iba debilitando a sus espaldas, hasta que sólo quedó la machacona percusión. Volvieron una esquina y entraron en un vestíbulo estrecho. Una larga alfombra se extendía hacia lo lejos.

La siguieron hasta el final del vestíbulo, hasta la última puerta a su izquierda.

La sala apestaba a tabaco y alcohol. Mei vio un grupo de siluetas. Una pareja se abrazaba en el sofá de la esquina. Una chica con un *qipao* azul se inclinaba sobre la máquina de karaoke; las aberturas laterales del vestido revelaban hasta las ligas sus blancas piernas. Un hombre cantaba por un micrófono, otro sostenía con una mano una botella de cerveza y con la otra hacía gestos de director de orquesta.

—¡Mirad quién ha venido! —gritó Hermana Mayor Hui.

La mano del director de orquesta se quedó en el aire. La pareja de la esquina se separó. El que cantaba dejó de cantar y se volvió hacia ellas; dos mechones de pelo mojados de sudor le caían por la frente. Su camisa blanca, con los dos últimos botones abiertos, mostraba un cuerpo en forma.

Sus ojos se encontraron con los de Mei.

Yaping se acercó con pasos largos, agarrado todavía al micrófono. En la pantalla del karaoke la letra de una canción de amor se iba dibujando en silencio.

—Hola —dijo.

Mei recordó la suave voz que una vez, hacía mucho tiempo, había conmovido su corazón.

—Ven a sentarte —le ofreció la mano—. Me alegro de verte.

Mei no le cogió la mano. Se dirigió al sofá de cuero de color crema, evitando su mirada. Le dijo hola al director de orquesta, que se había sentado a beber cerveza y a

fumar. Saludó también de lejos al hombre delgado que estaba en el rincón y a la adolescente de pelo de punta que él presentó como su novia. Hacía años que Mei no veía a Liang Yi. Seguía siendo abrumadoramente guapo, y seguía siendo un donjuán.

—Hermana Mayor Hui, te debo una —Yaping se volvió sonriente hacia Hermana Mayor Hui—. ¿Qué te apetece beber? ¿Y comer?

Antes de que ella pudiera responderle ya se había vuelto hacia la chica que había estado manejando la máquina de karaoke:

—Señorita, ¿podría traernos otra bandeja de fruta y unas lenguas de pato especiales de la casa? Y más cerveza y más vino.

La camarera cimbreadó su menuda cintura y salió.

Súbitamente una puerta lateral se abrió de una sacudida y la voz tonante de Guang salió de los lavabos:

—¡Su madre, no se quita! —tenía el pecho empapado. Llevaba en la mano una camisa blanca que se había vuelto rosa. Lanzó una mirada feroz a la sala—. ¿Por qué tanto silencio? ¿Quién ha dejado de cantar? —vociferó. Tenía la cara y los ojos rojos.

—Ay, Guang, ¡estás borracho! —chilló Hermana Mayor Hui.

—No: sólo huelo como si lo estuviera —rió él, agitando un dedo hacia ella.

Cuando vio a Mei se tropezó, con gran crujir de huesos.

—Mei, no le dejas dignidad a mi hermano. Mira que no venir, después de cientos de miles de llamadas... ¿Sigues teniéndotelo tan creído?

Yaping le puso la mano en el hombro:

—Tranquilo —le dijo con calma.

Guang le hizo un gesto como diciendo «Ya sé». Estiró sus largas piernas, suspirando tristemente.

—¡Eh, me he perdido la diversión! —exclamó Hermana Mayor Hui—. ¿Quién quiere cantar conmigo? Guang, tú y yo, a dúo.

Ante esa propuesta, Guang se animó. Se acercaron a la máquina para elegir una canción.

Dos camareras trajeron más comida y bebida: cuencos de nueces, melón, piña, fresas, y fuentes de fiambres. Ambas camareras lucían idénticos *qipao* de color azul imperial e idénticas sonrisas amplias. Una era alta, de pelo largo y guapa; la otra era corriente y tenía el pelo corto.

—¿Todavía no bebes cerveza? —dijo Yaping con una sonrisa, sentándose junto a Mei. Ella casi podía tocar su cálido aliento. Su cara había cambiado muy poco, pero su expresión había madurado.

—Todavía no —dijo Mei, devolviéndole la sonrisa.

Se había roto el hielo.

Hermana Mayor Hui y Guang eran viejos compañeros de canto que solían representar a sus departamentos en los concursos. Nueve años después, todavía eran capaces de cantar en armonía.

Yaping sirvió un vaso de vino tinto para Mei.

–Espero que te guste. Aquí la carta de vinos es bastante escasa –se disculpaba como si fuera culpa suya no poder ofrecerle nada mejor.

Mei dio un sorbo y dejó el vaso. Tampoco era bebedora de vino.

–Me sorprendió enterarme de que ahora eres detective privada.

–¿Por qué? ¿Es que no puedo ser detective? –preguntó Mei, con los ojos chispeantes.

–No, si no pretendía ser una crítica. En algunos aspectos estoy seguro de que eres muy buena detective, inteligente y extremadamente racional. Es sólo que no me parece que seas una persona a quien le interese la vida de la gente. En la universidad nunca fuiste realmente parte de la clase ni te implicaste en lo que pasaba a tu alrededor. Mucha gente pensaba que eras una orgullosa. Yo te veía aislada pero contenta de estarlo, ¿me equivoco?

Mei se encogió de hombros.

–¿Cómo te decidiste a convertirte en sabueso? –Yaping le puso unos cuantos fiambres en el plato.

–Me pareció lo más lógico que podía hacer. Había estado metida en trabajos policiales. Cuando dejé el ministerio pensé en intentar hacerlo de forma privada.

–¿Por qué dejaste el ministerio?

–Es una larga historia y no me apetece contarla, ¿vale?

–Entiendo –dijo Yaping.

El vino tinto y las lenguas de pato en adobo se entremezclaban, penetrantes y apetitosos. Yaping se puso más cerca.

–¿Por qué no me cuentas más de tu trabajo? ¿Qué haces, pinchar teléfonos?

Mei se rió.

–No, pinchar teléfonos es ilegal. Aunque también es ilegal tener una agencia de detectives. Nos las arreglamos como podemos. Lo que sí hago a veces es seguir a gente. Y también hago vídeos y fotos.

–¡Ajá: la fotografía! Me acuerdo: te gustaba fotografiar la naturaleza. Pero tu madre no estaba muy contenta con eso; ella habría preferido que te relacionases más con la gente.

La mención de su madre, como una piedra arrojada al agua en calma, le perturbó el ánimo. De pronto oyó a Guang: tenía el brazo alrededor de la cintura de la camarera de aspecto corriente y cantaba a grito pelado. Abandonado en el sofá, su busca estaba sonando, y no era la primera vez: su mujer se tenía que estar irritando. Hermana Mayor Hui sostenía una acalorada discusión con el director de orquesta. El donjuán y su novia habían vuelto a su besarse y manosearse.

Yaping no advirtió el cambio de humor de Mei.

–¿Recuerdas esas excursiones a la montaña que hacíamos para fotografiar el mundo silvestre? Te emocionabas tanto que apenas reparabas en mí. Y los picnics que hicimos. Llevábamos las tarteras de aluminio llenas de zumos de esos aguados con burbujas, que

de zumo no tenían nada, ¿no crees?: puros químicos tóxicos. Pero cómo echo de menos su sabor; los estoy buscando desde que he vuelto, pero parece ser que ya no los hacen.

Llegó el té, pero Mei había perdido el apetito.

—Lo siento, me tengo que ir a casa —dijo con tristeza. Sintió cómo la soledad pesaba de pronto sobre ella—. Mi madre está en el hospital. Necesito ir a verla mañana por la mañana.

—¿Qué le pasa?

—Le dio un ataque. El médico ha dicho que puede que no se recupere.

—Cómo lo siento. No lo sabía.

—Me encantaría quedarme y ponerme a tono, pero... —bajó las largas pestañas. La vida estaba llena de decisiones difíciles.

—Deja que te lleve a casa —dijo Yaping, levantándose.

—No. No puedes dejar así a todos estos amigos. Han venido especialmente para verte.

—Entonces coge mi coche; que mi chófer te deje en casa.

Él le dio la mano, y ella se la cogió. Mirándole a los ojos, sintió cómo las fuerzas se le escapaban. El tacto de su piel era cálido y sugerente.

—¿Ya te vas? —Hermana Mayor Hui y el director de orquesta se pusieron de pie.

—La madre de Mei está muy enferma, y ella tiene que ir al hospital por la mañana —explicó Yaping.

El donjuán y su extensión corporal pararon su abrazo el tiempo suficiente para decir adiós. Guang ya no tenía remedio, agarrado a la camarera, cantando y llorando.

Yaping le pidió a la camarera de pelo largo que le dijera a su chófer que trajera el coche. Informó a sus amigos de que estaría de vuelta enseguida, recogió el abrigo de Mei y salieron.

La discoteca había cerrado, la multitud se había ido y el pasillo estaba vacío. Andaban el uno junto al otro.

—Vuelvo a Estados Unidos mañana por la tarde. ¿Puedo verte otra vez?

—No sé.

—Déjame que te lleve mañana al hospital.

—Tengo coche.

Anduvieron en silencio un rato y luego llegaron al patio cubierto. Los tacones de Mei tamborileaban en el suelo de mármol. Los ascensores de vidrio estaban anclados en la planta baja. El espacio vacío permanecía iluminado como un palacio de cristal.

—Quiero explicarte por qué me casé —dijo finalmente Yaping. Lo dijo de forma cuidadosa; sonó como si hubiera ensayado la frase muchas veces. Mei oyó cómo le palpitaban las palabras en la garganta.

—No hay nada que explicar —le dijo.

—No, es que quiero hacerlo. Llevo mucho tiempo queriendo hacerlo; pensé en escribirte.

Había refrescado. Faltaban pocas horas para que se hiciera de día. El conductor

esperaba con sus guantes blancos.

–Me alegro de haberte vuelto a ver –dijo Yaping.

–Yo también me alegro de haberte visto.

Mei trepó al asiento trasero del coche. Notó el cuero frío.

–¿Le apetece un poco de música, señorita? –preguntó el conductor. Iban pasando por delante de los chalés del barrio de las embajadas. Las banderas estaban arriadas. Las luces estaban apagadas y los guardias, descansando.

–Sí, por favor –Mei se echó hacia atrás y cerró los ojos.

El sonido sensual de una voz de jazz salió flotando del estéreo del coche. Fuera, las calles oscuras corrían silenciosas, dejando atrás sus farolas apagadas. La noche estaba azul. Había aparecido un resplandor en la línea del horizonte; hacía señales a lo lejos, fuera de su alcance.

Mei se despertó con dolor de cabeza. No recordaba haber bebido mucho vino. No podía haber tomado ni medio vaso. Aun así, tenía la cabeza pesada.

Se acercó a la ventana y la abrió. El ruido del tráfico se vertió dentro como si estuvieran pasando por su salón. Mientras ella dormía, el mundo de cinco pisos más abajo había vuelto a la vida. Dejó una mano fuera y sintió el sol caliente. Ésa era la locura de la primavera en Pekín, pensó. Un día estaba invernal y el siguiente era un preludio del verano.

Mei estaba a punto de salir cuando sonó el teléfono. Era Lu.

—Mamá está peor. La trasladan al Hospital n.º 301.

—¿Qué ha pasado? Ayer estaba bien.

—No lo sé. Y la tía Pequeña tampoco. Sólo le han dicho lo que van a hacer, sin explicaciones. Estoy esperando a que el médico de guardia me devuelva la llamada, si es que lo hace.

—¿No deberían habernos consultado antes de hacer una cosa así? —la rabia se elevó en el pecho de Mei, la voz le salió forzada, la respiración se le aceleró.

—Sí, deberían. Pero no lo han hecho, ¿vale? ¡No nos sirve de nada discutirles su forma de proceder!

—¿Por qué la tomas conmigo? —estalló Mei.

—Bueno, la tomo con todo el mundo. La tía Pequeña no resulta muy útil en casos como éste. Y tú ¿dónde has estado?

—Ah, no me lo puedo creer. ¿Me estás echando la culpa por no haber estado allí? —replicó Mei—. ¿Por qué no estabas tú? Tú habías dicho que ibas a ir ayer al hospital, por eso no fui yo.

—Bueno, yo tengo un montón de obligaciones.

Mei sintió que el cuerpo se le tensaba y los brazos le empezaban a temblar. Tenía ganas de colgar de golpe el teléfono.

Pero encontró difícil rebatir a Lu. Lo que decía era cierto: nada había impedido a Mei estar al lado de su madre. Ella no tenía una carrera propiamente dicha. No tenía una familia, ni nadie a quien proteger o agradar. Aun así, no había cumplido con lo que era su deber de hija: cuidar a su madre. Se arrepentía de no haber ido al hospital la noche anterior, deseaba más que ninguna otra cosa haberlo hecho. Aflojó la mano del teléfono, súbitamente desbordada de remordimiento.

—Tienes razón. No tiene sentido que nos peleemos. Me voy al Hospital n.º 309, estaba a punto de salir para allá en cualquier caso —le dijo a Lu.

—Yo iré al 301.

Colgaron. Mei cerró la puerta con varias vueltas de cerrojo y luego voló escaleras abajo. Había un niño sentado en un escalón dibujando círculos con un trozo de tiza; Mei casi se lo lleva por delante.

Se metió en su coche. Cuando intentó girar la llave de contacto, las manos le temblaban. Por la calle, la gente pasaba en bicicletas cargadas de compras. Los niños jugaban y los vecinos charlaban al sol. Volvió a girar la llave: el motor rugió. Segundos más tarde, entre goma quemada y revoloteo de basura, arrancó.

En el Hospital n.º 309, Mei le pagó diez yuanes por un pase de visita al amodorrado soldado de la ventanilla. Se lo enseñó al vigilante y entró. Corrió escaleras arriba hasta el largo corredor oscuro. La oficina de las enfermeras estaba abierta, pero vacía.

Parada en mitad del pasillo oscuro, Mei de pronto se percató del silencio. Todas las puertas estaban cerradas. No había nadie alrededor, ni carritos de agua hervida, ni parientes durmiendo en el suelo. Era como si hubiera tenido lugar una evacuación, como si ella estuviera en un edificio abandonado escuchando el paso del tiempo.

Se le encogió el corazón; no por ella misma, sino por su madre. Las paredes, vacías y encaladas, parecían estar mirándola. Con la imaginación se puso a dibujar formas absurdas en ellas.

Se dio la vuelta bruscamente y anduvo a paso ligero pasillo abajo, luego hacia la derecha y cruzó el corredor en voladizo hasta el despacho del médico. Salían voces del cuarto: una mujer se reía, unos hombres hablaban. Mei empujó la puerta y vio la larga mesa con unas cuantas cosas encima: una taza, un periódico en desorden, un montón de pipas de girasol tostadas, un par de pies sin zapatos con un dedo gordo asomando fuera del calcetín negro.

La televisión estaba encendida y el médico, con la boca abierta, abriendo y cerrando las ventanas de la nariz, sesteaba. Las gafas se le habían resbalado hacia un lado. Mei dio unos golpecitos en la puerta y él abrió los ojos. Era el mismo médico joven con el que había hablado el primer día.

Quitó los pies de la mesa y se enderezó en su asiento, colocándose las gafas.

—¿Sí? —preguntó. Se enjugó una comisura de la boca con la manga de su bata blanca.

—¿Cuándo han trasladado a mi madre? —preguntó Mei, mirándole con desprecio.

El médico se acomodó las gafas. Parecía confundido.

—¿Es usted... la hija de Ling Bai?

—Sí, una de ellas.

Él se puso aún más derecho en su silla, con la espalda recta, y miró su reloj de pulsera:

—Hace media hora, o quizá tres cuartos de hora.

—¿Por qué? ¿Quién ha tomado la decisión de moverla? ¿Cómo de mal estaba? ¿Por

qué no se han puesto en contacto con la familia?

—Eh, eh, despacio, ¿vale? —el médico se puso de pie e hizo un gesto con las palmas a modo de barrera para detener el río de preguntas de Mei—. ¿Hemos cuestionado algo?: no. Hemos hecho lo que nos han dicho. ¡No me puedo creer que esté usted gritándome a mí! —se daba en el pecho con la mano.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Seamos francos. He sido yo quien ha tenido que redactar los informes médicos sobre su madre y mandarlos para arriba todos los días. Ustedes tienen amigos en las alturas. Pues muy bien. No tenemos nada que discutirles. Al fin y al cabo, no es la primera vez que lo vemos. Si tiene usted contactos, por todos los medios, úselos. Yo también lo haría.

—¿De qué me está hablando? —Mei retrocedió.

—¿No han dispuesto ustedes el cambio al Hospital n.º 301? No ha sido decisión nuestra trasladar a su madre.

Mei negó con la cabeza.

—No. Nosotras no sabíamos nada de eso.

—Bueno, pues es raro —el doctor se echó hacia atrás para alcanzar su taza de té. Le dio un sorbo, frunció el ceño y la dejó en la mesa. Debía de haberse enfriado hacía ya rato—. Esta mañana llegó directamente de la dirección del hospital la orden de trasladar a su madre. Nos imaginamos que tenían ustedes buenos contactos.

—No. Desde luego, nosotras no hemos sido. ¿Me está diciendo que mi madre no se ha puesto peor?

—Tampoco es que esté mejor.

Ahora tanto Mei como el médico se sentían incómodos. Ella sonrió torpemente. Él trajinaba con sus gafas.

—Bueno, pues perdone que le haya molestado —dijo Mei, agarrándose el bolso.

—No, en absoluto.

Se despidieron educadamente y se volvieron cada uno para un lado, perplejos.

En la carretera de circunvalación había habido un accidente; uno pequeño, sin apenas consecuencias para ninguno de los coches implicados, pero no por eso había dejado de amontonarse el tráfico durante kilómetros. Cuando Mei rebasó la escena, había tres hombres y dos mujeres, los dueños de los coches accidentados, parados junto a la barrera central, señalándose con el dedo y gritando. Otros conductores abrían sus ventanillas al pasar y metían baza en la disputa.

Cuando Mei llegó por fin al Hospital n.º 301, se encontró con su hermana y la tía Pequeña ante la puerta de la unidad de cuidados intensivos.

La tía Pequeña parecía exhausta. La piel de la cara se le había encogido, haciendo sobresalir sus ojos. No había duda de que había comido mal y dormido poco en los últimos dos días. Estaba claro que el dolor de contemplar la agonía de su hermana era un gran peso en su corazón.

—No tenemos nada que hacer aquí. Está aislada, no permiten visitas —le dijo Lu a Mei—. ¿Has desayunado ya? Yo estoy muerta de hambre.

Mei pensó en las dos tazas de café que se había tomado por la mañana.

—No —dijo.

—¿Por qué no vamos a tomar algo rápido a la cafetería del hospital? Y luego, si ya no nos necesitan, nos podemos ir a casa.

—Id vosotras dos. Yo ya he desayunado —dijo solemnemente la tía Pequeña—; mejor me quedo por aquí, por si acaso.

—No me parece mala idea que se quede aquí una de nosotras —Lu miró primero a Mei y luego a la tía Pequeña—. ¿Estás segura de que no quieres que te traigamos algo de la cafetería? ¿Bollos al vapor, o quizá té?

—No, estoy bien —dijo la tía Pequeña.

La cafetería del hospital estaba en la planta baja del edificio principal, y las ventanas daban a un jardincillo de arbustos. En ese jardín, unos pocos pacientes acompañados por familiares daban paseos lentos, tomando el sol. Tras ellos estaba el edificio que alojaba la unidad de cuidados intensivos.

La cafetería acababa de empezar a servir la comida. Llegaban grandes fuentes de carne frita en manteca y pilas de bollos al vapor. Se había formado una cola mientras los empleados de la cocina se afanaban con las fuentes, los cestos de comida al vapor y las

cajas de calderilla. Entró un grupo de enfermeras con gorritos blancos que llevaban cuencos de aluminio y palillos. Charlaban alegremente mientras hacían cola.

Lu se hizo con un espacio vacío de una mesa larga mientras Mei se ponía en la cola de la comida. Había cerca unos pocos embatados y visitantes terminándose sus desayunos o sus tentempiés. Algunos de ellos miraron a Lu con curiosidad, probablemente pensando que les resultaba familiar y preguntándose dónde la habían visto antes.

Lu no iba maquillada, pero llevaba los labios pintados. El brillo natural de su piel lucía como un pimpollo en una mañana clara. Un haz de sol, visible en las motas de polvo danzarinas, cruzaba el aire tras ella.

Mei compró dos platos combinados, servidos en las mismas cajas de plástico blanco que llevaban los carritos de comida para los enfermos.

—¿Cuál quieres, el cerdo refrito con arroz al vapor o las tiras de ternera con tallarines?

—Mei había comprado también dos latas de leche de coco.

—Da igual. Tengo tanta hambre que me comería lo que fuera. Quizá los tallarines.

Lu rebuscó entre los palillos de distintas longitudes y distintos tonos que había en una taza de metal sobre la mesa.

—Éstos parece que casan —le alcanzó a Mei un par.

Las hermanas comieron hasta quedar satisfechas. Luego se relajaron y se bebieron la leche de coco.

—¿Qué os ha dicho el médico? —preguntó Mei.

—Poca cosa. Que quiere hacerle más análisis. Que no se siente optimista, pero que intentará hacer todo lo posible. Ha dicho que la unidad de cuidados intensivos es el mejor sitio para Mamá. Tienen un equipo de enfermeras de dedicación exclusiva, equipamiento moderno y un médico de guardia las veinticuatro horas del día. Si Mamá necesitase una reanimación de emergencia, allí se puede hacer sin moverla. Me ha dicho que la unidad de cuidados intensivos resulta especialmente eficaz los fines de semana, cuando el resto del hospital tiene un número mínimo de empleados.

—¿Ha dicho algo del dinero? —preguntó Mei, recordando su encuentro con el joven médico del 309 tres días antes.

—No. La tía Pequeña ha firmado un informe, y yo he firmado un par de formularios; lo de siempre, lo mismo que hicimos en el 309.

—¿No te parece que aquí pasa algo raro? Primero, el Hospital n.º 309 quería que pagásemos los gastos de su estancia. Ahora la trasladan al mejor hospital militar de China y nadie nos pide que paguemos nada.

La leche de coco estaba fresca y reconfortante hasta la última gota. La cantina vibraba con sonidos de todo tipo: voces serias, sonidos de almuerzo, el altavoz de la esquina llamando a médicos y enfermeras.

Lu encogió un hombro.

—Claro que me parece raro. Mamá hace ilustraciones para revistas y libros. Difícilmente se puede decir que sea famosa o rica.

—A lo mejor conoce a gente en puestos elevados. Ya sabes, gente con poder.

Lu no respondió, prefirió continuar con sus propios pensamientos:

—La mayor parte de los amigos de Mamá son artistas de poca utilidad: no tienen contactos ni dinero. Lo único que podrían darle son sus pinturas. Aunque puede que un día alguna de ellas llegue a valer algo.

»¿Recuerdas que cuando terminé la carrera me destinaron al Psiquiátrico de Pekín? Mamá intentó ayudarme, pero no tenía ninguna tecla que tocar. Al final salí por mis propios medios: aproveché todas las ocasiones, probé desde todos los ángulos, rogué y pagué los favores. Tuve que pasarme un año entero en aquel sitio deprimente. No, nuestra madre no tiene el tipo de contactos que pueden hacer todo esto por ella.

Mei se echó hacia atrás y apoyó los brazos en la mesa.

—Me pregunto si no tendrá esto algo que ver con Song Kaishan. Me parece que hay algo muy raro en él. Aparece de la nada con el tío Chen y la siguiente noticia es que Mamá recibe los mejores cuidados: su rango deja de ser problema y sus facturas de hospital están pagadas. ¿Pero por qué?

—Tú eres la detective. Averígualo.

Las dos hermanas se quedaron calladas, sin ideas.

—¿Qué hacemos con la tía Pequeña? —preguntó al fin Mei.

—Me la llevo yo a casa a pasar la noche, y luego ya veremos —dijo Lu.

Mientras hablaba volvió la cabeza y lanzó su melena de color miel por encima del hombro. El brillo de una sonrisa, apenas visible, apareció en las comisuras de su boca. Mei comprendió de inmediato: quizá la clave del misterio había estado ante ellas todo el tiempo.

—¡La tía Pequeña! —dijeron las dos a la vez.

—Vente a cenar esta noche —dijo Lu— y la sonsacamos.

—¿Y Lining?

—No te preocupes por él. Sale de viaje de negocios esta tarde.

—¿Se marcha un sábado?

—Se va a Estados Unidos. ¡Vaya, mira la hora que es! Quiero verle antes de que salga para el aeropuerto.

De vuelta ante la unidad de cuidados intensivos, encontraron a la tía Pequeña dormitando en una silla junto a la entrada. Alguien acababa de fregar el suelo, la estancia estaba fresca.

Los ojos de la tía Pequeña se movieron con sobresalto al despertarse:

—Creí que erais los médicos.

—Tía Pequeña, a ver qué te parece esto: tú te vienes conmigo a mi apartamento. Mandaré a mi ayudante a recoger tu equipaje del hotel. Mei va a venir a cenar, y podemos hablar de lo que haremos de ahora en adelante. Así también puedes descansar un poco y llamar a Shanghai.

—Va a ser lo mejor —dijo Mei.

La tía Pequeña estuvo de acuerdo. Cogió su bolsa de mano de cuero, que estaba apoyada junto a su silla.

–Déjame que te la lleve –se ofreció Mei.

–No hace falta. No pesa –dijo la tía Pequeña.

Las tres mujeres Wang se dirigieron hacia el exterior. Las habían aislado de su madre y hermana. La imagen de Ling Bai yaciendo sola en un cuarto desconocido pesaba con fuerza sobre sus pasos.

De vuelta en el paseo del Renacimiento y la carretera de circunvalación, Mei tuvo la impresión de que su vida se estaba enredando en una telaraña demasiado grande para abarcarla. Pensó en Yaping, en su coche con chófer y en el lujoso hotel Gran Muralla. Pensó en la Reina del Wentún con su gran barriga. Le gustaba el nombre Llegada de la Primavera. Pensó en la cara de niña de Lili, en su risita extraña. Otra vez, se representó los ojos en blanco de Zhang Hong, su cicatriz rosada y su cara azulenca.

La primavera, ya sin duda, había llegado. Mei habría jurado que por las orillas del Foso habían aparecido tiernos tonos verdes en sauces que el día anterior estaban desnudos.

Pero no había color en donde yacía su madre, en esa caja de un blanco descolorido, con las batas blancas y los gorritos de enfermera. A sólo un brazo de distancia, separado por una pared de ladrillo y el delgado cristal de una ventana, pero partido por una vida entera, el dulce aroma de la primavera brincaba sobre los rayos de sol como una mariposa transparente.

Mei salió de la carretera de circunvalación. Al bajar del paso elevado, el torbellino de la ciudad la engulló como una ola de marea, dispersando sus penas con su caótica energía.

Mei paró al costado del edificio de su apartamento y detuvo el motor. La urbanización estaba en calma a la hora de la siesta. Salió del coche e inhaló toda una bocanada de polvo primaveral. Tenía la garganta seca: necesitaba beber algo.

Subió las oscuras escaleras y abrió la puerta de su apartamento. La ventana seguía estando entornada; el ruido de la carretera de circunvalación se vertía dentro. Encontró una lata de coca cola en la nevera. La abrió con un chasquido y se la bebió entera, al tiempo que oía que llamaban a la puerta.

Era Yaping. Llevaba su alta figura vestida con una camisa blanca y unos pantalones informales. Un gran montón de rosas rojas florecía en sus manos. Se le veía fresco y aseado, tan atractivo en todos los detalles como la noche anterior.

—Iba hacia el aeropuerto y pensé que debía dejarme caer para probar suerte —dijo.

—Pero esto no está de camino al aeropuerto.

—Pues entonces será mejor que nos demos prisa. Déjame llevarte a algún sitio donde podamos hablar.

Mei vaciló.

–Por favor... –suplicó Yaping–. He venido desde muy lejos, y estas rosas me han costado una fortuna.

Aquello la hizo reír.

–Está bien –cogió las rosas–. Déjame que las ponga antes en agua –y fue a buscar un jarrón. Yaping se apoyó en el quicio de la puerta.

–¿Qué tal está tu madre? –preguntó, cruzándose de brazos.

–La han trasladado a la unidad de cuidados intensivos del Hospital n.º 301. Es lo mejor para ella. Esperamos que con eso se ponga mejor.

–Me alegro de oírlo. Por favor, transmítele mis mejores deseos la próxima vez que la veas.

Mei asintió, aunque no estaba del todo segura de cómo respondería su madre a un saludo como ése.

En el exterior del Estadio de los Trabajadores, los vendedores estaban instalando sus puestos. Se descargaban cajas de agua mineral, cola y bebidas gaseosas con sabor a fruta. Una mujer de habla rápida daba órdenes relativas a la colocación de los dulces de ciruela, las frutas secas, los cacahuets tostados y las pipas de girasol.

El estadio todavía no había abierto.

Yaping le pidió a Mei que le esperara junto a la entrada y desapareció en la taquilla. Unos minutos después salió con un hombre trajeado. Iban riéndose. El hombre abrió el cerrojo de una puerta lateral.

–Son sólo veinte minutos –le dijo Yaping. Era muy educado, pero tenía un aire de autoridad.

–No hay problema, señor, tómense el tiempo que necesiten –asintió el hombre. Era un hombre joven con actitud de viejo.

–¿Cómo has conseguido que te abra la puerta? –le preguntó Mei a Yaping cuando estuvieron dentro.

–Con un buen fajo de billetes –respondió Yaping.

El estadio estaba inundado de clara luz del sol y vacío kilométrico.

Yaping sonrió:

–¿Te acuerdas del partido de fútbol que vimos aquí? Era la clasificatoria de la Copa del Mundo, China contra Corea del Sur. Lo recuerdo como si fuera ayer. Gritaste y te exaltaste como todos los demás. Yo creo que nunca te había visto así.

Mei negó con la cabeza.

–No me acuerdo –mintió.

Pero sí que se acordaba. Aquel día el estadio estaba abarrotado y estridente. Por todas partes se agitaban pañuelos, sonaban tambores. Fue la primera y la última vez que estuvo allí.

Empezaron a andar junto a la barrera. A mucha distancia había unas pocas figuras

indistintas preparando el campo para el partido de por la tarde. Las líneas blancas estaban resplandecientes bajo el sol, tan agudas que herían la vista.

—Era un día de mucho calor. Luego vino la lluvia. Yo me fui a Estados Unidos —Yaping se inclinó sobre la barra hacia el cálido espacio que había entre ellos.

—Y dejaste de escribirme —dijo Mei, contemplando el perfil de Yaping. Con la luz, su boca parecía suave. Un mechón de pelo se había ido deslizando hasta su frente. Pero tenía una expresión perdida en la mirada.

Se sentaron en uno de los bancos.

—Sentía que nunca iba a poder ser lo bastante bueno para ti —dijo Yaping—. Tú siempre me hacías sentirme inferior. Daba igual cuánto me esforzase en impresionarte: tú siempre tenías el listón más alto.

—Ah, así que fue culpa mía.

—No, fue mía. Yo era joven e inseguro, un chico del sur, un pueblerino. Me ofendía con facilidad —Yaping respiró profundamente y dejó caer los hombros—. Conocí a mi mujer (mejor dicho, ex mujer) en el avión a Chicago. Para mi sorpresa, ella me persiguió. Yo me sentí halagado: ella pensaba que yo valía algo. Era un cambio agradable: sentirme solicitado, no tener que demostrar nada... y, por estúpido que suene, me gustó sentirme necesario. Tú nunca me habías necesitado, ni a mí ni a nadie. Me sentía inútil a tu lado. Y a veces te cerrabas: no podía alcanzarte. Era como si quisieras echarme de tu lado. ¿Es tan ilógico que un hombre quiera confianza, que quiera ayudar y proteger a la mujer que ama?

Mei frunció el ceño.

—¿Prefieres estar con alguien que sea débil?

—No, no es eso lo que quiero decir. Soy un hombre, ¿entiendes? Se supone que debo ser tu protector.

—Yo puedo cuidarme a mí misma —replicó Mei.

Yaping sacudió la cabeza y suspiró.

—Sabía que no lo entenderías. Pero no importa. Como te iba diciendo, yo estaba lejos de casa y solo en un mundo nuevo. Necesitaba cariño y aplomo. Luego vino el movimiento democrático estudiantil. Cuando vimos en la tele las noticias de la huelga de hambre de los estudiantes en la plaza de Tian'anmen, los estudiantes chinos de Chicago nos pusimos en movimiento. Conseguimos dinero, hicimos manifestaciones ante la embajada china. Hay algo en las épocas turbulentas que crea vínculos entre la gente. Nos enamoramos.

—¿Y qué pasó entonces? ¿Por qué os divorciasteis?

—Bueno, las personas cambian —Yaping contempló el estadio vacío como si tuviera el pensamiento muy lejos de allí.

—¿He cambiado yo? —preguntó Mei, inclinando la cabeza hacia un lado. Al hacerlo, sintió que algo tocaba su pelo. Era la manga de la camisa de Yaping.

—Todavía no lo sé. Pero sé que yo sí que he cambiado.

De no se sabe dónde vino un pequeño gorrión y se puso a tamborilear alegremente con sus minúsculas patas en los bancos.

—No estoy segura de si en realidad cambiamos —dijo Mei—. Cuando decimos que hemos cambiado, a lo mejor lo que queremos decir es que ha cambiado nuestra comprensión del mundo. ¿Recuerdas que cuando éramos jóvenes solíamos decir «para siempre»? Prometimos amarnos para siempre y recordarnos para siempre el uno al otro. No digo que no lo dijéramos de verdad, éramos sinceros al decirlo. Sólo que no teníamos ni idea de lo que significa «para siempre». No eran más que palabras que usábamos, como «lluvia» o «viento». Era una cosa que estaba ahí, una cosa oportuna.

Yaping se volvió a mirar de hito en hito a Mei mientras ella hablaba.

—Ahora he visto lo que es «para siempre» y, créeme, no tiene belleza ni glamour. «Para siempre» es de lo que está hecho el auténtico dolor. Mirando a mi madre en el hospital, he visto venir lo eterno. Se me ha acercado tanto que casi podría haberlo tocado. Cuando alguien muere, desaparece. La muerte es para siempre, irreversible y definitiva. Una vez que ocurre, nada la puede cambiar. «Para siempre» significa el final de todas las posibilidades, donde ningún error se puede enmendar y ningún remordimiento puede encontrar perdón.

»Cuando he visto cómo se le escapaba la vida a mi madre, algo me ha abandonado a mí también. Ya sabes cómo es mi familia. Mi madre nos crió a mi hermana y a mí ella sola. Luchamos mucho. Durante años vivimos en alojamientos temporales, muchas veces con poco que comer y a veces sin dinero con que comprar ropa para ir al colegio.

Alzó la vista al desierto estadio radiante de sol. Por unos segundos sus pensamientos divagaron.

—Pensar en el pasado me pone muy triste, sobre todo porque, como quizá recuerdes, nunca me he llevado muy bien con mi madre. Ahora que está gravemente enferma me doy cuenta de que hay muchas cosas que no sé de ella, y muchas que quisiera decirle.

»Cada vez que veo un rayo de sol nuevo, un verde nuevo en una hoja o una flor que brota, pienso en mi madre, en que puede que no vuelva a estar aquí para verlos. Y pienso en el día siguiente, en el año próximo, en que todas esas cosas volverán a ocurrir y la vida se renovará como si no tuviera memoria. El mundo continuará, yo continuaré, pero mi madre no.

Mei se quedó callada. Había olvidado adónde quería ir a parar con aquello. Fuera lo que fuese, ya no importaba; en ese momento había llegado a entender por qué buscaba a su madre en todos los lugares adonde iba. Había evocado su presencia en los parques urbanos y en los mercadillos mañaneros, y cuando andaba por las callejas estrechas y tortuosas veía en ellas a su madre y la soledad en sus miradas.

A lo lejos sonó una sirena, luego el sonido se fue apagando y se esfumó como un recuerdo.

—La quieres mucho, ¿verdad? —dijo Yaping. La voz de Mei le había llegado como el

viento por la pradera, como un amor perdido que vuelve a casa, más suave y más clara que en sus sueños.

—Eso creo. No sé. A lo mejor es esto lo que la gente llama amor. Pero yo no lo veo así. Para mí no es más que la forma en que son las cosas, la forma en que deben ser. No tengo elección. Mi madre es como un faro: por mucho que intente alejarme de ella, parece que siempre acabo por volver.

—¿Crees que lo vas a llevar bien?

—¿Si mi madre se muere, quieres decir? Pues no lo sé. Soy una luchadora, o por lo menos eso es lo que me gustaría pensar. Me he enfrentado a momentos difíciles antes de ahora: cuando tú te casaste y cuando dejé el ministerio. Pero esta vez es distinto.

Mei vio un fruncido mínimo en el entrecejo de Yaping.

—Supongo que debería explicarte por qué dejé mi antiguo trabajo.

Él asintió:

—Me gustaría entenderlo.

—Cuando trabajaba en el Ministerio de Seguridad Pública, tenía el puesto de ayudante personal del jefe de Relaciones Públicas. Era en muchos aspectos un trabajo interesante y succulento. Me llevaba el glamour sin los sudores del trabajo a pie de calle. Lo que hacía era sobre todo derivar órdenes y requerimientos a las oficinas locales y ocuparme de los principales actos y presentaciones públicos. Hacía de enlace para los visitantes extranjeros y acompañaba a mi jefe a reuniones del ministerio.

»Mi jefe no era muy brillante, pero para trabajar con él no estaba mal. Teníamos una relación cordial. Vivíamos dentro del mismo recinto. Fui muchas veces a comer a su casa y me llevaba bien con su familia. Lo que hay que entender es que, para un burócrata como él, había llegado a una edad crítica. Si conseguía seguir ascendiendo, se apreciaría su juventud para un cargo ministerial; pero si no lograba abrirse camino, muy pronto le considerarían demasiado viejo y tendría que dejar paso a la siguiente generación.

»Te estoy explicando esto para que entiendas por qué fue tan crucial lo que ocurrió. Como decía, como ayudante personal suya yo le acompañaba muchas veces a reuniones gubernamentales. Lógicamente, conocí a mucha gente importante, ministros incluidos.

»Para decirlo brevemente, uno de los ministros, según mi jefe, se había encaprichado conmigo y quería que fuese su amante. Ah, sí, eso es bastante corriente ahora, sobre todo cuando un hombre tiene dinero o poder. No te voy a decir quién era. Llevas demasiado tiempo fuera de China, seguro que ni lo conoces. Pero eso no importa. Yo dije que no. Y mi jefe, como no podía convencerme de que cambiara de opinión, me dijo que me iba a hacer la vida imposible hasta que aceptara. Sabes, yo me había convertido en la pasarela que podía llevarle a lo más alto del ministerio. Así que me desterró al trabajo de calle y me acosaba constantemente. Y la rueda de rumores seguía funcionando sin parar. No te puedes figurar las mentiras tan feas que se dijeron de mí, todavía me da náuseas pensar en aquello. Ya no tenía amigos. La gente me evitaba como a una plaga.

»Era como una riada de agua sucia que va llenando una cueva subterránea. Cada

espacio, cada abertura de mi vida estaban siendo inundados. No podía escaparme. Así que pedí la baja. Eso no acabó con las mentiras, desde luego; ya habían llegado muy lejos. Pero ya no podían hacerme daño. Saqué a aquella gente de mi vida. Saqué mi vida de la de aquella gente. A veces pienso que eso se me da bien y que lo prefiero así. Creo que tengo un caparazón duro; en algunos aspectos, puede que lo haya tenido desde los cinco años.

»Pero lo que tengo ahora por delante con lo de Mamá es aún peor. ¿Adónde puedo ir? ¿Cómo puedo huir de la muerte de alguien a quien quiero?

—A lo mejor no puedes —Yaping se inclinó, acercándose a ella. Mei sintió el calor de su cuerpo y le vio los músculos debajo de la camisa. De pronto deseó que él la tocara, aunque sentía que, si lo hiciera, ella se rompería en mil pedazos—. A veces uno no puede protegerse del dolor —sus palabras rodaron por el cuello de Mei como perlas desengarzadas—. Si intentas evitarlo sólo consigues hacerte más daño. No, no estoy pretendiendo darte un consejo; no tengo forma de entender cómo te sientes. Lo único que estoy diciendo es que, a veces, hacerse parte de lo que nos duele es de hecho lo que nos ayuda a sobrevivir. Nos ayuda a seguir con nuestras vidas.

—Probablemente tienes razón —respondió Mei—, sólo que yo no puedo pensar en sobrevivir, al menos ahora. Ya sé que no es coherente. No paro de pensar en la muerte y en lo eterno, pero cuanto más lo pienso, más siento que no puedo vivir sin ella. Ella es lo más parecido que tengo al cariño, por triste que parezca. El mundo es un lugar frío, por lo menos para mí, y sin ella sería mucho más frío.

Se quedaron callados. El sol se extendía por todo el amplio espacio que tenían ante ellos en ondas, como la música, algunas notas más altas que otras, en una serena armonía.

Mei le había contado a Yaping cosas que nunca le había contado a nadie. No lograba entender por qué lo había hecho.

—Siento haber hablado tanto de mí misma. Tú tienes que coger un avión —dijo, recomponiéndose.

—No, soy yo el que lo siente. Me gustaría que pudiéramos quedarnos así y seguir hablando mucho tiempo. En estos años me he imaginado muchas conversaciones como ésta. En cierto modo, todas formaban parte de una conversación muy larga que todavía estamos manteniendo. Siento muchísimo lo de tu madre.

Se pusieron de pie. El sol cálido les acariciaba la espalda como las manos de un amante. Un silencio triste empezó a dividir los minutos en mitades y las mitades otra vez en mitades hasta que ya no quedó tiempo.

—Es posible que vuelva a Pekín a trabajar —dijo Yaping—. La empresa quiere que crezca nuestra actividad en Asia y abrir aquí una sucursal.

Cuando llegaron a donde estaba el coche, Yaping sacó su equipaje del maletero.

—Voy a coger un taxi para ir al aeropuerto. El señor Liu puede llevarte a donde tú quieras. Está contratado por todo el día.

El conductor asintió cortésmente desde detrás del volante, sus guantes de una blancura impecable.

–Adiós, Mei –Yaping le tendió la mano.

–Adiós –ella le tendió la suya.

Sitiados por la luz blanca del sol, se quedaron con las manos cogidas, acordándose de una promesa que se les escabulló un día, en un tiempo lejano.

El portero del edificio de Lu tenía cara de luna llena, una sonrisa cálida y, por lo visto, una memoria asombrosa. Saludó a Mei por su nombre en cuanto ella entró en el portal.

–Señorita Wang, cuánto tiempo sin verla. ¿Qué han sido, seis meses, por lo menos? – el portero asintió, haciendo girar un lápiz con la mano. Llevaba el uniforme azul primorosamente planchado. Se había enterado de lo del ataque de Ling Bai y le dijo cuánto lo sentía–. Qué pena –sacudió la cabeza–. Lo han tenido difícil; la generación de los mayores, quiero decir. Primero fue el Gran Salto Adelante: nada que comer; luego la Revolución Cultural: la lucha y la paliza diarias. Por fin la vida mejora un poco, los hijos y las hijas van prosperando, y ahora, esto. Una pena, ya digo. La gente como su madre se ha pasado la vida sufriendo; no es de extrañar que se les haya resentido la salud.

Suspiró, jugueteando con el lápiz.

–Su hermana ha salido, pero ha dicho que subiera usted directamente en cuanto llegara –hizo una ligera inclinación.

Mei le siguió hasta el ascensor.

–Cómo quiere Lu a su madre. Rompe el corazón verla tan preocupada –dijo el portero.

Tras ellos, la gigantesca puerta de cristal se abrió y entraron un joven veinteañero rubio de bote y una chica algo más joven con un par de gafas excesivas y una melena rosa de muñeca. El chico llevaba una bolsa de golf tan grande como él mismo, con un hato de palos de golf cuidadosamente escondidos en mullidas fundas amarillo pollito. También se veían unas fundas rosas con pompones, presumiblemente de la chica.

El portero llamó rápidamente el ascensor para ellos, sonriendo a los recién llegados. La chica le hizo una inclinación y el chico le devolvió un hola cortés. Ninguno de ellos volvió a hablar. El ascensor del ático apareció enseguida.

–Gracias –dijo Mei, al tiempo que entraba en él.

Quería decir algo más, corresponder a la amabilidad del portero. Pero, antes de que pudiera hablar, la puerta se había cerrado y ella ascendía.

Con un sonido de campana, el ascensor se paró. Mei salió. Una impoluta moqueta beis se extendía por un pasillo blanco. Había lámparas como bolas de cristal distribuidas a lo largo de las paredes. No había sonido, sólo la pálida armonía de la muda perfección.

Mei tocó el timbre y esperó.

–¡Oh, Mei, has venido! –exclamó el ama de llaves, abriendo la puerta tanto como su

sonrisa.

Un ligero aroma de clavo y jengibre saludó a los sentidos de Mei. La luz del sol hacía más profundos y cálidos los matices, y se pegaba a las ventanas que llegaban desde el suelo hasta el techo.

–Tu tía está durmiendo –dijo el ama de llaves.

Mei asintió y le dio el bolso y la chaqueta.

–¿Qué tal estás, tía Zhang? –dijo, volviendo la cabeza hacia un lado para que sus palabras pudieran seguir al ama de llaves mientras ésta se echaba a andar–. Parece que has adelgazado.

–¿De verdad? –la tía Zhang dio una vuelta. Se alisó la camisa de flores–. ¿Te parece? –preguntó complacida.

La tía Zhang rondaba los cincuenta años. Tenía los brazos y las piernas largos, con grandes manos y pies. Llevaba muchos años trabajando para Lu, primero limpiando y cocinando y luego, cuando Lu se casó, como ama de llaves, supervisando a las asistentes y a la cocinera.

Miró a Mei con una delicadeza que ayudaba a suavizar sus rústicos rasgos:

–Sé que estás preocupada por tu madre –sacó un par de zapatillas de franela blanca del zapatero–, pero escucha a la tía: tienes que cuidar de ti misma. Es lo mismo que le digo a Lu. No dejes que esto te hunda, porque entonces tu madre no podrá tenerte como apoyo.

Mei se puso las zapatillas. Estaban nuevas como la nieve virgen.

La tía Zhang señaló con la barbilla hacia la ventana.

–Siéntate. Te traeré un té.

Mei bajó dos escalones hasta el salón. Había largos trincheros antiguos de laca roja arrimados a las paredes. Por todas partes relucían objetos: un Buda de oro, un par de copas de vino antiguas, dos caballos de porcelana tricolor de la dinastía Tang, una caja de arras pintada con oro auténtico (eso decía Lu), un equipo de música Bang & Olufsen, premios, trofeos y fotos en marcos brillantes. Había dos macetas de orquídeas blancas en soportes con forma de clepsidra, con veinte flores cada una. El techo era tan alto que le hacía sentir vértigo.

Mei se sentó en el sofá al pie de un retrato a lo Warhol de Lu. Resultaba extraño ver en la pared a Lu en lugar de a Mao Zedong o a Marilyn Monroe.

Mei cogió de la mesita baja un lujoso libro sobre el río Azul y lo hojeó. En una de las páginas vio un junco solo, con su enorme vela amarilla, meciéndose en la margen de una oscura extensión de agua. A Mei le impresionó su solitaria grandeza. Algunas páginas más allá había fotos de las famosas cuevas y los «caminos celestiales». Esos caminos estaban cincelados en acantilados verticales: durante siglos, los ejércitos habían marchado lealmente por ellos. «La gente de la zona cree», explicaba el texto, «que por la noche aún puede oírse a los fantasmas de los soldados muertos que se afanan en subir los acantilados».

Todo eso estaría muy pronto bajo el agua, desaparecido para siempre, cuando la presa de las Tres Gargantas estuviera terminada. Mei pensó que tenía que ir y ver por sí misma el río antes de que fuera demasiado tarde.

—Aquí tienes el té —la tía Zhang entró con una bandeja en la que había una tetera de hierro fundido y delicadas tazas con ribete de oro.

—¿Dónde está Lu? —preguntó Mei.

—Ha ido al salón de belleza, pero estará de vuelta muy pronto.

La tía Zhang sirvió la primera taza, verde como el valle.

—Bebe sin prisa —dijo—. Si no me necesitas, tengo que ir a ayudar a la cocinera.

Las dos mujeres se sonrieron. Luego la tía Zhang salió, balanceando sus largos brazos.

Mei se acercó con su té a la ventana. El crepúsculo rosa cubría los tejados de Pekín. Ella siempre había sentido ajena esa parte de la ciudad, con sus chalés vallados, sus embajadas de otros países y su arquitectura de escaparate a lo largo del paseo de la Paz Eterna. No había puesto el pie en esa zona hasta su último año en la universidad. Un estudiante japonés de intercambio la había llevado de compras a la Tienda de la Amistad, que estaba dedicada a los extranjeros, a dos manzanas hacia el sur de allí, en el paseo de la Puerta Interior de Jianguo.

Era la primera vez que Mei entraba en la Tienda de la Amistad. No podía creer lo que veían sus ojos. Las salas forradas de mármol estaban llenas de cosas que nunca había visto antes: oro, perlas, zapatos españoles, ropa deportiva estadounidense, cosméticos y perfumes. Y todas ellas eran extraordinariamente caras. Su compañero llevaba cupones por valor de cincuenta mil yenes japoneses. Mei apenas recordaba ya a aquel acompañante, salvo que siempre llevaba un largo abrigo negro y que era buen cocinero. La había enseñado a hacer sushi.

—Mei —dijo una voz suave detrás de ella.

Mei se volvió y vio a la tía Pequeña. Llevaba una camisa azul recién planchada. Su pelo negro brillaba del lavado y el suavizante.

—¿Has dormido bien?

—Profundamente, como hacía días que no dormía —la tía Pequeña sonaba animada.

—Hay té, pero se está quedando frío. A lo mejor la tía Zhang te puede hacer otro.

—No, ya he tomado mucho té.

Se sentaron en el sofá. Mei le preguntó a la tía Pequeña por su familia y si había alguna novedad cuando les llamó por la tarde. Intercambiaron noticias de otros parientes. Desde algún punto de la parte de atrás se oyó un suave tintineo de platos y vasos: la tía Zhang debía de estar poniendo la mesa para la cena en el comedor.

—¿Está ya la cena? —las sorprendió la voz cantarina de Lu. Se volvieron y la vieron en lo alto de los escalones con un vestido rosa. Era como si un trozo del cielo ardiente se hubiera desprendido y hubiera entrado con ella. Su pelo largo brillaba y lanzaba destellos de luz reflejada—. ¡Estoy muerta de hambre! —se quitó de un puntapié los zapatos de tacón y saludó con la mano a su hermana y a su tía.

La tía Zhang le llevó sus zapatillas de piel de cordero.

—Ya está preparada, ya está —asintió.

—Muy bien. ¡Mei! ¡Tía Pequeña! —les hizo gestos con la mano—. Venga, vamos a comer —Se disculpó por llegar tarde—: Hoy mi manicura estaba enferma y me ha tenido que atender otra que no entendía lo que yo quería que me hiciera. ¡Uf, qué dolor de cabeza!

Luego cogió del brazo a la tía Pequeña y le dijo amablemente:

—¿Por qué no te vas mañana al salón de belleza con mi tarjeta de socia? Que te hagan la cara, un corte de pelo o lo que a ti te apetezca.

Entraron en el comedor. Había una gran mesa de palo de rosa cubierta con un mantel y puesta con centelleante cristal y palillos de punta de marfil. Las paredes eran blancas y estaban decoradas con pinturas abstractas al óleo. Del techo colgaba una araña tan grande que más parecía propia de un salón de baile.

La tía Zhang y una mujer fornida traían platos servidos en fuentes de un azul Ming.

—Tienes que probar ese tratamiento nuevo que llaman «envoltura de algas» —le dijo Lu a Mei cuando estuvieron sentadas a la mesa—. Es fantástico, garantizado contra la energía negativa y la celulitis.

—¿Ah, sí? —dijo educadamente Mei.

—Ya sé que piensas que los salones de belleza son una cosa artificial. Pero, mi querida hermana, podemos darnos una ayudita de vez en cuando, sobre todo ahora que ya tenemos cierta edad —Lu le guiñó el ojo a su hermana y sonrió.

La tía Zhang les trajo arroz blanco como la nieve.

Lu dijo a sus invitadas:

—He estado leyendo el *Última edición de Pekín* en el salón de belleza. Dice que el gobierno ha mandado cerrar todos los puestos de compraventa de acciones. Parece que por fin van a tomar medidas para acabar con la Bolsa de andar por casa.

La tía Pequeña asintió, mirando primero a Lu y luego a Mei.

—Últimamente en Shanghai todo el mundo se dedica a la Bolsa de andar por casa. En cuanto se abren los puestos de compraventa por la mañana están las abuelas haciendo cola para comprar y vender.

—Se meten a especular como quien apuesta en las carreras de caballos —dijo Lu—. La mayor parte de los pequeños inversores son unos ignorantes. Mira a esas abuelas, por ejemplo: apenas tienen estudios. ¿Qué sabrán ellas del mercado de valores? Al fin y al cabo, el mercado de valores no es lo mismo que el mercado donde hacen la compra por las mañanas.

»Bueno, en los negocios te encuentras con el mismo problema —continuó—. La cantidad de empresas que hay últimamente, construyendo hoteles, apartamentos, oficinas, y hasta carreteras; algunas pueden ser bastante corruptas y harían lo que fuera por dinero. El gobierno tiene que mirar con cuidado a quién encarga esos proyectos. Eso no es ni monopolio ni elitismo. Es como lo que ha dicho la Central del Partido:

capitalismo con una orientación socialista. Si el gobierno puede regularlo y hacer que manejen la economía buenos hombres de negocios, a China sólo puede irle mejor. Mirad Singapur: se valora más a la gente que tiene una educación superior porque, bueno, afrontémoslo, *son* mejores.

»Cuando Lining y yo vamos al extranjero, la gente siempre nos dice: «Qué cosmopolitas sois». Nos ven como representantes de la China moderna.

La tía Pequeña asintió:

—La gente como Lining y tú es lista.

—Pero también trabajamos mucho —dijo Lu—. El elitismo es un error si los que son especiales no cumplen con sus obligaciones. Somos un modelo de comportamiento, no debemos olvidarlo.

Después de la cena les sirvieron té de jazmín en el salón. Sobre la mesa baja la tía Zhang dispuso pipas de girasol tostadas, lichis secos y cacahuets salados en cuencos de cristal.

—Gracias por esta estupenda cena —dijo la tía Pequeña. Se recostó con cuidado de no verter té en el sofá de plumón de oca blanca de Lu.

—Nuestra cocinera es de verdad muy buena, ¿a que sí? Le diré que os ha gustado cómo cocina. Es una pena que Lining y yo no cenemos en casa más a menudo —Lu hablaba suavemente, tomando sorbitos de su taza de té ribeteada de oro—. Mei, ¿qué te parece mi suelo nuevo? —sonrió, ladeando un poco la cabeza—. Me lo acaban de hacer. Ahora todo el mundo pone los suelos de mármol —señaló al suelo con sus dedos de uñas esmaltadas en rojo—. La piedra es importada de Italia.

—Muy bonito —dijo la tía Pequeña, asintiendo mientras pelaba ruidosamente pipas de girasol con los dientes.

—Al principio no quería molestarme en hacerlo; al fin y al cabo, nos vamos a mudar muy pronto. Pero luego, ya me conoces, no me gusta dar mi brazo a torcer.

—¿Que te vas a mudar? Pero si no llevas ni dos años viviendo aquí —a Lu siempre le pasaba algo nuevo: otro jade, otro rubí, un coche más nuevo, un asistente de mejor aspecto, amigos más deseables. Mei apenas lograba estar al tanto.

—Nos hemos comprado un apartamento en ese edificio nuevo del paseo de la Puerta de Jianguo que se llama Torre Jianguo. De hecho, ayer firmamos el contrato. ¿Sabes tú cuál digo, Mei? Lo tienes que haber visto: es inmenso.

—¿Pero es que te vas a mudar sólo por un par de manzanas? Si este apartamento es precioso.

—Ah, querida, el paseo de la Puerta de Jianguo es el Park Avenue de Pekín, y la Torre Jianguo va a ser el único edificio de apartamentos permitido dentro de la Puerta de Jianguo. La gente ya está hablando de ella. Vas a ver cómo la Torre Jianguo se convierte en el mejor sitio de Pekín.

—Los apartamentos tienen que ser muy caros —dijo la tía Pequeña con envidia.

—Lo son, y además te tienen que dar el visto bueno los directores del proyecto.

Quieren sólo a la gente más respetable –Lu se estaba animando. La cara le brillaba de autosatisfacción.

Mei la miró estupefacta.

–¿Fue por eso por lo que no fuiste ayer a ver a Mamá? ¿Porque estabas comprándote un apartamento nuevo?

–Era importante. Llevábamos meses esperando a que nos dieran la aprobación.

–¿Más importante que ocuparte de tu propia madre? –le espetó Mei.

–No me critiques a mí. Tú tampoco estabas allí –replicó Lu.

–Qué egoísta eres. Sólo te preocupas de ti misma. «Ay, no puedo ir a ver a mi madre, que se está muriendo, porque tengo que ir a comprarme un apartamento más grande y mejor.»

–¿Que yo soy egoísta? –Lu se puso de pie, los almendrados ojos llameando de rabia–. ¿Qué has hecho tú por Mamá? Yo he traído a la tía Pequeña de Shanghai y he pagado todos sus gastos. También habría pagado los gastos de hospital de Mamá, que muy bien podrían haberle salvado la vida. ¿Y qué puedes hacer tú? Nada; porque no tienes nada. Eres un gran fracaso. De hecho, lo único que has hecho siempre ha sido dar disgustos a Mamá. Probablemente es culpa tuya que esté en el hospital.

Mei se levantó.

–¿Cómo te atreves? Yo quiero a Mamá. Haría cualquier cosa por ella. ¡Tú has triunfado porque has utilizado a todas las personas que has conocido!

–¡Chicas, chicas! –la tía Pequeña se puso de pie, moviendo los brazos como una demente–. ¡Parad ahora mismo este absurdo! –gritó–. Le rompéis el corazón a vuestra madre –de pronto rodaron lágrimas por sus mejillas–. ¿Tenéis idea de todo lo que ha pasado vuestra madre? Esto no está bien, sobre todo después de lo que ella ha hecho por vosotras.

Mei y Lu cogieron cada una de un brazo a la tía Pequeña y la ayudaron a sentarse en el sofá. Lu trajo rápidamente un paquete de clínex. La tía Pequeña lloraba, ora gimiendo dolorosamente, apretándose el pecho, ora haciendo mudos pucheros. Las hermanas contemplaron las lágrimas que se vertían por sus mejillas como si no tuvieran fin. Las conmovió que su tía, a quien siempre habían conocido como la feliz hermanita menor de su madre, pudiera albergar tanta pena en su diminuto cuerpo; le temblaban los hombros, tenía los ojos rojos y llenos de aflicción.

–Háblanos de eso –dijo Mei. Le echó una mirada a su hermana: no la había perdonado, pero ahora tenían que dejar de lado sus diferencias y hablar con la tía Pequeña.

–Queremos saberlo –dijo Lu.

La tía Pequeña sacudió la cabeza:

–Le prometí a vuestra madre...

–Tía Pequeña –la dulce voz de Lu tenía autoridad–. Yo sé que Mamá no habría querido tener secretos para mí si supiera que se iba a morir.

Mei le sirvió una taza de té a la tía Pequeña. La fragancia del jazmín llenó el aire.

–Tía Pequeña, cuéntanos, por favor. Nosotras ya hemos descubierto muchas cosas. Sabemos que Mamá y el tío Chen trabajaron juntos. ¿Cuándo fue eso? ¿Qué hacía Mamá?

Poco a poco, la tía Pequeña dejó de sollozar. Se enjugó la cara con un clínex limpio y cogió la taza de té.

–Tendré que empezar por el principio –dijo pausadamente, mirando a las pipas de girasol del cuenco de cristal como si les estuviera hablando sólo a ellas.

Sus sobrinas asintieron. La presión en el cuarto había llegado a tal intensidad que daba la impresión de que una palabra más o un simple movimiento podían hacer que aquella confrontación se viniera abajo.

Despacio, suavemente, la tía Pequeña empezó:

–Vuestra madre fue seleccionada por el Ministerio de Seguridad del Estado antes incluso de licenciarse en la universidad. Hablaba bien el ruso, era una estudiante brillante y disciplinada, y además la representante del Partido Comunista en su clase. Sí, entró en los servicios secretos. Era un trabajo de mucho prestigio, como os podéis imaginar.

»Lógicamente, había mucha reserva: nunca podía decirme exactamente lo que hacía, y a veces ni siquiera dónde estaba. Pero yo sabía que era feliz. Se hizo nuevos amigos y volvió a conectar con viejos amigos, como el tío Chen, que también entró en el ministerio. Y conoció a vuestro padre, un joven escritor en alza, atractivo e inteligente. Vuestra madre se enamoró profundamente.

»Luego vino la Revolución Cultural. De pronto las instituciones, lo que solíamos llamar la Vieja Guardia, se convirtieron en enemigos del Estado. Yo me alisté en las Guardias Rojas, como tantos millones de adolescentes. Viajábamos por el país rebelándonos contra lo antiguo. Al poco tiempo, el país entero estaba siendo puesto patas arriba. Entonces vuestro padre fue denunciado y enviado a un campo de trabajos forzados por sus opiniones contra Mao. Vuestra madre fue con él, llevándoos a vosotras dos.

»Cuando por fin volvió a Pekín, había estado un tiempo enferma y había adelgazado mucho. No sé cómo os rescató vuestra madre del campo de trabajo, nunca me habló de eso. Pero sé que tiene que haber sido un infierno para ella. Uno no salía así como así de un campo de trabajos forzados.

»Ella había cambiado. Vuestra madre era guapa de joven. Pero cuando volví a verla después del campo de trabajo, parecía vieja y su belleza había desaparecido; estaba triste y hacía grandes esfuerzos para escapar de la desgracia que parecía estarla consumiendo. Había perdido su casa, su marido y su trabajo. No tenía esperanza alguna, aparte de vosotras dos.

»Es probable que no os acordéis de lo duro que fue cuando os estabais criando. Os iban trasladando de aquí para allá, a cualquier sitio donde hubiera un cuarto libre, y

nunca os llegaba para comer. Tu madre luchó mucho, hasta que al final le dieron el trabajo en la revista.

—¿Qué pasó con su trabajo del Ministerio de Seguridad del Estado? —preguntó Mei.

—Lo perdió. Como estaba casada con tu padre y había ido con él al campo de trabajo, ya no era una revolucionaria roja. Ya no podía seguir trabajando para el Ministerio de Seguridad del Estado.

—¿Y por qué ahora el ministerio se está ocupando de ella? —preguntó Lu, brillantes sus ojos de almendra.

—No sé si será el ministerio. No ha tenido nada que ver con ellos en veinticinco años —la tía Pequeña parecía reacia a continuar.

—¿Pero quién si no podría tener tanto poder? —Lu frunció el ceño.

La tía Pequeña sacudió la cabeza.

—Sea quien sea, ojalá hubiera llegado antes. Así ella no habría sufrido tanto. Mi pobre Hermana Mayor. Estaba sola y la salud se le iba. No debería haber sido así. Se suponía que ella lo tenía todo: belleza, inteligencia, pasión y un futuro brillante. Pero tuvo que casarse con vuestro padre.

—¿Tú sabes lo que le pasó a él? —durante veinte años, Mei había esperado a que alguien le diera una respuesta—. ¿Cómo murió?

—No lo sé y, francamente, creo que no deberías preguntar por él. Sobre todo ahora. ¿Por qué siempre te ha importado tanto tu padre? Eso es lo que suele poner triste a tu madre. Vuestro padre está muerto, y os destrozó la vida. Es vuestra madre la que ha sufrido, la que os ha querido y os ha criado. Espero que entendáis las dificultades que ha tenido que pasar. Escaló un monte de dagas y buceó en un mar de fuego por vosotras dos. Estáis hoy aquí porque ella os eligió. Eligió quereros a vosotras.

A medida que la tía Pequeña pronunciaba estas palabras, empezó a llorar de nuevo. Su hermana también la había querido a ella. Y ahora, la que había sido tan fuerte y tan generosa se estaba muriendo.

Mei anduvo a paso vivo a lo largo de los muros de la Antigua Sala de Plegarias. La mañana seguía fresca por el influjo de la noche. Los viejos y los enfermos habían salido al parque a hacer ejercicio, haciendo remolinos con los brazos. Un grupo de mujeres de mediana edad hacía ejercicios de sable en una glorieta. Junto a un pequeño estanque, un joven, de pie en el borde de un kiosco, cantaba ópera de Pekín.

La luz tranquila del sol, los gorriones que revoloteaban rápidos entre los árboles y las difusas campanas del Templo de los Lamas, todo parecía parte de un cuento de hadas.

—¡...nos días!

—¿Qué, sacando los pájaros a pasear?

Dos hombres se saludaban. Mecían sus jaulas de pájaros de un lado a otro. Llevaban camisas blancas de cuello mandarín y pantalones oscuros.

Fue en la plaza de más allá de la arboleda, en medio de los pajareros y sus jaulas colgadas de las ramas, con el canto de los arrendajos azules y los canarios amarillos, donde Mei encontró al tío Chen.

El tío Chen estaba haciendo taichí con un grupo de unas cincuenta personas. De lejos parecían una multitud echando una carrera lenta: estaban todos en cuclillas. Vuelto de espaldas, el profesor se movía ajeno a sus discípulos, que copiaban sus movimientos con calma y precisión.

El chándal beis del tío Chen le apretaba la tripa como un amigo, dejándole poco espacio para respirar. Cuando vio a Mei, dejó de «tejer la seda», se disculpó con una inclinación y zigzagueó para salir del grupo.

—Me ha dicho la tía Chen que te encontraría aquí —dijo Mei.

—Ha sido idea suya que haga taichí. Para adelgazar, me dice. Yo, sinceramente, preferiría quedarme durmiendo los domingos —el tío Chen se enjugó el sudor de la frente con la manga del chándal.

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar?

—Claro. ¿Has desayunado?

Mei negó con la cabeza.

Se dirigieron hacia la entrada que daba al este, a contracorriente de los remolinos de brazos. Algunos de ellos le lanzaban un hola o un asentimiento cómplice al tío Chen, que les correspondía cumplidamente. Tenía orgullo en la mirada. En compañía de Mei se le veía no más ancho, sino más alto.

Los vendedores ambulantes habían plantado sus hornillos en la calle de la Comida Exquisita. Dados de queso de soja y carne picante de vaca crepitaban en las planchas de freír de hierro. El humo de las parrillas de carbón flotaba por todas partes. Los vecinos se saludaban calurosamente unos a otros, y clientes y vendedores gritaban.

—¿El hermano pequeño todavía se hace pis en la cama?

—Gracias a Dios que no es más que mi nieto.

Las guindillas y los granos de pimienta de Sichuan recién fritos chisporroteaban, levantando una ráfaga de toses.

—Jefe, no se pase con la guindilla, ¿eh? —un hombre abanicaba el humo con la mano.

—¡Si no pica, no sabe! —gritó el hombre de ojos negros desde detrás de una nube de vapor.

—Vamos al salón de té —el tío Chen le tiró del brazo a Mei—. La tía no me deja comer en la calle. Le parece que ésos no son sitios limpios.

El salón de té tenía la fachada abombada y la pintura desconchada. Tuvieron que darle un empujón a la puerta, que al parecer se atascaba. Dentro, la sala estaba húmeda y llena de humo.

—Éste es del Estado. Es caro, pero está limpio —dijo el tío Chen.

Encontraron una mesa en un rincón. El tío Chen se dirigió al mostrador. A los cinco minutos volvió con dos cuencos de sopa de arroz con huevo en salmuera, dos cestillos de bollitos Dragón y un plato pequeño de encurtidos.

Se sentó del otro lado de la mesa. Empujó un cestillo hacia Mei y le dijo que comiera:

—Los jóvenes como tú necesitáis comer para haceros fuertes.

Se atragantó: la sopa estaba caliente.

—¿Has encontrado el jade? —el tío Chen miró con ansiedad a Mei.

—En realidad no he venido por lo del jade.

—Ah, pensé que... —el tío Chen le dio un mordisco a un bollito Dragón. Un reguero de aceite manó de la comisura de su boca; se lo limpió rápidamente con la mano—. ¿Entonces de qué quieres hablarme? —preguntó.

Mei empujó con los palillos los huevos en salmuera, hundiéndolos en la sopa de arroz. No tenía hambre. Contempló cómo devoraba el tío Chen los bollitos Dragón.

—¿Quién se está ocupando de mi madre? ¿Son los servicios secretos? —preguntó.

Una lámina de rábano en vinagre se le atravesó en la garganta al tío Chen, que tosió:

—¿Qué te ha hecho pensar eso?

Mei frunció el ceño.

—Lo sé, tío Chen. La tía Pequeña nos lo ha contado. Tú también eres uno de ellos —apartó su cestillo de bollitos Dragón—. Tú lo sabías, ¿verdad? Por eso no te sorprendiste lo más mínimo cuando te dije que habían trasladado a mi madre.

El tío Chen enterró la cara en el cuenco de sopa. Un largo silencio cayó como una pluma.

—Song dijo que él se ocuparía —dijo al fin el tío Chen, de forma casi inaudible.

—¿Y él quién es?

El tío Chen apoyó los palillos sobre el cuenco de sopa y se enjugó la cara con sus manos rosadas.

—Ésa es una pregunta fácil de difícil respuesta —se inclinó hacia delante—. Nunca verás su foto, ni su nombre siquiera, en los periódicos. Uno ve a Song y se figura que es un limpio funcionario de grado medio de alguna unidad de trabajo sin rostro. Y no, es un hombre que puede decidir la vida o la muerte si quisiera.

A dos mesas de allí había gente que se iba, arrastrando las sillas en el suelo y hablando fuerte. El tío Chen esperó hasta que hubieron salido y luego continuó:

—Yo seguí a tu madre hasta Pekín cuando vinimos a la universidad. No dejamos de ser buenos amigos, pero en aquellos años parecía que ella iba por delante: las mujeres maduran mucho más deprisa a esa edad. Por la época en que entró en el Ministerio de Seguridad del Estado, habíamos derivado cada uno hacia un lado. Quizá por eso luché tanto por meterme en el cupo de ese mismo ministerio. Por lo que puedo recordar, ésa fue la única vez en mi vida que competí por algo con tanta determinación. Pensaba que si entraba en el mismo ministerio podría reavivar el tipo de relación cercana que teníamos en Shanghai, y que quizá algún día ella llegaría a verme como algo más que un amigo.

El tío Chen miró a otro lado. Su voz se iba irritando.

—Pero, por supuesto, el ministerio era inmenso. Tu madre y yo no trabajábamos exactamente juntos, si es que puede decirse así. En realidad, ella vivía y trabajaba dentro del recinto principal del Jardín de Poniente, mientras que yo trabajé primero en una unidad especializada cerca del Jardín del Bambú de Púrpura y luego en la Agencia de Prensa Xinhua.

»Aun así se renovó nuestra amistad, porque pertenecíamos al mismo ministerio y hacíamos trabajos parecidos. A veces pasábamos juntos los domingos. Por aquel entonces la semana tenía seis días, y el domingo era el único día libre. Tu madre le gustaba a mucha gente y tenía muchos amigos; pronto todos nos fuimos conociendo. Así fue como conocí a Song, que era el jefe del grupo de ella en aquellos tiempos.

»Song tenía dos años más que tu madre. Era alto y guapo, era una estrella. A mí no me caía bien. Puede que me sintiera amenazado por él... pero entonces me sentía amenazado por mucha gente. Había algo en él que siempre me dejaba intranquilo, tenía siempre la sensación de estar siendo observado. Es muy raro, ya lo sé, pero así es como me sentía. Como si él tuviera un tercer ojo.

»Tres años más tarde empezó la Revolución Cultural y las cosas se pusieron mucho más oscuras. Se abrían los expedientes secretos y se creaban otros nuevos. La gente era denunciada por una razón u otra, especialmente si habían dicho o escrito cualquier cosa que pudiera considerarse «antirrevolucionaria». Pronto la gente empezó a morir en grandes cantidades, de formas horribles. Yo conocí a un tipo que fue apaleado hasta la muerte porque llevaba jerséis de cachemira de marca extranjera. ¡Qué locura fue todo aquello!

»La Revolución Cultural fue un golpe para tu madre. Cuando estuvimos en Luoyang, se quedó asombrada al ver lo que estaba ocurriendo en la calle.

–Creía que me habías dicho que habías ido tú solo.

–No quería meter a tu madre en la historia, pero ahora ya lo sabes. Las Guardias Rojas se habían atrincherado en el tejado de la biblioteca con ametralladoras y habían excavado túneles por debajo de sus posiciones para las líneas de abastecimiento. Hubo muchísimas muertes. Era gente muy joven y muy llena de devoción al Presidente Mao y al Partido. Tu madre no podía soportar mirar esas caras pálidas y esos cuerpos ensangrentados. No podía aguantar los gritos ni el rugido de las balas. Acababa de tenerte a ti. Eras algo tan bonito, una vida que acababa de empezar.

»Antes de que pasara mucho tiempo estábamos todos atrapados como pequeños insectos en la telaraña cada vez más apretada de la revolución, siendo denunciados, denunciando a otros, siendo enviados a campos de trabajo... Perdí por un tiempo el contacto con tu madre y por eso no tuve contacto con Song. Unos años después, empecé a oír su nombre: mientras nosotros sufríamos, él había ascendido a los puestos más altos del ministerio.

»Hacia el final de la Revolución Cultural, Song fue depuesto. Bueno, era muy difícil bandearse en la política de aquellos tiempos, las cosas se daban la vuelta todo el tiempo... Un día Deng Xiaoping era un héroe, y al día siguiente, el enemigo público número uno. Así que no era inconcebible que Song pudiera haber errado en sus cálculos. Cuando cayó, su hijo fue enviado a las montañas de Dongbei, y oí decir que casi se muere allí.

»Luego vino la muerte de su mujer. Fue una cosa misteriosa: al parecer nadie sabía los detalles. Por lo que yo sé, pudo haber sido el propio Song el que la envió a la muerte. Tenía un algo muy frío por debajo de ese aspecto seductor. Hay personas de las que uno simplemente sabe que un día podrían golpear con la mayor crueldad.

»Su pérdida de poder y el sufrimiento de su familia hicieron de él una víctima de la Revolución Cultural, lo cual le dio los títulos para volver a ascender a la muerte del Presidente Mao.

El tío Chen suspiró.

–Así que ahí lo tienes. Cuando empezamos, Song no era más que el jefe de un grupo. Ahora es el subdirector del Ministerio de Seguridad del Estado: tiene un gran apartamento, un coche con chófer y un montón de poder.

–¿Pero por qué quiere ayudar a mi madre?

–Dejando a un lado el hecho de que a mí no me cae bien, con tu madre parece que se ha comportado. Durante un tiempo creímos que iban a casarse.

»Cuando tus padres se conocieron, tu padre era un joven escritor prometedor, un poeta de cierta fama. Era también un idealista, lo contrario de gente como nosotros, cuyo trabajo era espiar a otros. Es posible que ya entonces tu madre albergara inconscientemente dudas sobre cuáles eran sus deberes y sobre el mundo que ella

representaba. Me imagino que era por eso por lo que tu padre ejercía tanta fascinación sobre ella.

El tío Chen suspiró otra vez, como si la vida hubiera sido un prolongado suspiro.

—Tu madre era una mujer guapa, inteligente y llena de vida. Todos estábamos enamorados de ella. Por desgracia, ella quería a tu padre.

Una chica regordeta con un delantal sucio había irrumpido en medio para recoger los platos vacíos en la bandeja de plástico que traía bajo el brazo, golpeando los cuencos y las fuentes sin ningún cuidado mientras lo hacía. El lustre de su cara traía el aire del interior de la cocina, espeso de manteca y de olor a salchichas curadas. Mei contempló cómo pasaba el paño por las mesas. Sus movimientos eran flojos, su ser entero estaba aletargado.

—¿Tomamos un poco de té? —le preguntó Mei al tío Chen. Sin esperar la respuesta, se levantó y se dirigió al mostrador, sintiéndose mareada.

Una mujer del tamaño de un pequeño elefante estampó una toalla en la barra.

—¡Te pillé! —exclamó, apartando con una toba del dedo corazón una mosca muerta—. ¿Qué quería? —le preguntó a Mei sin sonreír. Se secó las manos con la toalla.

—Una tetera de té Wulong, con dos tazas —Mei sacó su monedero.

La mujer se fue hacia el mostrador que había detrás de ella, cogió unas pocas hojas de té de una lata y las echó en una tetera marrón. Levantó una enorme pava de aluminio de la estufa y vertió agua caliente en la tetera.

—Cuatro yuanes —volvió a poner de un golpe la tapa de la tetera y empujó dos tazas hacia Mei.

Ella le tendió el dinero antes de que la mujer pudiera escupirle encima. Mientras se alejaba de allí con el té vio cómo el tío Chen se zampaba los últimos bollitos Dragón. Esta vez la mirada de Mei absorbió sus señas corporales en todos sus detalles: la abultada tripa, la cabeza que parecía un huevo del revés y la espalda combada sobre la mesa. ¿Él estuvo enamorado de *Mamá*? El estómago se le contrajo. Entonces pensó en Song, en su esbeltez y en su andar elegante. Aquel hombre tenía un controlado carisma.

Con el té en las manos, Mei inspiró largamente y forzó una sonrisa:

—¿Un té Wulong?

Se sentó y sirvió el té. Sus manos se tendieron para coger las tazas al mismo tiempo. «Perdón», dijeron los dos, avergonzados.

—¿Sabes tú lo que ocurrió en el campo de trabajo? ¿Cómo consiguió ella sacarnos? ¿Y por qué no a mi padre también? —Mei sostuvo su taza cerca del corazón.

El tío Chen negó con la cabeza.

—No lo sé. Nunca me lo contó. Nunca ha querido hablar de aquel periodo de su vida.

Le echó una mirada a Mei con todo el dolor del mundo en los ojos.

—Lo siento, Mei. Si no quieres continuar con lo del jade, lo comprendería.

—Voy a continuar, y lo voy a encontrar —le espetó Mei.

Su voz se desvaneció. Ahora estaban los dos callados. Las camareras habían

desaparecido. El salón de té estaba vacío. Un regusto almizclado llegaba de no se sabe dónde.

—¿Sabes lo que es el ojo de jade? —preguntó Mei.

El día anterior había llamado a Pu Yan con la misma pregunta; pero él no sabía la respuesta. Le dijo a Mei que iba a preguntar a algunos de sus colegas y que la llamaría si se enteraba de algo.

También el tío Chen estaba confuso.

—No. Me temo que no —apretó los labios y sacudió la cabeza—. ¿Por qué?

—Puede que no sea nada —dijo Mei—. Tengo que irme y dejarte volver a casa con la tía. Va a pensar que te he secuestrado.

Mei se levantó, empujando silenciosamente la silla hacia atrás. El tío Chen levantó la vista. Una melancolía oculta oscilaba tras sus poco profundos ojos.

—Ya te llamaré —dijo Mei.

La puerta volvió a atascarse, así que la dejó entornada. Fuera, el sol había explotado en mil pedazos de luz blanca.

—El jefe no está —dijo el encargado de la tienda de Wu el Padrino. Era alto, con la nariz como el pico de un cuervo. Llevaba un metro de seda negra colgado del hombro.

—¿Está usted seguro? —Mei frunció los labios—. Dígale que vengo del hotel Esplendor.

Él la estudió vagamente, contrayendo la nariz. Una nube de sospecha rondaba por sus ojos. Finalmente asintió con la cabeza y volvió a su trasiego de recibos. Detrás de ellos, los tenderos cuchicheaban, la gente iba y venía.

Le trajeron un recibo y estampó en él el sello de la tienda con tinta roja. Luego se dio la vuelta y salió. Una puerta se abrió y se cerró sin ruido. El cuervo negro ya no estaba.

La ventana estaba abierta al sol radiante. Wu el Padrino estaba sentado de espaldas a la ventana, observando a Mei desde detrás de una gran mesa rectangular. Parecía una vieja mesa de altar que una vez hubiera estado ante un oratorio familiar, con las patas talladas y sin cajones. No había gran cosa encima de ella: una pluma, una libreta, un teléfono, una figurita de porcelana de dos soldados del Ejército de Liberación Popular (un hombre y una mujer) en una pose de ballet, una lámpara con pantalla de seda, un paquete de tabaco, un mechero de plata y un cenicero de cristal.

Wu el Padrino aflojó los puños sobre la mesa. Los músculos le abultaban debajo del polo. Fijó la mirada en Mei.

—¿Qué es lo que quiere?

Mei estaba sentada ante él en una silla de palo de rosa de respaldo cuadrado.

—¿Mató usted a Zhang Hong? Tenía tanta prisa por salir de allí que casi me tira al suelo.

Los puños de Wu el Padrino se deslizaron fuera de la mesa. Encuadró a Mei con una larga mirada vacía.

—Se mató él mismo.

—¿Por qué iba a hacer eso? A ese tipo nunca le había ido tan bien: dinero, una mujer, una nueva vida...

Wu el Padrino soltó un gruñido gutural.

—¿Dinero? El muy idiota tenía que haberse ido de Pekín mientras aún le quedaba algo.

Se alcanzó el tabaco y vaciló, tamborileando con los dedos en el paquete. Sabía que había dicho demasiado.

—¿Cuál es su versión? —le clavó a Mei una mirada penetrante.

—Vamos a ver: Zhang Hong perdió todo su dinero en las apuestas y contrajo deudas. Vino a pedirle ayuda, pero usted no se la dio. Puede que él le amenazara con descubrir sus asuntos de contrabando. Usted le cerró la boca.

Wu el Padrinoladeó la cabeza y escupió.

—Y una mierda.

Agarró el paquete de Marlboro, le arrancó un pitillo con los dientes y empuñó el mechero de plata.

—Déjeme decirle una cosa: yo puedo ser un bestia, pero no un asesino —encendió el pitillo—. Después de seis años en bandas callejeras y ocho años de «subida a la montaña y bajada al campo», puede creerme cuando digo que es mejor limitarse a romper algún hueso. Mire las fotos que tengo en la pared —movió la mano, dibujando un semicírculo con el humo del pitillo—. Soy un respetado miembro de la comunidad. Mis contactos llegan muy arriba. No le tengo miedo a nadie, y menos a un hombrecillo como Zhang Hong. Los ludópatas me ponen enfermo, no tienen principios ni lealtad —hizo una pausa, deleitándose en el sonido de sus propias palabras.

Mei contempló la habitación. En las paredes había fotos de caras sonrientes, la de Wu el Padrino entre ellas.

—Entonces ¿por qué fue usted a su hotel?

—No tengo por qué decirle nada —Wu dio golpecitos al pitillo sobre el cenicero—. Pero quiero dejar una cosa clara: él ya estaba muerto cuando yo llegué. Puede que no se suicidara, puede que fueran los de la casa de juego. Ni lo sé ni me importa.

—¿No le parece que a la policía sí que podría importarle?

Wu el Padrino resopló.

—¿Sabe usted la cantidad de gente que llega a Pekín todos los días? Veinte mil personas. Eso sin contar a los trabajadores de provincias que están aquí ilegales. Estamos hablando de cientos de miles de don nadies sin registrar. ¿Por qué iba la policía a ocuparse de ninguno de ellos? La gente muere, eso no es más que una realidad de la vida.

—¿Y por qué puso usted la habitación del hotel patas arriba? —Mei miró a Wu el Padrino desde detrás de sus pestañas.

—A lo mejor, simplemente, porque no me gustaba la cara de aquel tipo. Señorita, usted tiene una cara bonita, y puede que un bonito cerebro dentro de esa cabecita. ¿Por qué no me dice usted lo que está buscando, y luego le digo lo que yo buscaba?

Mei se cruzó de brazos.

—¿Y qué gano yo con eso?

—Dinero, naturalmente... ¿Por qué iba a hacerlo si no?

Mei se puso de pie. La espalda le dolía del duro respaldo de la silla y necesitaba estirar las piernas. Se entretuvo mirando las fotos de la pared.

—¿Cuánto tiempo lleva en este negocio? —le preguntó. Casi todas las fotos tenían un

rótulo, pero ninguna estaba fechada. A juzgar por los atuendos, algunas eran de hacía ya tiempo.

—Diecisiete años.

—¿Ha estado siempre en Liulichang? —Mei reconoció en una foto a la estrella del pop Tian Tian.

—No. Tuve otras tiendas pequeñas en otros sitios durante un tiempo. Me trasladé a ésta hace unos pocos años.

La última era una foto en blanco y negro, tomada en la época en que Wu el Padrino era joven y delgado. Tenía el brazo izquierdo enganchado con el de otro joven, alto, de ojos bonitos y labios tímidos; al contrario que la de Wu el Padrino, su actitud era tranquila y casi retraída. Tras ellos había un hombre de más edad, sonriendo con orgullo.

Mei se detuvo mucho tiempo ante la foto. Pensaba que ya había visto antes al de más edad en algún sitio. Pero cuanto más se esforzaba, más despacio parecía ir su cerebro, hasta que al final se le atascó. Desistió.

—¿Dónde se hizo esta foto?

Se volvió para mirar a Wu el Padrino. Tenía el pelo más corto y ya no tan poblado. La llama de su mirada se había extinguido.

—En mi primera tienda. Ése es mi socio —dijo Wu el Padrino con despreocupación—. Estuvimos juntos en la «subida a la montaña y bajada al campo». Cuando volví a Pekín, yo no tenía casa ni trabajo; él y su padre me ayudaron a montar este negocio.

Wu el Padrino dio una larga calada y luego fue soltando despacio el humo.

—¿Sabe por qué soy un buen marchante de antigüedades? —preguntó de pronto.

—¿Por qué?

Wu el Padrino se revolvió en su silla.

—Antes de que me llevaran al campo de trabajo, fui miembro de una banda juvenil durante varios años. Me creía muy duro. En las bandas callejeras la cuestión era no fiarse de nadie, porque ninguno de nosotros era de fiar. Éramos todos delincuentes. Si uno quería sobrevivir, tenía que guardarse siempre las espaldas.

«Pero las cosas eran diferentes en las montañas de Dongbei. Nuestro campo era un albergue de madera lleno de parches en lo profundo del bosque. En verano cortábamos árboles y mandábamos los troncos río abajo. El invierno era crudo, largo, con nieve alta. Nosotros éramos todos adolescentes pekineses. Nunca habíamos cazado un animal, ni sostenido un rifle, nunca habíamos estado aislados por una nevada.

»Cuando tienes que enfrentarte a las fuerzas de la naturaleza, aprendes a confiar. No a confiar a ciegas: los humanos pueden ser mucho más peligrosos que los animales salvajes, pero te das cuenta de en quién puedes confiar. Era necesario saber quién te iba a salvar si estabas en peligro, y a quién podías darle un rifle sin preocuparte al volverle la espalda. Más importante aún, era necesario saber a quién podías abrirle tu corazón sin que te traicionara ante el secretario del Partido. Todo era vacío allí fuera: el paisaje, los días y las noches. Si no podías hablar con alguien, te volvías loco.

»Las montañas eran inmensas y profundas. Era la clase de sitio que te daba escalofríos porque sabías que no podías escaparte. Todos los inviernos, cuando el aislamiento y la dureza de las condiciones se hacían excesivos, alguien lo olvidaba e intentaba fugarse. Pero nadie salió nunca de allí con vida.

»Como iba diciendo, había peligros por todas partes. Un verano, a un chico al que llamábamos Cuatro Ojos, porque llevaba gafas, se lo llevó la riada. Había llovido durante muchos días.

»El invierno era insoportable. A veces los camiones de aprovisionamiento no lograban llegar al campo en semanas por culpa de la nieve. Eso hacía que la gente perdiera la cabeza: les llevaba a hacer lo que fuera para escapar. Y cuando digo lo que fuera quiero decir lo que fuera: he visto a los seres más inocentes convertirse en demonios.

»A eso es a lo que voy. Yo aprendí muy pronto a juzgar a la gente: a darme cuenta de quién era leal y de fiar y quién no. Más adelante, un hombre al que llamábamos Gran Hermano me enseñó a leer los rostros. Mire, la mayor parte de los marchantes de esta calle saben de antigüedades más de lo que yo sabré nunca; pero no saben leer los rostros. No entienden a la gente. En cambio, yo sé al instante si alguien está mintiendo.

»Y, ahora, dígame... –Wu el Padrino se echó hacia atrás en su silla, cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Qué hace una chica guapa como usted en un sitio como éste, buscando problemas?

–¿Qué problemas? –Mei miró directamente a Wu el Padrino y se encogió de hombros. No le gustaba que la amenazaran.

–¿Señorita qué?

–Wang.

–Señorita Wang, dígame una cosa más: ¿confía usted en la gente con facilidad?

Ella contempló cómo el humo del pitillo de Wu el Padrino se disolvía al salir por la ventana abierta. Pensó en el tío Chen, ese hombre a quien conocía de toda la vida. Él había sido la mano cálida a la que ella se había cogido de niña y el tío que nunca tuvo. Treinta años de amor valían mucha confianza. Aun así, ella se había preguntado, en el largo pasillo oscuro del Hospital n.º 309, en un momento de duda fugaz, hasta qué punto le conocía en realidad.

En aquel momento sonó el teléfono.

Wu el Padrino agotó su pitillo.

–¿Diga? Ah, bien... ningún problema... de verdad –la huella de una sonrisa serpenteó en su cara.

Mei se preguntó qué le habría respondido si el teléfono no les hubiera interrumpido.

Al colgar, Wu el Padrino estaba de buen humor.

–Piense en mi oferta. Quizá usted y yo podamos hacer negocios. Vamos a encontrar lo que sea juntos, y yo haré que valga la pena para usted.

Mei sonrió. Dejó una de sus tarjetas encima de la mesa y dijo:

–Volveremos a vernos.

Era un lunes húmedo. Como todos los lunes, éste se hacía eterno.

No había nada interesante en la oficina. Un par de facturas y un par de indagaciones inocuas que con toda probabilidad no llegarían a nada. No llamaba nadie para hablar del hombre de la cicatriz en la cara que se había dejado el cuerpo en el hotel Esplendor, y menos aún la policía. Era sólo un día normal, sin ninguna importancia en particular, un día de los que la fábrica de la vida llevaba produciendo, sin cambios, semana tras semana desde el comienzo de las fábricas.

Mei leyó los periódicos. Como de costumbre, el *Diario del Pueblo* traía un montón de artículos que anunciaban directrices gubernamentales. Algunos de ellos volvían a salir en el *Diario de Pekín*. Incluso el habitualmente informativo *Diario Matutino de Pekín* tenía sólo buenas noticias que publicar: la prosperidad y la gran expectativa de la devolución de Hong Kong a China.

Mei tiró los periódicos a la papelera y salió al recibidor. Gupin le dirigió una sonrisa desde detrás de su ordenador. Estaba afilando lápices y alineándolos cuidadosamente sobre la mesa como misiles.

—Hoy va a llover —dijo.

Mei asintió:

—Esa pinta tiene. ¿Podrías llamar al Instituto de Investigación Minera y preguntar si hay alguien que sepa lo que es el ojo de jade?

Gupin ya había alcanzado el teléfono, cuando de pronto se detuvo.

—¿No querrás decir *quién* es el ojo de jade?

—¿*Quién*?

—Sí, eso es lo que decimos en Henan. El jade es la piedra del emperador, por eso «el ojo de jade» significaba «un espía de palacio». Ahora la expresión se usa para cualquiera que esté espiando para alguien de más arriba, como el jefe.

Mei observó a Gupin, pensando a toda velocidad. Luoyang es la capital de Henan y fue la capital de trece dinastías antiguas.

Gupin la miró nervioso.

—Lo siento, no era eso lo que querías decir. Ahora mismo hago la llamada.

Mei despertó de sus cavilaciones. De pronto recordó dónde había visto al hombre de más edad de la foto que tenía en la pared Wu el Padrino.

—Está bien, olvídate de la llamada —sonrió, y añadió—: gracias.

El tío Chen vivía en una torre de apartamentos en la avenida de la Puerta de Fucheng.

Era la hora de comer. Ciclistas de todas las edades venían de todas partes, levantando al desmontar nubes de polvo. Los alumnos de instituto con sus uniformes llegaban como atletas. Todo el mundo tenía prisa por llegar a casa a comer.

El ruido de la calle aumentó. Los coches y los camiones avanzaban con estruendo. Los trolebuses azules y blancos, que parecían babosas con dos antenas negras, arrancaban chispas de los cables suspendidos por encima.

Mei tenía que conducir despacio, zigzagueando tras las bicicletas con su coche, que se ahogaba en su propio tubo de escape. Los ciclistas o la ignoraban o le echaban desde delante miradas de desdén.

Por fin encontró un sitio para aparcar en un lado del edificio del tío Chen, que lindaba con dos construcciones idénticas de color negro y gris.

Esas torres se habían levantado a finales de los años ochenta. En la época de su construcción, con sus ascensores y sus ventanales en los pasillos, eran los edificios de viviendas más codiciados de Pekín. Ahora parecían marchitas prostitutas luciendo sus gastados cuerpos en la acera. Los transeúntes les escupían y hablaban de su fealdad.

Ante el ascensor se había juntado un gentío.

—¿Te pasas a jugar una mano de póker esta noche? —gritaba un tipo bovino desde detrás de dos chicas modernas con tacones.

Un hombre con gafas miró a su mujer, que fingía estar enfrascada en la calvescente cabeza que tenía delante. El hombre le echó una sonrisa amarga a su vecino:

—Me parece que no.

Cuando el ascensor llegó, la gente se apretó en su interior, acalorada y sudorosa. A una de las chicas modernas se le enganchó la falda entre las piernas del tipo bovino, que le lanzó una sonrisa. Ella liberó de un tirón su falda, soltó una imprecación y le susurró algo a su amiga. Las dos volvieron la cara hacia otro lado con desagrado.

Mei se bajó en el décimo piso. Al fondo del pasillo había una bicicleta con candado apoyada en la mugrienta ventana. Atisbó el exterior: nubes oscuras se agolpaban en el horizonte. A su izquierda, a lo largo de un pasillo amarillento, vio las puertas cerradas, algunas cubiertas con planchas de hierro. Un delicioso olor a comida se escapaba de una de ellas.

Mei llamó al timbre del tío Chen. Oyó pasos pesados y el correr de los cerrojos.

–¡Mei, qué sorpresa! –el tío Chen mantuvo la puerta abierta y se apartó a un lado.

El recibidor era pequeño y estaba ocupado por una voluminosa lavadora. Había una cuerda de tender colgada con un clavo del marco de la puerta.

–Estamos comiendo –dijo el tío Chen–. ¿Tú has comido ya? ¿Quieres comer con nosotros?

–No, gracias, no tengo hambre –Mei sacudió la cabeza. Estaba nerviosa. Todos los gestos que hacía parecían falsos. Las sonrisas le salían forzadas y la voz insegura, y no sabía dónde poner las manos.

La tía Chen salió del salón con los palillos en la mano. Tenía la cara entera perlada de sudor.

–Mei, pobre niña –la tía Chen se dobló hacia ella como agobiada por el dolor; su insulsa cara había cobrado vida–. Aunque, desde luego, no hay que perder la esperanza. Tengo el presentimiento de que tu madre va a salir adelante. Todos rezamos por ella.

Condujo a Mei al salón.

Mei se sentó en el sofá y miró a su alrededor. El piso estaba decorado con mucho esfuerzo por alguien con medios limitados. Había una estantería atiborrada de fotos familiares, libros y bibelots. Pegada a una pared había una cama individual con una colcha verde y crema; era la de la tía Chen. En la pared de al lado, formando una ele, estaba la cama que correspondía al tío Chen. Unos pocos tiestos con flores, libros y utensilios domésticos variados se mezclaban en los alféizares. Prendidas de un alambre a cada lado de la ventana había unas cortinas de terciopelo dorado.

–Acabo enseguida –dijo el tío Chen, traspalándose a toda prisa la comida a la boca.

–¿Estás segura de que no quieres un poco de té? –preguntó la tía Chen.

–Estoy bien así, no te preocupes por mí –dijo Mei.

–Vale, ya he terminado –dijo el tío Chen, levantándose. Todavía estaba masticando–. Vámonos.

–¿Por qué os vais a marchar? Podéis charlar aquí. Yo me voy a lavar los platos a la cocina.

–Necesito volver pronto al trabajo. Mei y yo podemos hablar por el camino.

–¿Y qué pasa con tu siesta?

–Ya no estoy cansado –dijo el tío Chen, evitando la mirada de su mujer.

–Entonces espera un momento –la tía Chen fue rápidamente a la cocina y volvió al momento agitando una bolsa de red–. Compra algunos rábanos al volver a casa. Para la cena hay cazuela.

El tío Chen cogió la bolsa y asintió.

–Adiós, tía Chen –dijo Mei–. Ya hablaremos la próxima vez.

Ahora las calles estaban tranquilas. Era la hora de la siesta. La mayor parte de los vendedores había echado el cierre a sus puestos. Los conductores de carretas habían

aparcado bajo los árboles y estaban acucillados en círculo, comiéndose las meriendas que traían de casa.

El tío Chen iba andando al lado de Mei, empujando su bicicleta.

—Lo siento, fuera hace calor y humedad. Pero ya conoces a la tía, es mejor que no oiga lo que decimos.

Había un banco de piedra bajo un roble y un cuerpo desplomado sobre él: alguien había encontrado una cama para la siguiente hora. Más adelante encontraron un banco que no estaba ocupado y se sentaron.

El cielo amenazaba lluvia.

—Tío Chen, has sido amigo de mi familia mucho tiempo. Me conoces desde que era pequeña. Así que te lo voy a decir sin rodeos: doy por sentado que tenías tus razones.

Mei había barajado varias alternativas, pero las palabras que le salieron no estaban ensayadas.

—Nunca fuiste a Luoyang, ¿verdad? Si no, sabrías lo que es el ojo de jade; o, más exactamente, *quién* es el ojo de jade. Fue a mi madre y a Song a quienes se les asignó ese trabajo, y fue mi madre quien te habló del sello de jade. Te topaste con el artículo sobre la vasija ritual por casualidad, y te hizo pensar. Quizá pensaste que tenías una ocasión de hacerte rico, o puede que tuvieras otros motivos. Pero ¿por qué mentirme a mí?

La cara del tío Chen se puso roja. Sacó un pañuelo arrugado y se secó el sudor del ceño.

—Yo nunca...

—Ahora sé por qué no querías que se lo contara a mi madre —Mei contempló al tío Chen. Su ira y su sentimiento de traición contenidos amenazaban desbordarse—. ¿Estás contento de que le diera el ataque? Ahora puede que ya nunca llegue a saber quién eres en realidad.

—Por favor, Mei, no me digas esas cosas tan hirientes. Tú no sabes lo mucho que ella ha significado para mí —el tío Chen aspiró boqueando como un insecto atrapado en la tela de una araña—. Mi debilidad ha sido querer siempre cosas: quería ser alguien, vivir bien. ¿No me lo merezco? Siempre he seguido las órdenes del Partido. He dado mi corazón y nunca he herido a nadie, al menos a propósito. Pero nunca he sido lo bastante bueno, ni para tu madre, ni para mi unidad de trabajo; ni siquiera para mi familia.

»Mira mi casa: cien metros cuadrados. ¿Es eso lo mejor que voy a tener? Cincuenta metros cuadrados para una familia de cuatro. La tía y yo llevamos tantos años durmiendo en el salón que ya ha llegado a ser costumbre. Dong Dong tiene que esperar a casarse para que su unidad de trabajo le tenga en cuenta al asignar viviendas. La unidad de trabajo de Jing no tiene vivienda de ninguna clase. Y ganan tan poco que no pueden permitirse comprar ni alquilar.

»Yo he acabado una carrera. Antes pensaba que podía destacar. Pero mira a Song: tiene trescientos metros cuadrados sólo para él y el delincuente de su hijo: ese cabroncete

es un gusano, y Song lo sabe, pero una y otra vez le saca bajo fianza. ¿Por qué? ¡Porque puede! Tiene poder y contactos, y su hijo va por ahí persiguiendo mujeres en un coche con chófer.

»Mis hijos no toman drogas ni andan con delincuentes, pero no tienen nada, porque su padre no es nada. ¿Quién soy yo? Un don nadie, y tu madre lo sabe —dejó caer la cara entre las manos.

Mei no dijo nada. No era necesario.

—Lo siento, Mei —suspiró él—. Nunca pensé que lo fueras a descubrir. Recurrí a ti porque sabía que no ibas a dudar de mí.

—Sí, fui una estúpida al creerte tus mentiras. ¿En qué otras cosas me mentiste? ¿Enviaste tú a mi padre a la cárcel? ¿O fue Song Kaishan? ¿Cómo murió mi padre?

—Te he contado todo lo que sé, Mei. Ésa es la verdad. Acudí a ti porque quería que nuestras dos familias sacaran provecho del asunto. Pensé que compartiríamos el dinero.

—¿Qué dinero? —dijo Mei—. El sello de jade fue con toda probabilidad destruido hace mucho tiempo, y tú lo sabes. Así que me he estado preguntando por qué te has metido en esto. Creo que lo has hecho por venganza. Sabías que yo seguiría el rastro hasta llegar a Song. Viniste a mí porque era yo la persona que tenía que hacerlo: yo soy hija de mi madre. Ahora, para variar, soy yo quien va a hablar: consígueme una entrevista con Song.

—No se puede entrar en el ministerio sin un permiso especial.

—Pero tú sí puedes. Dile que necesito hablar con él, y pronto.

De vuelta en su oficina, Mei se sentó junto al teléfono. Desde su ventana contempló cómo las nubes preparaban una tormenta.

Llamó a Lu y le dejó el recado al ayudante. Se preguntaba si el amigo médico de Lu habría averiguado algo de lo del hospital.

Gupin se fue a casa. Estaba oscureciendo. Por fin, el teléfono sonó.

—Te verá en el bar de Las Tres Banderas Rojas, en Houhai, dentro de una hora... —el tío Chen tenía la voz tirante y seca. Tuvo un instante de vacilación—. Mei, no vayas. Olvidémonos de todo el asunto.

—Me temo que ya es tarde para eso —dijo ella.

El cielo era como una inmensa tapa negra a punto de desplomarse. Los rayos llegaban en oleadas, perseguidos por los truenos. La lluvia caía sesgada.

Mei pisó el acelerador, dubitativa. No alcanzaba a ver la carretera ni el canal. Un muro de agua caía oblicuo sobre el parabrisas y ante los faros. En un relámpago (con su rodar de trueno) vio la oscura y arqueada forma de un puente de piedra. Luces rojas destellaban en la negrura ante ella a medida que muy poco a poco avanzaba hacia delante. Al siguiente relámpago giró por una calle y vio los bares de Houhai, iluminados como farolillos de papel en un mar de tempestad.

Mei dejó el coche junto al puente y salió. Se protegió la cabeza y adelantó el hombro contra la lluvia. De inmediato se le empaparon los zapatos, se le empaparon los vaqueros. El agua le chorreaba mangas adentro mientras trataba de mantener sujeto el impermeable.

Vio el Audi negro, pegado a la cuesta que bajaba hasta el canal. Siguió adelante. Algo o alguien se movía detrás de las ventanas amarillas, pero no lo veía con claridad: la lluvia lo velaba todo.

Cuando vio el bar Las Tres Banderas Rojas, cruzó la calle. No había nadie cerca, ni turistas, ni policías de servicio ni camareras que invitaran a entrar. Nadie ofrecía bebidas especiales ni horas felices.

Mei batalló contra el viento y la lluvia hasta la puerta. Cuando estaba a medio metro de ella hizo un último esfuerzo y alcanzó el picaporte.

Lo giró y al momento estuvo dentro del bar. El encargado se acercó corriendo a cerrar para que no entrara la tormenta.

Estaba tocando un grupo heavy. La cantante, en atuendo de mujer primitiva, saltaba y gritaba como si tuviera muelles por piernas. La guitarrista, con el pelo de pincho y vaqueros ajustados, estaba tranquila: tocaba como si le fuera indiferente, y probablemente así era. La batería era un remolino volante de pelo.

El encargado dijo algo que Mei no logró oír. Se estaba preguntando si no se habría equivocado de sitio. Se desenvainó del impermeable y se lo dio al encargado, que le tendió la chorreante prenda de plástico amarillo a una camarera de negro.

—¡He venido para ver al señor Song Kaishan! —gritó Mei lo más alto que pudo. Puso toda la fuerza en el nombre, con la esperanza de que él lo oyera.

El encargado abrió la boca. A Mei le pareció que estaba gritando una respuesta, pero lo

que le estuviera diciendo no lo oyó.

Él le hizo gestos para que se alejaran de la banda. En el lateral había una puerta de palo de rosa de dos hojas, cada una de ellas decorada con intrincadas tallas de arriba abajo.

—Por aquí —le oyó decir, y le siguió a través de ella.

El pasillo era estrecho y con una sucesión de paneles de madera oscura. Al parecer habían rodeado la casa hacia la parte de atrás. Allí ya sólo se oía el sonido de la percusión.

—Por favor —el encargado abrió una puerta y le indicó a Mei que entrase—. Señor Song, ha llegado su invitada —dijo con voz nítida; y, con un chasquido del picaporte, desapareció.

Era un cuarto sin ventanas. Había una mesa baja negra en el centro, rodeada de blandos cojines. Luces de neón rosa brillaban en los vértices del techo.

Song Kaishan estaba sentado en los cojines del otro lado de la mesa. Ante él había unas cuantas fuentecillas de huevos en salmuera, oreja de cerdo en adobo y cacahuets tostados. Había también una botella de Wuliangye, con esos colores rojo y blanco de la etiqueta que atraían de inmediato la mirada, y un calentador de licores de porcelana blanca encendido a su lado.

—He llegado pronto. Espero que no te importe —señaló lo que había sobre la mesa.

Mei no habría podido decir cuánto tiempo llevaba él bebiendo ni cuánto había bebido. El cuarto olía a aguardiente de arroz lo bastante fuerte como para intoxicar a un cerdo. Song le tendió una mano blanca y le hizo gesto de que se sentara. Sus gafas sin montura le hacían parecer más inteligente, al tiempo que hacían pantalla a sus pensamientos.

—Espero que estés contenta con lo que he hecho por tu madre.

Mei sintió cómo se hundía al bajar el cuerpo hasta los cojines y doblar hacia arriba las piernas. Sabía que tenía que estarle agradecida a Song, quizás decirle una o dos palabras de gratitud. No era difícil ser amable con un hombre elegante. Pero ella no quería serlo.

—No he venido para hablar de mi madre. He venido por un jade y por un hombre llamado Zhang Hong.

Nada cambió en la expresión de él.

—¿Quiere que le cuente la historia? —preguntó Mei.

Song llenó poco a poco el calentador de licores. Un penetrante olor a aguardiente de arroz se elevó como el humo.

Mei continuó:

—Hace treinta años, a dos jóvenes agentes secretos se les dio una misión en Luoyang, la antigua capital, donde decenas de miles de miembros de las Guardias Rojas habían decidido acabar por sí mismos con las viejas tradiciones... con los museos, los libros y las vidas de los intelectuales... Y, mientras lo hacían, se habían dividido en facciones que luchaban entre sí. El trabajo de los agentes consistía en apoyar a las Guardias Rojas y en recoger información sobre sentimientos antimaoístas en la región.

»Uno de los cabecillas de facción era un adolescente llamado Zhang Hong, un auténtico bestia, y un apostador nato. Puede que viera a uno de los agentes sacar un valioso jade del museo, así que él también cogió una cosa: una vasija ritual de tiempos de los Han. Zhang Hong no sabía nada de antigüedades, pero no era del todo idiota.

»Treinta años más tarde, todo es diferente. Las revoluciones hace ya tiempo que pasaron de moda. Ahora impera el dinero. Así que Zhang Hong vino a Pekín a vender la cerámica que había robado del antiguo Museo de Luoyang. Inmediatamente se hizo rico.

»¿Qué haría alguien como Zhang Hong al tener dinero? Gastárselo. Vivió como nunca había soñado. Cogió a una chica de un club nocturno y se fue a alojar en un resplandeciente hotel. Se jugaban el dinero en grandes cantidades.

»Muy pronto perdió todo el dinero y se endeudó. Volvió al marchante que le había comprado la vasija ritual a pedirle ayuda; el marchante se la negó. Por pura casualidad, Zhang Hong vio en su despacho una foto en la que reconoció al padre del socio del marchante, que era de hecho el agente que había visto en Luoyang hacía treinta años.

»Decidió hacerle chantaje. Y entonces fue asesinado en su habitación del hotel.

Song Kaishan sirvió un chupito de aguardiente de arroz para él y otro para Mei.

—¿Por qué me estás contando esto?

—No era sólo por el jade por lo que le hacía chantaje, ¿verdad? Robar tesoros nacionales es un delito pequeño comparado con el asesinato. Hubo muchas muertes en Luoyang. ¿Cuántas las causó usted con sus propias manos?

Mei miró el vasito de licor, pero no lo tocó.

Song sacudió la cabeza y se echó a reír. Vació su vaso.

—¿Estás asustada? ¿Crees que puedo haber envenenado tu bebida? Mei, estás totalmente equivocada conmigo. Yo estaba enamorado de tu madre, puede que todavía lo esté. Déjame, por favor, que te cuente mi historia ahora que yo he oído la tuya. Llevo treinta años esperando. Ya le he hecho a ella bastante daño.

»¡La Revolución Cultural! ¿Quién no hizo algo terrible en la Revolución Cultural? Mucha gente mató a otra gente. Pero tu madre no podía digerir aquello.

Se sirvió otro chupito.

—Ella siempre decía que lo mejor de tu padre era su integridad y su valor. ¿Y qué, si tenía valor? Desafiar al Partido no era una actitud inteligente, al menos durante la Revolución Cultural. Mira lo que él te aportó: el campo de trabajo. Tu madre eligió ir con él. Él no tenía nada que ofrecerle: ni protección, ni comida. ¿Por qué fue?

—Porque le quería.

—A lo mejor necesitaba demostrarse a sí misma que le quería.

Mei le contempló. Las palabras se le demoraban pesadamente en la garganta.

—En todo caso, tu madre no se podía permitir ser tan arrogante y tan egoísta como tu padre: tenía dos hijas pequeñas de las que preocuparse. La realidad era que tú y tu hermana sencillamente no podíais sobrevivir con esa clase de vida. Así que ella volvió y me pidió ayuda. No fue fácil. Ella había sellado su propio destino cuando se negó a

colaborar con el Partido y se exilió al campo con tu padre: el Partido nunca olvida ni perdona.

»Yo la ayudé, con gran riesgo para mí mismo. Ella hizo lo que el Partido le pedía y aportó pruebas contra tu padre. Tuvo que dejar el ministerio, por supuesto. El que se hubiera casado con tu padre y su conducta hasta ese momento la habían descalificado para el ejercicio de su cargo. Pero denunciando a tu padre se salvó a sí misma y os salvó a vosotras dos. Intenté ayudarla en lo que pude cuando dejó el ministerio, buscándole trabajos temporales y alojamiento. Pero en aquellos años había veces en que ni siquiera podía protegerme a mí mismo y a mi propia familia.

»Hacia el final de la Revolución Cultural, cuando hasta a mí se me puso crudo, coincidí con tu padre en la cárcel. Yo siempre le había conocido como un tipo listo, cultivado, un poco arrogante quizá. Por eso fue un golpe encontrarme con que era un hombre deshecho. Hasta hoy le recuerdo sentado en un rincón tosiendo, o cojeando por el patio de la cárcel. Cada vez que había algún ruido fuerte o se acercaban los guardias, los ojos se le contraían y se le encogía el cuerpo. Era como un pájaro aterrorizado atrapado en una jaula invisible.

»Intenté hablar con él de prisionero a prisionero, pero tu padre no quería escuchar. No era la clase de hombre que perdonara fácilmente. El odio había echado dentro de él raíces que habían desarrollado nudos mortales. Me di cuenta de que eso le estaba matando desde dentro.

»Yo no pasé en la cárcel mucho tiempo. En unos pocos meses fui trasladado, y me soltaron cuando la Revolución Cultural terminó.

»Hasta que volví a Pekín no tuve noticia de la muerte de tu padre. El relato oficial era que había muerto de una enfermedad en la cárcel. Fui a ver a tu madre, fue la única vez que accedió a verme. Quería saberlo todo sobre él. Qué tipo de comida comía, si estaba de buen ánimo, si pensaba en las niñas, qué había dicho sobre ella, por qué no le había escrito. Pensé que nunca había recibido información alguna sobre él, así que le conté todo. Buena parte de ello no fue para ella sorpresa, pero aun así se lo tomó muy mal. Cuando le conté que tu padre había dicho que nunca la perdonaría, lloró.

El hombre elegante hizo una pausa y tomó un sorbo de Wuliangye para humedecerse la garganta. Mei creyó ver un brillo de tristeza en sus ojos.

Él hizo una larga inspiración y se recompuso.

—¿Conoces a mi hijo? —las comisuras de su boca se alzaron en una sonrisa amarga mientras Mei negaba con la cabeza—. Pues no te pierdes nada. Es un auténtico desastre, y me desprecia. Lo único que quiere de mí es usar mi coche y que le proteja cada vez que él o su amigo Wu el Padrino se meten en líos. Me dijeron que este bar era uno de sus caladeros preferidos. No nos vemos mucho el uno al otro últimamente: él sale tarde a perseguir mujeres y luego duerme toda la mañana. Sé que mi hijo es un canalla, pero ¿qué le voy a hacer? Él es lo único que tengo.

»En China lo que cuenta es el poder. El dinero no habría podido llevar a tu madre al

Hospital n.º 301, pero yo sí puedo, mi poder puede. Pero el poder no dura. Un día yo me moriré, y entonces ¿qué? ¿Qué va a ser de mi hijo si no estoy yo para protegerle? No resistirá la cárcel. Nunca ha sido capaz de soportar el sufrimiento. Es una de esas personas de cabeza débil. En la Revolución Cultural le enviaron a las montañas a ser reeducado. Quizá habría muerto de no ser por Wu el Padrino.

Volcó la cabeza hacia atrás, vació lo que le quedaba en el vaso y se limpió la boca con un flamante pañuelo blanco.

—Las personas como Zhang Hong destrozan vidas, la suya y las de los que les rodean. Alguien tenía que hacer algo. Nuestra sociedad está mejor sin gente como él.

»¿Por qué me miras de esa forma? No, tú no puedes juzgarme. No tienes derecho. Hice lo que tenía que hacer, igual que tu madre hizo lo que tenía que hacer. No había lugar para la moral en los tiempos de la Revolución Cultural. Uno sobrevivía a cualquier precio. Vosotros los jóvenes no lo entendéis. Os comportáis siempre como si fuéramos unos monstruos.

Song trató de impulsarse hacia arriba. Se tambaleó como si se hubiera perdido algo en su interior, algo que necesitaba para estabilizarse. Al segundo intento se levantó despacio, con el cuidado de quien ha bebido demasiado.

—Hazme el favor de irte a estar con tu madre. Hablé con el hospital antes de venir: me han dicho que se va a recuperar.

»Más tarde o más temprano nos llegará el momento. Lo único que nos queda ahora es esperar. Pero ¿sabes qué? La espera ha sido más dura de lo que pensé. Todo lo que has hecho mal en la vida te alcanza y se te come. Puede que sea así como nos vamos todos, cuando no nos queda corazón para sufrir.

Se dirigió a la puerta. Mei se puso también de pie y se le acercó para ayudarlo.

Song la apartó como si ella fuera una rosa matutina, demasiado espinosa para tocarla. Enderezó el cuerpo. Las manos le temblaban un poco, pero ahora estaba firme.

—No, no importa. Ya no importa. Pero sí que quiero proteger a mi hijo y dejarle algo que le pueda mantener por mucho tiempo cuando yo ya no esté. He oído decir que el dinero es lo único que se necesita en Estados Unidos.

Se asió a la puerta de palo de rosa y empujó para abrir una de sus hojas.

—Deja de buscar el jade. Ya no existe —se dio la vuelta—. Chen es un cobarde, siempre haciendo que otras personas le resuelvan el trabajo sucio. Por eso tu madre nunca pudo enamorarse de él. Pero él se quedó por allí cerca, como una sombra sin forma, un oído sensible, siempre cerca. Nunca ha llegado a ningún sitio y nunca lo hará. Si quiere cazarme a mí, dile que venga y lo haga con sus propias manos.

Mei le vio cruzar el bar vacío con pasos pequeños, precisos. Mantenía la espalda recta. Cuando llegó a la puerta, la abrió y salió andando a la lluvia. El viento había aflojado. Su conductor corrió desde la orilla del canal, con un paraguas en alto para cubrir a su jefe.

Mei colocó la silla más cerca de la cama de su madre y se sentó.

Había un tubo pegado con esparadrapo justo debajo de las ventanas de la nariz de Ling Bai. Largos cables que se distinguían por colores, como las líneas de metro en un mapa, la ligaban a una pantalla de números en constante cambio.

Aunque Ling Bai estaba más o menos igual que la última vez que la había visto, Mei tuvo la sensación de que por debajo de la fachada había ocurrido algo notable. Vigiló el sueño de su madre, su respiración tranquila y estable. La expresión de su cara se había suavizado. Tenía cierta frescura, puede que hasta un ligero indicio de color en las mejillas.

Mei estuvo un rato sentada mirando a su madre. Luego se acercó de puntillas a la ventana donde la tía Pequeña estaba dormitando.

Mei le dio golpecitos en el brazo:

—Tía Pequeña —le dijo—, ¿por qué no te vas a casa? Yo me quedo con Mamá.

La tía Pequeña abrió los ojos.

—Estoy bien. Está casi amaneciendo.

Las dos decidieron quedarse. La tía Pequeña añadió agua caliente a las hojas de té usadas de su taza y se la pasó a Mei. Se sentaron junto a la ventana y compartieron el té, separadas por una generación y unidas por el amor.

La tía Pequeña señaló al hombre que había en la otra cama.

—Lo han traído hace sólo unas horas. Un suicidio. Es un soldado.

—¿Dónde está su familia?

—No tiene pinta de tener familia en Pekín.

El hombre gruñó un poco.

Mei miró a su tía; igual que ella, había heredado la fuerte nariz de sus ancestros. Las arrugas habían empezado a reclamar su cara. Las venas se extendían por sus brazos y por el dorso de sus manos como yedra.

La tía Pequeña no advirtió la mirada de Mei. Sorbía su té y contemplaba las luces que cambiaban de color en la pantalla. No sabía cómo le dolía a Mei el corazón.

—¿Tú, alguna vez...? —Mei empezó tímidamente—, ¿has tenido dudas?

—¿Dudas sobre qué?

—Sobre todo aquello que ocurrió en la Revolución Cultural, sobre las cosas que hiciste y las decisiones que tomaste.

—Por supuesto que las teníamos. El país entero tenía dudas, durante diez largos años desde el final de la Revolución Cultural. Pero ¿de qué sirve insistir sobre el pasado? Nadie puede cambiarlo en nada —la tía Pequeña le pasó la taza a Mei—. Éramos como un rebaño ovejas que llevaban de aquí para allá. No teníamos mucha elección.

—¿De verdad? Todo el mundo tomó sus decisiones. Mamá nos sacó del campo de trabajos forzados, pero dejó a Papá allí. Papá eligió creer en sus ideas. Hubo gente que mató, y otros traicionaron a su familia y a sus amigos. Todos tomamos nuestras decisiones.

—Pero no puedes comparar lo que tenéis ahora con lo de tu madre o tu padre. Nosotros hemos vivido una época muy diferente. Era como una guerra civil, llena de vida y muerte. La mayor parte del tiempo no teníamos ningún control de las cosas.

—¿Pero qué habría pasado si hubierais tenido control? ¿Y si uno sabía que estaba mandando a alguien a la muerte?

—¿De qué me estás hablando?

Mei tenía muchas ganas de contarle a la tía Pequeña lo que sabía, pero no fue capaz de decir una palabra. El peso de los secretos de su madre, que ahora guardaba ella, la aplastaba. Estaba maldita: se había criado con amor envenenado, y envenenado estaba también su propio amor.

Mei se apartó, respirando con dificultad.

—No sé. Parece que todo está mal. Siempre había creído que la verdad y el amor me harían feliz, pero no ha sido así. Ahora yo misma tengo que tomar algunas decisiones difíciles. ¿Denuncio a un asesino que es el salvador de mi familia? La sabiduría antigua dice que una vida vale por otra vida, pero ¿qué hay de la justicia? ¿Y la justicia para la persona que hemos perdido? ¿Se puede perdonar a una asesina, aunque haya tenido los mejores motivos?

La tía Pequeña miró a Mei confusa y asustada.

—¿Y ésa quién es? ¿Alguien que yo conozca?

Mei no respondió. Le devolvió la taza de té a la tía Pequeña y se acercó a la cama de su madre.

Allí, al lado de la mujer que le había dado la vida dos veces, se sentó. Apoyó la cara sobre la mano de su madre y sintió el tacto de su piel, cálido y tierno. Mamá abrió los ojos un poco y luego los volvió a cerrar. Mei creyó ver una sonrisa fugaz.

La noche era tan callada como sus lágrimas. Se preguntó si el amor puede aceptarse sin justicia.

—Lo siento, Mamá —musitó.

Desde más allá de la oscura ventana, Mei oyó el primer canto del pájaro de la mañana. Pronto despertaría el día y la mañana llegaría como las olas a una costa sin contaminar. La luz se elevaría desde detrás del horizonte. Traería consigo el toque del paraíso.

Post scriptum

En el verano de 1999, un sello de jade de la dinastía Han fue vendido en Nueva York a un coleccionista anónimo. La cantidad que se pagó nunca fue desvelada.

Agradecimientos

Mi más profunda gratitud para Toby Eady, mi representante y amigo, por su visión, su fe, su sabiduría y su amabilidad.

Estoy agradecida a Laetitia Rutherford por su comprensión, que ha hecho este libro posible.

Doy las gracias a Humphrey Price, a Michal Shavit y a Ali Lavau por sus maravillosas perspicacia, orientación y edición.

Por último, mi agradecimiento y mi cariño para mi querido Pekín, para mi hermana, mi padre y mis amigos.

¹ La autora reproduce en inglés la costumbre china de dar tratamiento de parentesco a personas ajenas a la familia: en este caso, se llama «Hermana Mayor» a la compañera de más edad de la clase (siendo la edad un grado de respeto); en otros, se llama «tía» o «tío» y «abuela» o «abuelo» a quienes están una o dos generaciones por encima del hablante. (*N. de la T.*)

² En el calendario lunar chino se diría «el octavo mes», pero el original inglés dice «August». (*N. de la T.*)

³ En el original: «Five Virtuous Liquid». Existe un aguardiente muy famoso, fabricado en Sichuan, cuyo nombre se transcribe igual: Wuliangye, sólo que el carácter que se lee *liang* es ligeramente distinto y, en lugar de «virtuosos», significa «cereales» (en cuyo caso, Wuliangye significa «Esencia de cinco cereales»; el arroz es uno de ellos). (*N. de la T.*)

Título original: *The eye of jade*

Edición en formato digital: agosto de 2010

© The Eye of Jade Ltd., 2007

© De la traducción, Lola Diez, 2007

© Ediciones Siruela, S. A., 2007, 2010

c/ Almagro, 25, ppal. dcha. 28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-752-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	3
El ojo de jade	7
Post scríptum	163
Agradecimientos	164
Notas	165
Créditos	168